

Viajes por Europa (III parte)

Castillos del Loira (II parte), Valle del Mosela,
Selva Negra y Austria

Del 1 al 16 de agosto de 2008

JOSE ANTONIO GUERRERO



VIAJES POR EUROPA (III parte)



Jose A. Guerrero

Castillos del Loira (II parte), Valle del Mosela, Selva Negra y Austria

por

José Antonio Guerrero



© Texto: José Antonio Guerrero
© Diseño y Maquetación: José Antonio Guerrero
© Anotaciones y Apuntes: Inmaculada Matallanos y Javier Guerrero Matallanos
© Fotografías: José Antonio Guerrero
© Del resto de fotografías: Sus autores

Las dos primeras partes de *“Viajes por Europa”* puedes descargártelas de la web www.webcampista.com

- *“Breña, Normandía y Castillos del Loira”* (Año 2006)
- *“Alsacia y Ruta Romántica”* (Año 2007)

Fotografía de la página 3: José Antonio Guerrero, Oberturm Haigerach (Gengenbach)

Fotografía de la contraportada: José Antonio Guerrero, Vieux Port (La Rochelle)



"Como todos los grandes viajeros, yo he visto más cosas de las que recuerdo, y recuerdo más cosas de las que he visto."

Benjamin Disraeli





José Antonio Guerrero



SUMARIO

11 **Introducción**

15 **Capítulo 1:** Aranjuez – Duna de Pilat

19 **Capítulo 2:** Duna de Pilat – La Rochelle
21 *La Rochelle (La Rochela)*

27 **Capítulo 3:** La Rochelle – Saumur – Chinon – Rigny Ussé – Langeais
29 *Castillos del Loira*
31 *Saumur*
33 *Chinon*
35 *Rigny-Ussé*
39 *Langeais*

43 **Capítulo 4:** Langeais – Montrésor – Valençay
43 *Langeais*
47 *Montrésor*
51 *Valençay*

57 **Capítulo 5:** Valençay – Trier
59 *Valle del Mosela*
61 *Trier (Tréveris)*

67 **Capítulo 6:** Trier – Bernkastel Kues – Traben Trarbach – Cochem
67 *Trier (Tréveris)*
71 *Bernkastel-Kues*
75 *Traben-Trarbach*
77 *Cochem*

81 **Capítulo 7:** Cochem – Burg Eltz – Koblenz Güls
81 *Cochem*
85 *Burg-Eltz*
89 *Koblenz-Güls. Camping Gülser Moselbogen*

93 **Capítulo 8:** Koblenz Güls – Gengenbach – Gutach – Schiltach
95 *La Selva Negra*
97 *Gengenbach*
101 *Schwarzwälder Freilichtmuseum Gutach*
103 *Schiltach*



- 107 Capítulo 9:** Schiltach – Alpirsbach – Triberg – Titisee – Friburgo
107 *Schiltach*
111 *Alpirsbach*
113 *Triberg*
117 *Titisee Neustadt*
119 *Friburgo (Freiburg im Breisgau)*
- 125 Capítulo 10:** Friburgo – Mühlhausen Affing
125 *Friburgo*
131 *Mühlhausen Affing. Lech Camping GmbH*
- 135 Capítulo 11:** Mühlhausen Affing – Mauthausen – Obertraun
137 *Mauthausen*
139 *La historia del Campo de Concentración de Mauthausen*
157 *La visita al Campo de Concentración de Mauthausen*
169 *Obertraun. Camping Am See*
- 173 Capítulo 12:** Obertraun – Hallstatt – Berchtesgaden – Königssee
173 *Hallstatt*
177 *Berchtesgaden*
- 185 Capítulo 13:** Königssee – Obersee – Nido del Águila – Estrasburgo
185 *Königssee*
189 *Obersee*
191 *Nido del Águila*
191 *La historia del Nido del Águila*
195 *La visita al Nido del Águila*
199 *Estrasburgo (Strasbourg)*
- 203 Capítulo 14:** Estrasburgo – Aviñón
205 *Aviñón (Avignon)*
- 209 Capítulo 15:** Aviñón – Medinaceli
- 213 Capítulo 16:** Medinaceli – Aranjuez
213 *Medinaceli*
- 215 Epílogo**
- 217 Resumen de gastos**
- 219 Álbum fotográfico**



Hay reconocimientos que deberían ser eternos y, aún así, resultarían muy escasos. Por eso quiero expresar mi más sincera gratitud a todos aquellos que, con sus relatos, consejos y ayuda, me han servido de brújula en este maravilloso viaje. Mi recuerdo más cariñoso para María, Alfonso "Acorveira", Mari Pili, Miguel "Cuchi", Mari Luz y Pedro porque sin vosotros nada de esto sería lo mismo... ni de lejos. Sentid esto como vuestro.

José Antonio Guerrero





INTRODUCCIÓN

Mi pasión por viajar comenzó de niño, con un libro de Julio Verne y la colección completa de Fauna de Salvat que me había regalado mi prima Pilar cuando cumplí siete años. En casa, precisamente, lo único que sobraba eran libros, y yo, me entretenía recorriendo estanterías y muebles que mi abuela tenía en nuestra pequeña casa de Aranjuez. Subido a un desgastado taburete de madera tocaba las palabras que se encerraban en los nuevos, viejos, anónimos, leídos o deshojados libros. Acercaba un libro a mi nariz y lo olía. Olía a naftalina y a humedad. Pasaba la palma de mi mano y sentía el tacto de un papel que unas veces era áspero, otras veces suave, otras con relieve y otras frágil. Me llamaban la atención los grabados hechos a plumilla en el que los trazos eran fotografías que plasmaban el alma de una mirada. Me fijaba en los retratos de mujeres, hombres y niños y me parecían feos, muy feos; no veía esos rostros, esas expresiones, más que en cuadros. Ni mis abuelos, ni mis padres, ni mis primos, ni mis vecinos, ni siquiera el resto de habitantes de Aranjuez eran así; en televisión tampoco, pero sus profundas miradas escondían una invitación para viajar al pasado, al origen de nuestro presente.

Cogía ansioso los libros; de dos en dos, siempre quería más de uno. Viajaba a África y me convertía en un guerrero Masai. Los pigmeos eran como yo: seguro que los podía en un mano a mano. Descendía el río Orinoco, y luchaba con leones y enormes mosquitos mientras el húmedo calor de la selva mojaba mi ropa. Martilleaba en la fragua de Vulcano de Velázquez, y esperaba turno para comerme un huevo frito con patatas que una vieja malhumorada freía en una sartén de saldo. Participé en muchas batallas, y a pesar de lo que la historia diga, en Lepanto lo pasamos muy mal. Navegué con Juan Sebastián Elcano y durante un mes fui grumete en un bajel pirata. Vi las crueldades de Hernán Cortés y de los aztecas. Fui prisionero de Zenda, y en una venta manchega conocí a Sancho Panza. Allí, con Cervantes de testigo, Rinconete y Cortadillo desplumaban a un carretero de barba de seis días, de corta inteligencia y mucha bravuconería.

Todo eso lo vivía yo, mientras un viento frío de seis grados bajo cero, era el carcelero que me impedía salir a jugar a la calle en los helados días de invierno. Helados días de un Real Sitio que quedaba mudo y se refugiaba en sí mismo a la espera de una primavera que siempre tardaba en llegar. En esos fríos y duros inviernos de ropa de pana y lana, de pies congelados, de gente seca y agazapada en casa, comencé a viajar desde una habitación caldeada a base de estufa de leña, donde dos cuadros del Puente de Barcas y una foto de mi padre colgaban de la pared como el que cuelga un Goya.

Llegué a la conclusión de que viajar no es solo cuestión de dinero: no es estar ni ir; no es ver y contar. Viajar es imaginación, es deseo, es sentimiento, es simplemente vivir desplazado en un sitio soñado.

Y hoy, recordando esos días y los que vinieron después, paso las manos por mis ojos y las deslizo por la cara hasta llegar a unos labios que se sonríen y que comprenden que los sueños muchas veces se cumplen. Mi sueño se cumple: hoy me voy de nuevo de viaje; un cuadro y un libro que tenía pendiente desde hace años.

Una vez de vuelta, y analizando detenidamente los momentos vividos, creo que, posiblemente, este haya sido uno de los viajes más preciados de los que he realizado en mi vida. No caeré en el vicio del misticismo, ya que ni me he encontrado conmigo mismo, ni he hallado en su totalidad la ansiada paz interior, pero si tuviera que sintetizar en una sola palabra las incontables emociones traídas de este recorrido por Europa, creo que escogería la de *"fascinante"*.

Después de los viajes hechos los dos años anteriores, había llegado el momento en el que pensábamos que era imposible ver algo más bello de lo que habíamos visto; pero no, de repente, ante nuestros ojos, se nos han mostrado lugares y rincones, si cabe, más bonitos todavía.



Este viaje ha sido como uno de esos partos largamente esperado; engendrado en noviembre de 2007 y parido en agosto de 2008, ha pasado por infinidad de cambios, atrasos, anulaciones y un sinfín de vicisitudes que casi provocan el aborto del mismo. No vienen al caso los motivos, pero hasta una semana antes de salir no teníamos seguro la realización del viaje.

Nos gustaría compartir con vosotros nuestra gran pasión por viajar, y nada mejor para hacerlo que con este paseo por una parte de Europa que, imagino, a estas alturas muchos conoceréis de sobra.

Por ejemplo, Alemania. Podría quedarme a vivir en Alemania toda la vida, sin lugar a dudas. No me canso de sus paisajes, de sus gentes, de las contradicciones y búsquedas históricas de este país tan cuadrículado de Europa que tengo tan mitificado. También es cierto que es diferente ser un observador y ocasional viajero, que un participante activo y continuo en la vida normal de este país. El segundo rol me gusta más, no soy cobarde en ese sentido, es más, estoy seguro que me adaptaría a su modo de vida, ya lo hicieron mis padres, ¿porqué no yo? Quizás sea difícil dejarse seducir por unas formas de vida que, en lo esencial, son muy parecidas a las nuestras, pero el legado histórico y artístico que alberga merece sin duda alguna el interés y la atención de todo viajero observador. Por todo ello, anhelo volver de nuevo, aunque sólo sea para practicar el primero de los roles, menos da una piedra.

Uno de los lugares visitados en Alemania ha sido la Selva Negra, una zona repleta de pequeños y encantadores pueblos de montaña y de innumerables imágenes imborrables para toda la vida. La gran Selva Negra, uno de los principales atractivos turísticos de Alemania, está muy bien acondicionada para el campismo, y por ende, para el turismo, en algunos casos hasta el exceso, como Titisee; la calle principal podría pasar perfectamente por española debido al número de bares y tiendas de souvenir que acoge... Asimismo, es una región de excelsa belleza, plena de excelentes y serenos paisajes, y magníficas, cuidadas y conservadas localidades que lo forman. Cuando hablo de Alemania, pienso en el olor a monte fresco y en los sonidos que nos despertaban cada día al amanecer, que no es otro sino el olor de las húmedas y verdes praderas y la algarabía de los pájaros cucú de la Selva Negra que se aprestaban a iniciar el día como nosotros. Sencillamente grandioso.

El Valle del Mosela, menos espectacular en paisajes que la Selva Negra, es sin embargo más tranquilo, menos bullicioso, más mágico si cabe. El disfrute para la vista de poblaciones como Bernkastel-Kues, Schiltach o Cochem es algo que es difícil de explicar con palabras. Los pueblecitos esparcidos a ambos lados del río permiten, si la luz y la lluvia acompañan, observar la perfecta armonía que se establece entre paisaje y pueblo; el sol al atardecer proporciona unas puestas de sol majestuosas, y si a eso le sumamos el encanto que produce ver las laderas de las montañas repletas de viñas, podríamos decir que es casi la perfección absoluta.

Casi la misma perfección visual que Berchtesgaden, el Nido del Águila de Hitler, o los lagos Königssee u Obersee, todo esto repartido en menos de cuatro kilómetros a la redonda y con una atmósfera única y maravillosa. Y para que no falte de nada, la niebla y el frío también han sido nuestros compañeros de viaje en la subida al Kehlsteinhaus. ¿Qué más se puede pedir?

Uno viaja y de repente se encuentra en un sitio inimaginable. Inimaginable porque nunca previó el asombro que ejercería sobre uno aun habiendo soñado verlo. El portento de preguntarse, por ejemplo, cómo es posible estar viendo la maravilla de un pequeño pueblo al borde de un lago y rodeado de montañas. Sí, el portento de las preguntas que afloran por estar presenciando un asombroso encanto del mundo, una belleza al alcance de la mano que tantas veces soñé ver. Esto es Hallstatt, esto es Austria. Este es el asombro que quisiera que fuese inolvidable, eterno. Esta es la población más bella del mundo a orillas de un lago, así la calificó la UNESCO, y yo asiento con rotundidad.



Y qué contaros, que no os haya contado ya en otro relato, de los Castillos del Loira. Es uno de los lugares más sorprendentes que probablemente visitaré jamás. No hubo día que no experimentara sensaciones nuevas, que no descubriera aspectos desconocidos, sensaciones por disfrutar. Es una parte de Francia que todavía se conserva como uno de los lugares más fascinantes del planeta, sin ningún tipo de analogía. Entrar a sus castillos es volver a otra época con unas tradiciones ancestrales y unas genuinas formas de vida. La majestuosidad de sus fortificaciones no es equiparable a nada de lo visto hasta ahora. Si hace dos años vimos nueve de los más famosos y conocidos Castillos del Loira, este año han sido seis no menos bellos y no menos famosos o conocidos. Desde el señorial y grandioso Valençay, hasta el coqueto Langeais, pasando por el cuidado Montrésor o el histórico y archiconocido por el cuento de la *Bella Durmiente* de Rigny-Ussé.

Pero lo cierto es que este viaje ha concluido, nos guste o no. Y como todo, ha llegado a un final más o menos previsto, más o menos supuesto, más o menos esperado. Aunque yo diría más bien que insospechado por lo bello de lo vivido y no esperado. Los imborrables recuerdos de todos los instantes vividos no son sino una colección de perlas que ya hemos ensartado en nuestra memoria hasta que la senilidad o el Alzheimer venga a visitarnos.

Este es, en resumen, nuestro viaje más reciente. Una ruta realizada en dieciséis intensos días. Acompañadnos y viajad con nosotros por los recovecos de los maravillosos lugares que hemos visitado. No os arrepentiréis. Ah, y no os olvidéis la Biodramina en casa, para subir al Nido del Águila os va a hacer falta. Que tengáis buen viaje.

José Antonio Guerrero





CAPÍTULO 1 / Viernes 1 de agosto

(Aranjuez - Duna de Pilat): 791 Km.

Siempre que tengo que iniciar un viaje, la noche anterior me cuesta dormir, además, la excitación por viajar hace que no necesite ningún despertador para levantarme de la cama. Esta vez no iba a ser diferente, a las 7:00h ya estoy en pie. El sol sale en uno de los Reales Sitios más bonitos del mundo: Aranjuez. Quizás sea un sentimiento primario pero así lo siento. Amanece de jueves, de un simple jueves de agosto, pero para nosotros es como un inmenso día festivo que nos va a durar casi 400 horas.

Siempre hay un momento muy especial para mí: es cuando cerramos la puerta de casa, arrancamos el motor de la autocaravana y salimos de estampida por nuestra calle dirección norte. Cuando esto ocurre, acuden a mi cabeza mil sensaciones diferentes, desordenadas, contrapuestas que estimulan mi sistema nervioso y lo dejan a merced de la lucha perpetua que mantienen el cerebro y el corazón; la pasión y la razón: por un lado, la alegría de vivir nuevas experiencias, la satisfacción de conocer otras culturas, ver otros paisajes o, simplemente, por el gusto de impregnarme de olores, colores o sabores que, o son nuevos, o los tenía olvidados. Por otro, un sentimiento de nostalgia, quizá absurdo, por lo que dejo y a veces me gustaría llevar conmigo, como es el caso de este año. Me voy para 16 días y parto con lágrimas en los ojos. Son sentimientos sólo explicables para mí y para mi entorno.

Hace ya años descubrí que lo importante de viajar, lo apasionante de viajar, no era narrarlo a nuestro regreso en un relato como este, ni siquiera hacer las siete mil fotos que luego mostraré a mis amigos, sino atesorar cada una de las imágenes vividas: las risas, la soledad, los paisajes, el sufrimiento vividos por otros, los placeres; las palabras que se van amontonando en el alma y que constituyen la mayor riqueza que nos fue dada: la vida. Eso es lo que me queda cuando viajo. Un viaje es crecimiento personal que siempre permanece a mi lado: antes de viajar, por la ilusión y los preparativos que duran todo un año; viajando por lo que experimento y cuando vuelvo, por el recuerdo. Los viajes son niñez, juventud y vejez. Hay quien viaja para borrar de la memoria sensaciones vividas, pero olvida que un viaje es todo lo contrario: un viaje es para recordar.

A las 12:30h nos ponemos en marcha con la ilusión por bandera. Hace calor, un calor que ahoga y que abrasa el asfalto de un Aranjuez caótico en lo que a tráfico se refiere. Hubo un tiempo en el que Aranjuez era un paraíso para circular, pero por entonces yo era un párvulo chiquillo de corta edad. Hoy en día, los coches ahogan las cuadrículadas calles de mi pueblo. A pesar de todo, acortando camino, en treinta minutos estaremos en Getafe. Estaremos en las puertas de Madrid, lo demás ya no importa.

Tras más de siete horas de viaje, incluida una pequeña siesta en la parada que hacemos para almorzar, llegamos a San Sebastián, una ciudad que siempre vemos de pasada pero que tenemos ganas de visitar. Después de cargar gasoil a las afueras de Donosti, tomamos de nuevo la autovía para dirigirnos a nuestro primer destino: La Duna de Pilat. Le digo al TomTom que se ponga en marcha, y nos ponemos a hacer lo que más nos gusta cuando viajamos: perdernos y vagar. Lo de perdernos es una metáfora, ya que no me apetece para nada aparecer en Pau cuando en realidad vamos a Arcachon, que quede claro. A las 20:00h cruzamos la frontera con unas nubes color gris intenso.



Después de unos pocos kilómetros, las nubes oscuras quedan atrás. El amarillo del horizonte, cada pocos kilómetros, muda a ocre y morado. Después de haber superado una semana de calor intenso en España, en la que la media de litros de agua ingeridos supera ampliamente los tres diarios, llegamos a la Duna de Pilat, donde las temperaturas se suavizan, aunque persista el calor del tórrido verano.

Tras la paliza kilométrica del día, cenamos suave y nos vamos a la cama. Estamos en Francia. La primera etapa ha sido cubierta.

RESUMEN DEL 1º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	791	791 acumulados
Gastos de Gas-oil	84,32 litros a 1,269€/L (Seseña) 56,56 litros a 1,270€/L (San Sebastián)	107€ 72€
Peajes	Castañares – Armiñón Irún Biriadou La Négresse Bessenne	10,10€ 1,48€ 2,30€ 3,20€ 4,70€

- Los datos aquí expresados están anotados el 1/08/2008



COORDENADAS GPS:

Parking de la Duna de Pilat

Avenue de Biscarrose
N 44° 35' 53.57"
W 1° 11' 50.27"
(N 44.59820 - W 1.19728)



PERNOCTA EN LA DUNA DE PILAT:

Parking de la Duna de Pilat

Avenue de Biscarrose
Coordenadas GPS: N 44° 35' 53.57" - W 1° 11' 50.27" (N 44.59820 - W 1.19728)

Situado a las faldas de la Duna de Pilat. Es de fácil acceso, con muchas plazas y casi todas arboladas.

Precios en agosto de 2008: 9,20€ por noche.



Parking de la Duna de Pilat

© José A. Guerrero



OFICINAS DE TURISMO Y PUNTOS DE INFORMACIÓN

Puntos de Información en la Duna de Pilat

1 - Aire d'accueil de la Dune

2 - Route de Biscarrose, D 218

33115 Pyla sur Mer

Tel.: 05 56 54 02 22 y 05 56 22 12 85

Web: www.tourisme-latestedebuch.fr

E-mail: info@tourisme-latestedebuch.fr



CAPÍTULO 2 / Sábado 2 de agosto (Duna de Pilat - La Rochelle): 253 Km.

El día se levanta demasiado puntual para mi gusto: a las siete de la mañana en punto suena el despertador del móvil cuando nuestra intención de despertar eran las ocho y media. La costumbre de madrugar no se olvida ni en vacaciones.

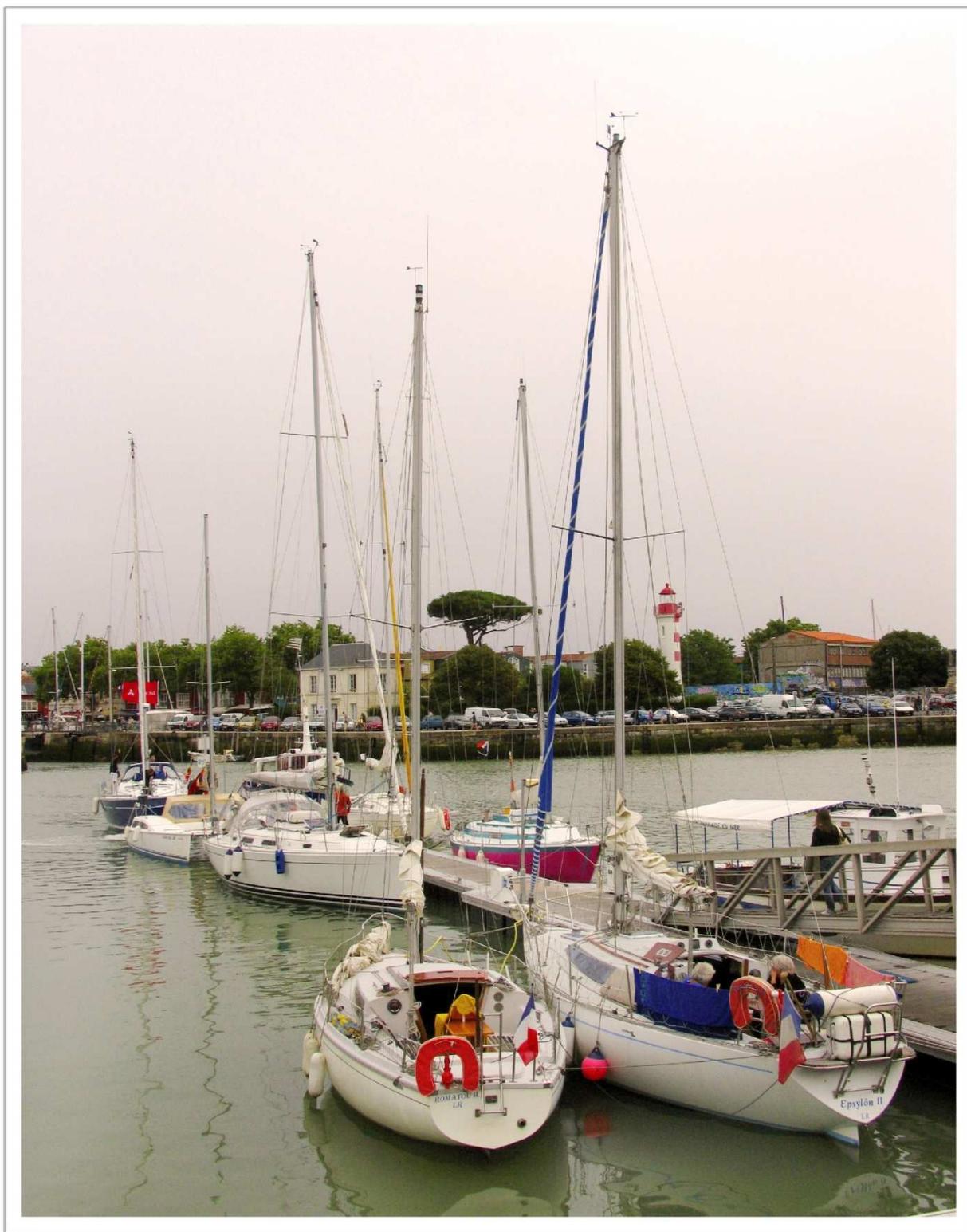
El desayuno de hoy es contundente: es un desayuno sobrio, de sonido de cucharillas, de croissant, mermelada, Nocilla, galletas y bizcochos. Un único rayo de sol penetra por la ventana de una autocaravana llena de ganas de vivir sensaciones nuevas; un desayuno que huele a café recién hecho; un desayuno de ilusión.

Después de la opípara ingesta de dulces, salgo de la autocaravana como el que sale de una boda, estiro un poco las piernas y tras cerrar puertas y ventanas nos ponemos en marcha. Salimos del parking con la idea de no pagar ya que anoche nos pareció ver que cobran sólo a partir de las nueve de la mañana. Craso error, en la garita ya se encuentra el cobrador dispuesto a recibir como agua de mayo nuestros 9,20€. La próxima vez habrá que leer bien o, simplemente, llevar las gafas limpias.

El trayecto entre la Duna de Pilat y La Rochelle es muy relajante: no acostumbro a hablar cuando conduzco salvo que mi mujer me obligue..., me gusta mirar el paisaje cuando el tráfico me lo permite. Estoy pendiente de la conducción pero también pienso en mis cosas. Juego con la mente, intento adivinar cómo es la vida de los pueblos por los que pasamos. La naturaleza tiene vida..., los árboles, las casas, el aire... sienten. Parece absurdo, lo sé, pero imaginarlo me entretiene y me relaja dentro de lo que uno se puede relajar cuando se lleva un volante entre las manos. Cambio el bufido del viento y el ruido del motor por música mental, que unas veces es clásica, otras pop y otras, la compongo, me la invento. Me arrepiento de no haber estudiado solfeo para poder escribirlo con notas. Como también me arrepiento de no haber estudiado una carrera de letras para poder plasmar mis pensamientos y mis ideas en papel. Uno, a menudo, tiende a arrepentirse y a no arrepentirse de las cosas según sea el momento y la situación; de las palabras dichas y las omitidas; del pude hacer y no hice; del si lo llego a saber y realmente lo sabía. Yo, en este momento de paisajes y carretera sólo me arrepiento de lo del solfeo y de lo de las letras: fue una oportunidad perdida en esos días que crees que por salir del cascarón y ser joven, sabes más que el mundo entero, cuando en realidad eres un ingenuo, un arrogante y un perfecto memo, que metido en esa secta que suele ser a veces la adolescencia, cree estar en posesión de todas las verdades de la vida: las absolutas, las relativas y las demás.

Me arrepiento de ello. Con frecuencia, los paisajes son para mí como libros en los que decido la decoración, la temperatura, las caras y las voces de los personajes que imagino e incluso las sensaciones que me produce el argumento. Con mi música sería mejor, y con mis letras colocadas en el orden y lugar oportuno sería la leche.





Vieux Port de La Rochelle © José A. Guerrero



La Rochelle (La Rochela)



- **Región: Poitou-Charentes (Francia)**
- **Departamento: Charente Marítimo**
- **Habitantes: 78.000**
- **Altitud: 4 metros sobre el nivel del mar**
- **Coordenadas GPS: N 46° 09' 37" – W 1° 09' 00"**
- **Ayuntamiento: Place de l'Hotel de Ville**

Llegamos a La Rochelle a media mañana con la lluvia como compañera de viaje. Una lluvia cansina y persistente desde hace rato. El parking lo encontramos muy fácilmente gracias al TomTom, aún así, está muy bien indicado, sólo hay que seguir las indicaciones de Parking Esplanade des Parcs. Está a unos diez minutos andando del casco viejo de la ciudad. Es un parking para coches y autocaravanas; gratuito y muy grande, no hay problemas para aparcar. Tiene una zona de carga y descarga de aguas y aseos para hacer lo que normalmente se hace en los aseos.

Como la lluvia no para, viendo el panorama que se nos presenta, decidimos no salir hasta ver si escampa. Pasada una hora, y viendo que la cosa no cambia, preparamos el almuerzo para mitigar malos pensamientos de siesta.

Comemos con el ruido de la lluvia de fondo. Es una sensación invernal de esas que sentía de pequeño mientras veía en la tele "Un globo, dos globos, tres globos..." devorándome un bocadillo de mortadela de aceituna mientras mi abuela me tejía una bufanda de lana escuchando en Radio Intercontinental el consultorio de Elena Francis; una sensación infantil.

Cuando la tarde se aclara, nos deleitamos con los gritos de unos niños jugando al lado de nuestra autocaravana. Son sonidos infantiles encantadores. El fútbol es su diversión, y un pequeño balón de playa su objeto máspreciado. Al verme, me desafían con provocación a jugar con ellos. Naturalmente, lo hago, para eso jugué de central en el equipo de mi colegio, mostrándoles con mis pies el por qué de la supremacía del fútbol español en Europa, aunque al final, y por aquello de que la vanidad no es buena compañera de viaje, en uno de esos toques mágicos de balón, de esos en los que te estás gustando como si fueses Zidane, pierdo el equilibrio y caigo en acrobática cabriola que produce el dispendio de carcajadas más escuchado en La Rochelle en los últimos años. Incluida la mía y la de mi familia, claro. Estos son los detalles que justifican cualquier viaje. Con los paraguas en la mano por si vuelve la lluvia, nos marchamos a paso lento recreándonos con el lugar. El dolor de nalgas me dura unos minutos. No solo los niños son niños, también los adultos seguramente nunca hemos dejado de serlo, afortunadamente. ¡Jodíos chiquillos!

La Rochelle es una ciudad recomendada ante todo para los amantes del mar. Deambulando por sus calles porticadas se contemplan sus vetustas casas de madera y sus tiendas alineadas recordándonos los tenderetes desaparecidos con el tiempo que los comerciantes extendían en las calles para vender sus mercancías recién desembarcadas. Paseando por el viejo puerto que un día construyera Leonor de Aquitania, vemos como todo el esplendor de este pueblo se ha establecido a partir del océano Atlántico.



En el puerto de La Rochelle ya no podremos ver comerciantes, ni antiguos armadores, aunque mantiene un aire muy turístico pero también muy cuidado, y eso es de agradecer en los tiempos que corren.

Entre un bosque de mástiles La Rochelle fondea en el Océano Atlántico. Rodeada de torres, de murallas y del encanto de una ciudad que vive por, del y para el mar. Cuando cae el día y los tejados de las casas se reflejan en las tranquilas aguas del viejo puerto, podemos ver la instantánea que muestra una ciudad silenciosa y recogida en sí misma. Esto es cierto, pero sólo en el instante del crepúsculo, bisagra del día, cuando el sol encandila los ojos y los llena de reflejos de colores. Antes y después, La Rochelle habla en voz alta, de barco a barco, del bar de una orilla al de la orilla opuesta, de los puestecillos de recuerdos y golosinas, de los turistas que pasean por sus alrededores y también habla de sí misma, orgullosa, rebelde y ocurrente. El eslogan de su escudo refleja su carácter: *“Bella y Rebelde”*.

Es el océano la esencia de La Rochelle, un océano que envuelve la ciudad, moldea el carácter y llena los estómagos de marisco y de pescado. Un océano que es el pasado, lo cotidiano, la tradición, la razón de ser de La Rochelle. Para vivir los atractivos intangibles de La Rochelle, basta caminar por sus calles y por su viejo puerto. Pero me animo a afirmar que la mejor guía turística para descubrir todo el fervor que se esconde entre las calles de su Ciudad Vieja es dar ese paseo por la noche. Es cuando esa parte de La Rochelle es más mágica, si cabe, que de día. Es tranquila, callada, sosegada, misteriosa, encantadora.

Situada en la costa oeste de Francia, en la región de Poitou-Charentes, La Rochelle es una población de unos 78.000 habitantes con una enorme personalidad debido a sus constantes luchas religiosas (no olvidemos que hace casi 500 años llevaron la contraria a la Francia católica y se convirtieron en protestantes) y al favor y protección que tuvo de los Reyes, siendo también una puerta de salida hacia novedosos mercados y territorios ansiados por emprendedores y colonos.

Por estas luchas La Rochelle no conserva muchos de los edificios medievales que tuvo en su día y que con el tiempo han ido desapareciendo por las guerras, aún así guarda un aire de historia que rememora épocas pasadas. Algunos vestigios del pasado aún son perfectamente visibles, y el primero que nos encontramos nada más bajar por la Rue du Palais es la Porte de La Grosse Horloge, un antiguo acceso a la villa fortificada de la ciudad y por la que ahora se accede a la ciudad vieja. Es una puerta con un campanario octogonal en su parte más alta que fue modificada en sucesivas ocasiones para ampliar la entrada y darle el aspecto que tiene en la actualidad.

Nada más cruzar esta puerta, se extiende el Vieux Port (Puerto viejo), el lugar más animado de toda la ciudad. La belleza de este puerto ha convertido a La Rochelle en destino turístico cargado de glamour. Recorrerlo tranquilamente observando el maravilloso conjunto que forman las torres de entrada al puerto no tiene precio. Las terrazas de los restaurantes, los cafés y los bares del muelle Duperré nos ofrecen las mejores vistas del emblema de la ciudad: La Tour Saint-Nicolas y la Tour de la Chaîne. Allí, acentuadas entre las sólidas defensas del viejo puerto, están las torres. Dando la bienvenida a las embarcaciones que atracan en el puerto, están la tour Saint-Nicolas, construida en la segunda mitad del siglo XI y la tour de la Chaîne (Torre de la Cadena), edificada en el siglo XIV y restaurada en los siglos XIX y XX ya que quedó dañada en algún conflicto de los de entonces. Más alejada está la Tour de la Lanterne (Torre de la Linterna o de los 4 Sargentos), que sirvió a lo largo de su historia tanto de faro como de cárcel. Una cadena entre la tour Saint-Nicolas y la tour de la Chaîne, evitaba la entrada al puerto.

Continuamos andando por el puerto. Huele a palomitas que el tiempo calma y enfría. A cada paso aparece una nueva sensación, cada pocos metros una nueva temperatura, un nuevo olor, un sonido, una música; en definitiva un recuerdo. No hay tiempo para extender el pensamiento o encontrar una referencia; una humareda vil de carne descontrolada viene hacia nosotros, una humareda que nos distrae, ciega y desconcentra.



En uno de los restaurantes de la Quai du Gabut están asando costillas. Mientras, nosotros, comemos helado de frambuesa. Extraña mezcla de olores y sabores.

A última hora de la tarde, en el crepúsculo, cuando el día anaranja, La Rochelle se disfrazaba de circo, de día de agosto, de verano, de ropa nueva y maquillaje. Hordas de familias se pasean por los muelles del viejo puerto. Las calles que circundan el mismo son tenderetes de estío y puestos de verbena, donde las músicas suenan en cualquier rincón para cualquiera que las quiera oír. Un grupo de peruanos hace de su música su refugio. La gente impasible los escucha. Tímidos aplausos de compromiso se suceden cuando terminan. La vía principal, la del muelle Duperré, es el escenario de un improvisado circo al aire libre donde equilibristas, malabaristas descalzos, hombres orquesta y funambulistas con bicicleta de tres metros de altura muestran sus habilidades para cualquiera que las quiera ver. Al terminar cada función, como cualquier hijo de vecino, pasan el sombrero en busca de la propina, en la mayoría de los casos, merecida propina. Los aplausos no faltan.

Las bombillas de los puestos de feria parecen luciérnagas ocultas entre los árboles de la Quai du Carénage tintineando por el efecto de un viento que comienza a asomar tímido en la noche haciendo revolotear papeles y envoltorios arrojados al suelo. Permanecemos al lado de un quiosco de caramelos, disfrutando de la elaboración artesanal de piruletas de colores donde un tendero barrigudo y concentrado en su labor, enrolla en un pequeño palo el jarabe de azúcar haciéndolo girar incansablemente, dando forma perfecta a la golosina mientras los niños aguardan el instante de la compra vigilando el proceso y asintiendo con la autoridad que otorga la ilusión. Eligen y babean los colores señalando con el dedo su mezcla preferida aunque saben que todos tendrán el mismo sabor: azúcar y fresa. Sus padres observan la escena recordando que ellos también algún día hicieron lo mismo.



Vieux Port de la Rochelle

© José A. Guerrero



Los tenderetes de recuerdos son como un bazar, ofrecen mercancías de días de vacaciones, de esas que se adquieren sin tener en cuenta las necesidades; de esas que, en la mayoría de los casos, nunca se usarán: yo las llamo mercancías caprichosas. Las mujeres se detienen en los puestos donde venden baratijas con premeditación, alevosía y casi nocturnidad, persuadiendo a unos maridos que intentan escaquearse de soltar unos euros que, con seguridad, preferirían gastarse en unas cervezas con los colegas del barrio mientras ven al Atleti ganar al Numancia... No lo tienen nada fácil: los niños, aliados con sus madres, demandan un helado de doble bola de chocolate tirando con insistencia del bolsillo del paterno pantalón. Al final, una mano mostrando una sortija y una lengua lamiendo un helado. ¡Qué se le iba a hacer! Seguro que él se desquitará cuando estén cenando.

Los adolescentes se reúnen en torno al puerto, envidiando a esa pareja de novios enamorados que se besan en una embarcación un pelín hortera que hay atracada a escasos metros. También se ven otras parejas que andan hacia ninguna parte: son parejas que prefieren pasear y ausentarse del trajín circense del lugar, son los que se conforman con pasear por la orilla y vivir el momento. Nosotros, absortos por la hermosura del lugar, fotografiamos esos instantes que la mente olvidará salvo que los inmortalicemos para siempre.

En una esquina, una pareja de mendigos pide ayuda para comer. En su fuero interno reina la pena de quien se sabe fuera de lugar: él, abatido por no poder ofrecer nada mejor a su mujer. Ella, por ver la desesperanza en el alma desgarrada de su marido. Los dos, porque en ese momento hubiesen deseado ser otras personas. Es el otro circo, el de la vida pura y dura.

El olor a pescado frito se mezcla con el de los pasteles y las manzanas caramelizadas, los restaurantes vocean sus menús de cena: la competencia obliga a los camareros a aventurarse en las calles para convencer a un risueño gentío de que la mejor comida se sirve en su local. Imagino que la mayoría llevarán razón: todos están llenos de turistas. Los vendedores ambulantes agitan con insistencia sus productos, ante los ojos duros y seguros de un padre de familia que más que rechazar, los repudia. No te digo nada de lo que dirá durante la cena, la sortija la tiene clavada en el corazón... El helado menos.

Saboreamos unos deliciosos churros con chocolate (a los que aquí llaman Chichis... os podéis ahorrar los comentarios jocosos porque es verdad...) que se nos ofrece en uno de los puestos ambulantes y sintiendo ese olor a océano que tiene toda la ciudad y la tranquilidad que nos acompaña por las casi desérticas calles del casco viejo, lentamente, y con parsimonia, nos alejamos del Viejo Puerto imaginando historias de viejos mercenarios; en el fondo, tenemos alma de marinero, aunque sea de agua dulce. El Tajo marca.

Recorremos el solitario casco histórico pasando por el Ayuntamiento de La Rochelle, un edificio renacentista rodeado de una muralla de estilo gótico. La plaza a la que da nombre del Hotel de Ville, está casi vacía. Un chisposo discípulo de Pocholo deambula de un lado a otro de la plaza profiriendo exabruptos inaudibles (en francés), como mochila lleva una bolsa de un Intermarché llena de cartones de vino de bodega cutre. Me da lo mismo como se llame: él se irá a casa borracho de alcohol, yo me voy ebrio de imágenes, de gestos, de movimiento.

A las 23:30h llegamos a la autocaravana. Los niños que jugaban al fútbol esta tarde seguro que dormirán hace rato, no hay nadie. La oscuridad y tranquilidad del parking contrasta con la luminosidad y el bullicio del Viejo Puerto. Del cero al infinito en diez minutos, así son las cosas.



RESUMEN DEL 2º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	253	1.044 acumulados
Parking	Parking de la Duna de Pilat	9,20€
Gastos de Gas-oil	31,32 litros a 1,325€/L (Super U de Arcachon)	41,50€
Peajes	Virsac – Cabariot	18,50€

- Los datos aquí expresados están anotados el 2/08/2008



COORDENADAS GPS:

Parking de la Esplanade des Parc (La Rochelle)

Chemin des Remparts

N 46° 09' 58.31"

W 1° 09' 15.85"

(N 46.16620 - W 1.15440)



OFICINAS DE TURISMO Y PUNTOS DE INFORMACIÓN

La Rochelle

Quai Georges Simenon, 2

17025 La Rochelle, Cedex 01

Tel.: 05 46 41 14 68

Fax: 05 46 41 99 85

Web: www.larochelle-tourisme.com

E-mail: accueil@larochelle-tourisme.com





PERNOCTA EN LA ROCHELLE:

Parking de la Esplanade des Parcs

Chemin des Remparts

Coordenadas GPS: N 46° 09' 58.31" - W 1° 09' 15.85" (N 46.16620 - W 1.15440)

Situado a diez minutos del centro histórico de la ciudad. Es un parking para todo tipo de vehículos. Dispone de zona de carga y descarga de aguas para autocaravanas. Es muy grande y normalmente no hay problemas para encontrar plazas libres.

Precios en agosto de 2008: Gratuito. Abierto del 2 de marzo al 30 de noviembre.



Parking de la Esplanade. La Rochelle

© José A. Guerrero



CAPÍTULO 3 / Domingo 3 de agosto

(La Rochelle - Saumur - Chinon - Rigny-Ussé - Langeais): 275 Km.

La Rochelle amanece limpia, de empedrado reluciente y deslumbrante en aquellos lugares donde el sol se va acomodando en el día, calentando a las pocas personas que se aventuran a pasear por las vacías calles de una mañana del domingo.

Tras desayunarnos el último trozo de bizcocho con crema que nos hemos traído de casa, preparamos la salida. Vaciamos y cargamos agua gratuitamente en el parking y a las 8:40h tomamos la carretera que nos llevará a Saumur.

Poco después de salir, a escasos kilómetros de La Rochelle, nos desvían por un infernal camino de cabras ya que la carretera, la "buena", está en obras. A los que nos gusta conducir (aparte de tener un BMW como el del anuncio) deberíamos poner en un altar al ingeniero avisado que inventó los navegadores tipo TomTom, Garmin, etc. En un caso como este, y sin disponer de ellos, uno como yo seguramente hubiese aparecido más cerca de Matalascañas que de Saumur. No soy de mapas de papel, me pierdo en Brihuega. El belga del Volvo que nos sigue, seguro que pensará lo mismo. Solventada la excursión cabruna, seguimos nuestra marcha.

Si hay una cosa que no soporto cuando voy conduciendo, son los ruidos parásitos que todo vehículo tiene aunque se crea lo contrario. Al igual que no hay camino sin grillo ni hortería sin amarillo, no hay vehículo a motor o sin él que no disponga de un amplio, surtido y diverso catálogo de ruidos. Y esto, que aunque parezca una gilipollez a mi me desespera, se convierte por arte de birlibirloque en una especie de mosca cojonera que me impide disfrutar del viaje y que, dependiendo de los días, me cuesta más o menos aceptar. Los ruidos son tan habituales cuando estás pendiente de ellos que no se olvidan ni poniendo en el Radio-CD lo último de Metallica. Mi mujer es la que más lo sufre: no los ruidos, sino a mí. Me desesperan tanto que hago infinitas paradas para tratar de mitigarlos. Busco, busca, buscamos en equipo de dónde vendrá el maldito "cri cri" que me vuelve loco. No sé si soy una especie única, un rara avis de los que ya no hay o resulta que somos unos pocos los que pensamos lo mismo y actuamos de igual manera. Lo dicho, desesperante. En una de estas jugosas paradas, aprovechamos para comprar pan y croissants en un pequeño pueblo de la Francia Rural. Cuando Inma trae la compra en una bolsa de papel, el pan aún quema y los croissants huelen a gloria.



Vieux Port de La Rochelle

© José A. Guerrero



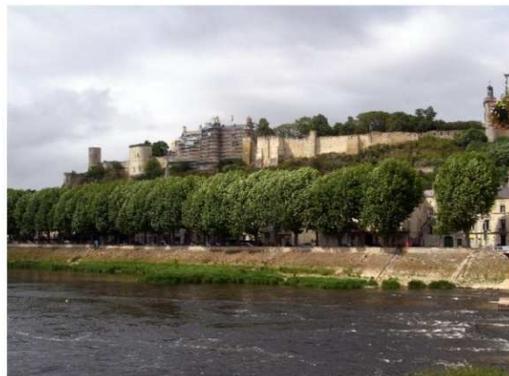
Vieux Port de La Rochelle © José A. Guerrero



Castillos del Loira

Francia, Loira y castillos: todo es una sola cosa. A pesar de que en todas las regiones de Francia los chateaux abundan y proliferan como las setas, en ninguna de ellas se encuentran agrupados tan densamente como en el Valle del Loira. Los castillos del Loira, si bien no son los más grandes e importantes del mundo, si son los que tal vez, tengan más historia. En muchos de ellos, hoy convertidos en museos y en cajas de hacer dinero, los reyes y los ricachones de la época competían en ostentación, buscando la admiración, el respeto o la envidia de unos habitantes que jamás lograrían poseer esas riquezas. La construcción y el tamaño delimitaban las diferencias entre unos y otros. ¿Cuántos tratos se hicieron en ellos?, ¿cuántos reyes y ricachones celebraron sus fiestas y sus éxitos en sus patios?, ¿cuántas historias de amor, posesión y celos silenciaban sus paredes?

La ruta de los Castillos del Loira es una de las más bellas de cuantas hay en Francia, una ruta cuyo contenido ha sido clasificado como Patrimonio Mundial de la UNESCO, ese contenido son unas maravillas esparcidas como las perlas de un collar por el río más largo de Francia.



Castillos del Loira

© José A. Guerrero



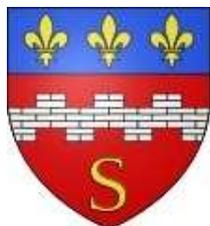


Saumur

© José A. Guerrero



SAUMUR



- **Región: País del Loira (Francia)**
- **Departamento: Maine y Loira**
- **Habitantes: 30.100**
- **Altitud: 20 metros sobre el nivel del mar**
- **Coordenadas GPS: N 47° 15' 36" – W 0° 04' 37"**
- **Ayuntamiento: Rue Molière**

Llegamos a Saumur degustando lentamente, y a pequeños trocitos, uno de los croissants que Inma ha comprado recién hechos en Concourson. He de reconocer que es una de las delicias culinarias francesas que más me gusta. Goloso que es uno. Javi, en su afán de ser más que nadie, devora uno él solito en menos de lo que canta un gallo.

Al entrar en la ciudad, llueve con insistencia, es uno de esos días que parece que alguien estuviese lavando sus penas. Fácilmente, siguiendo las indicaciones del Camping l'Île d'Offard, nos encontramos con un pequeño aparcamiento entre el campo de fútbol y el propio camping. El complejo está situado en una isla rodeada por el río Loira a la que se accede por el Pont des Cadets. Las plazas de aparcamiento son mínimas, y sólo un par de autocaravanas italianas, una francesa y la nuestra hacemos la flota autocaravanística del lugar. El resto del parking está ocupado por motos, coches y dos autobuses holandeses. Si os asegurara que es gratis, os mentiría, no recuerdo si había parquímetro, aunque Javi e Inma juran que no. Si a resultados de esto, llegáis al parking y tenéis que pagar, reclamádselo a estos dos que seguro que os lo abonarán encantados...

Pertrechados con nuestros inseparables paraguas, bordeamos el campo de deportes y nos encontramos, al otro lado del río, con la ciudad de Saumur y con la planta imponente de su castillo, de una desafiante belleza y apacible serenidad; el aire fresco y la tranquilidad son la regla más que la excepción, así es Saumur.

Hay castillos que no sólo se admiran sino que se respiran y se sienten. Parece que hay una fuerza que te empuja hacia ellos. Son sitios cubiertos de misterio, piedras a las que nunca jubilaron convirtiéndolas en historia: alegre y dramática. El castillo de Saumur, es un óptimo ejemplo de ello. Desde la distancia, es una silueta concentrada, robusta, acordonada de torreones, agujas y pináculos volantes que simulan querer retrasar un encuentro con el mundo de los sentidos, de la lujuria, de la perfección. Walt Disney se habría sentido orgulloso si lo hubiese creado él en su mundo imaginario.

¿Quién no se imagina en este castillo a una princesa enferma de amor por su príncipe encantado asomada a una ventana con barrotes atisbando los torneos de la nobleza ataviados con telas doradas y banquetes con ágapes monumentales, con trompetas y con fanfarrias? A medida que te acercas a él, vislumbra las más artísticas formas que una mente pudo imaginar.

El castillo, que fue utilizado como prisión durante el reinado de Luis XIV, y que desde hace un siglo pertenece a la ciudad, domina el Vieux Quartier (casco antiguo). Un casco antiguo que cuando se pasea por él sin prisas, sin agobios, uno se da cuenta que se pasea por un fragmento de la historia que ha quedado atrapada en sus calles y en sus casas.



Y es que Saumur no sólo es su castillo, Saumur es también una ciudad dulce, tranquila, serena; colmada de edificios espléndidos, henchidos de nobleza. Repleto de calles estrechas, con olor a regia historia y callejuelas que desembocan en el Loira, eso es Saumur, una ciudad de oportunidades inimaginables.

Y todo eso a pesar de ser pasto de pequeños grupos de turistas que, como nosotros, patean la villa buscando empaparse de historia y de historias, pero también es pasto de gentes sensibles, como nosotros, que buscan los ecos perdidos de esa misma historia, y estos ecos sólo se pueden oír en el silencio de estas calles. Unas calles desde las que se contempla, con la emoción sólo reservada a los que saben sumergirse en la vida de una ciudad, las casas y palacios de un casco histórico que da fe del brillante pasado de esta pequeña localidad; pequeña pero encantadora, con unas calles limpias y silenciosas trazadas con mimo, respetuosas con el orden urbanístico de sus tiempos de grandeza.

Las mejores vistas del castillo se obtienen desde la orilla opuesta del Loira, donde sentado en un banco, y semiescondido entre las ramas de un sauce que crece en un pequeño jardín, cierro los ojos y por unos momentos quiero ser piedra, piedra del chateau de Saumur, piedra de sus calles.

De vuelta a la autocaravana, paramos por un instante en una pequeña *pâtisserie*. En su interior, reina el buen gusto y la creatividad en la decoración del local. Me dejo llevar por los ojos, e inmediatamente tengo la sensación de entrar en una gran fábrica de dulces como las de los anuncios de televisión de los años setenta. Allí, los objetos en desuso transforman cada rincón de la pastelería en un retorno al pasado. No falta de nada: las viejas botellas de cristal para la leche, la balanza, la cortadora de fiambre, la estufa de leña, las inconfundibles latas de Maizena y otras tantas reliquias se mezclan con el rostro angelical de la joven dependienta. Cual grullas hambrientas, engullimos unos deliciosos pastelitos de crema con chocolate que la joven nos dispensa con alegría. ¡Qué simpática es la jodía! No la entendemos ni cuando nos dice el precio, el cual nos tiene que poner con bolígrafo en la bolsa de papel en la que nos da los dulces, pero se empeña en explicarnos en francés las bondades de los bollos. Asentimos como si la entendiésemos: las buenas formas obligan a ello. Unos zumos de naranja recién exprimidos consiguen aportar el grado de sensatez mínimo ante el exceso de aporte calórico.



Saumur

© José A. Guerrero



Saumur

© José A. Guerrero

Comiendo pasteles y bebiendo zumo de naranja llegamos a la autocaravana en medio de un chaparrón veraniego de los que calan a pesar de llevar paraguas. Y es que comer dulces y llevar paraguas es incompatible, sobre todo cuando el viento hace de las suyas y te deja al descubierto en más de una ocasión. Calados como peces, salimos de Saumur a eso de las 13:40h.

Una carretera arbolada de túneles verdes y campos de viñas, nos despide de Saumur.

Chinon



- **Región: Centro (Francia)**
- **Departamento: Indre y Loira**
- **Habitantes: 8.170**
- **Altitud: 37 metros sobre el nivel del mar**
- **Coordenadas GPS: N 47° 09' 57" – E 0° 14' 17"**
- **Ayuntamiento: Place du General de Gaulle**

En cuarenta minutos, y por una carretera que en su mayor parte discurre bordeando el Loira y su afluente el Vienne, llegamos a Chinon. En la parte alta de la ciudad, más concretamente en la Avenue François Mitterrand, encontramos el aparcamiento más próximo al castillo; está a escasos 200 metros de la entrada. El parking vale lo mismo para un roto que para un descosido, o lo que es lo mismo, vale igual para autobuses, autocaravanas, coches y furgonetas que para motos, quads ó bicicletas... Sólo falta espacio para el John Deere de mi suegro. Es como el Expo-ocio pero en Francia. Eso sí, es gratuito.

Como con el estómago lleno se ven las cosas de distinta manera, antes de visitar el castillo y el pueblo, decidimos almorzar. Un delicioso pollo en salsa chilindrón es el manjar del día. Después de una pequeña siesta de veinte minutos (que como dice mi abuela, eso ni es siesta ni es "na"), cuando la temperatura baja unos grados y las nubes amenazan con descargar agua de tormenta, nos disponemos a realizar la visita.

Antes de nada, os diré que Chinon es una ciudad de esas, que odias al principio y que a medida que pasan las horas, la acabas queriendo para siempre. Es como cuando conocemos a alguien y al principio nos cae fatal, no lo soportamos, y al final lo unimos a nuestras vidas porque descubrimos que la primera impresión no es la que cuenta. Esto es lo que nos pasa a nosotros con Chinon, una ciudad que al llegar engaña y desilusiona de tal forma, que creemos que lo hace para llamar nuestra atención; para querernos atrapar. Pero es sólo eso, un intento de tergiversar nuestra opinión de esta estrecha y encajonada ciudad; encajonada y estrecha porque está "prisionera" entre su castillo y el río Vienne.

Por la cercanía al parking, lo primero que hacemos es ver el castillo. La entrada vale 3€. He de deciros que a nosotros la visita al mismo nos decepciona un poco, debido quizás a que sólo puede visitarse una pequeña parte, la otra está en obras y en un estado ruinoso. Os ahorraremos entrar en detalle sobre él, pero insisto, creo que os decepcionará. Igual dentro de unos años mi opinión cambie, y su deprimente estado pasará a ser todo lo contrario cuando acaben las obras de restauración, pero mientras, es lo que hay.

Desde las almenas y murallas del castillo se vigila Chinon. Desde esta altura no se aprecian los detalles, pero desde esta privilegiada posición parecen escucharse los sonidos de la ciudad, el murmullo de las gentes y el ruido de una venidera tormenta de lluvia que se anuncia en un horizonte lleno de nubes vestidas de cardenales; lluvia que avisa sobre lágrimas futuras.

Media hora después, cuando ya estamos en la Rue Voltaire, una de las más bonitas de Chinon, comienza a llover. Es increíble la cantidad de agua que puede caer en unos minutos y los efectos que causa.



La torrencial lluvia cubre de agua en pocos minutos parte de los arenales del río Vienne; los regueros de agua, erosionan unas calles de cauces perfectos. Los niños corren, juegan y se bañan mientras un grupo de orientales intenta avanzar hacia su destino con un agua que, en algunos casos, los ha calado hasta los huesos. A nosotros no es menos. Nos refugiamos en una galería de arte donde exponen cuadros a los que no prestamos la más mínima atención: el momento no lo requiere. La dueña nos mira con cara de pocos amigos. Igual se cree que nos vamos a gastar los 3500€ que vale uno de ellos. Al irnos la guiño un ojo y sonríe satisfecha: es más bella una sonrisa que un ceño fruncido.

Por las empedradas y mojadas callejuelas del casco antiguo, llegamos a la Place General-de-Gaulle. A su lado, la pequeña plaza de la Fontaine pasa por ser uno de los centros neurálgicos turísticos de la ciudad, está toda ella rodeada por terrazas de bar. A su alrededor se alzan, entremezcladas con las casas de entramado de madera, las curiosas edificaciones de toba blanca características de Chinon.

Recorriendo la ciudad, uno no puede dejar de pensar en lo gloriosa que debe haber sido su estampa en sus años de máximo apogeo y de paso continuo de personajes históricos. Ya sabéis: Enrique II Rey de Inglaterra, Felipe el Hermoso (el francés, no el español), Ricardo Corazón de León, Juana de Arco, Richelieu, etc, etc. Realmente, resulta imposible no imaginar esta ciudad en aquellos tiempos como un gran centro político plagado de nobleza y de intrigas.

Hoy, Chinon exhibe en sus calles las casas palaciegas e históricas construidas siglos atrás; y las muestra como el símbolo de prestigio y de poder que en su día tuvo. Y a pesar de otras corrientes arquitectónicas, la del ladrillo, por ejemplo, Chinon ha sabido preservar y respetar el incalculable valor histórico de aquellas viejas construcciones y mantiene el brillo y la grandeza del pasado, con unos edificios que enamoran por la belleza descomunal de su vejez.

Desde la Place de la Fontaine se accede a un ascensor panorámico gratuito que nos sube a la parte alta de la ciudad donde se encuentra el parking. El trayecto dura menos de diez segundos. Os lo digo porque a estas alturas de día no apetece para nada darse la paliza de bordear andando el pueblo cuesta arriba. Yo le calculo veinte minutos como poco si se hace a pie. Aún así, si queréis hacerlo, nadie os lo va a impedir. Avisados quedáis.

Cuando salimos del parking empieza a salir el sol. Al cruzar el puente sobre el río Vienne, volvemos la vista atrás y observamos como el castillo de Chinon se deshilacha en el cielo, un cielo morado intenso que empieza a disipar sus nubes.

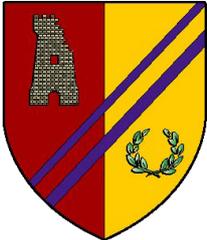


Chinon

© José A. Guerrero



Rigny-Ussé



- **Región:** Centro (Francia)
- **Departamento:** Indre y Loira
- **Habitantes:** 505
- **Altitud:** 44 metros sobre el nivel del mar
- **Coordenadas GPS:** N 47° 15' 06" – E 0° 17' 50"
- **Ayuntamiento:**

La tarde mejora definitivamente y el sol nos acompaña cuando llegamos al castillo de Ussé. El aparcamiento que hay frente al castillo está a tope, al igual que los alrededores del mismo. En la carretera que une Rigny-Ussé con Langeais, la Rue de la Loire, hay aparcadas dos autocaravanas francesas. Como no vemos la posibilidad de aparcar por ningún lado, decidimos liarnos la manta a la cabeza y dejar la autocaravana junto a un maizal. Eso sí, bien aparcada pero un poco retirada del castillo. Que sea lo que Dios quiera.

Si cara nos pareció hace dos años la entrada al castillo de Chenonceau, no os digo nada lo que nos parece el atraco por entrar a este. Los adultos 12€ y los niños entre 8 y 16 años pagan 4€. Casi mil de los antiguos duros es lo que nos vale entrar a los tres. Se admiten opiniones... Ya que estamos aquí, y dada la imposibilidad de ver el castillo sin pagar, decidimos hacer de tripas corazón y abonar los 28€ no sin dejar de mirar a la taquillera con ojos asesinos aunque la pobre mujer no tenga culpa de nada. Ella, tan amable como bella, sonríe mientras nos defecamos en los difuntos familiares de los dueños del *Chateau*.

Nada más entrar, nos recibe un guía para hacer la visita en grupo. A mí particularmente, las charlas que te sueltan en los sitios históricos me dejan generalmente frío, no sólo por lo que cuentan estos guías, sino también lo que cuentan algunas guías, estas últimas de papel. No por desinterés, sino porque se me hace complicado procesar fechas, hechos y nombres que acaban en el olvido: me hago un lío y tengo poca retentiva, casi la misma que los peces: cinco segundos. Las guías de viaje (las de papel), o los guías (los de carne y hueso) muchas veces quitan todo el encanto de los monumentos al obligarte a memorizar la sucesión de algunos hechos que carecen de interés, al menos para mí. ¿A alguien le importa si fue un doce de marzo del año mil ochocientos y pico, el día que la reina rodó escaleras abajo, se lastimó el tobillo y se hizo una brecha cuya sangre se puede ver en esa columna...? Además, la historia está adornada con mucha fantasía por lo que me centro en aspectos prácticos, sucesos que realmente me ayuden a comprender las cosas. Para mí la historia no es una partida de Trivial con los amigos un sábado por la noche ni un examen de segundo de FP. De ahí, mi frialdad y desinterés hacia ese tratamiento frívolo de la historia que casi siempre no aporta más que cifras y "batallitas".

Todo esto viene a cuento, de que cuando ya mis neuronas están para pocas florituras, con tanta cifra, tanto nombre franco-germano-sajón difícil de pronunciar y menos de recordar, le pego una vuelta de tuerca a mi cerebro y me pongo a jugar con la mente. Esto, que parece una idiotez, e igual lo es, es entretenidísimo e invito a cualquiera a practicarlo: el método es sencillo; las instrucciones y las normas las creas tú, siempre ganas y además es totalmente gratis, es cojonudo. ¿Hay quien dé más? Es el juego de la imaginación histórica, un juego que admite infinitas combinaciones, cualquier estado de ánimo: es el único y auténtico juego de rol.





Capilla. Chateau de Ussé © José A. Guerrero



Imagino, por ejemplo, como sería la vida en la época de mayor esplendor del castillo de Ussé y juego con la mente dibujando personajes, representando su vida y la mía y, por supuesto, poniendo música al asunto. Fantaseo viviendo dentro del castillo, y no solo siendo el Rey, sino también un sirviente, un soldado, un músico... Sentiría el frío, el dolor, cualquier sensación. Esta es la ventaja de quienes intentamos ver el mundo desde cualquier ángulo, con lo cual siempre podemos disfrutar más de una vez las cosas. Y lo de ser dos personajes a la vez, es de nivel avanzado, ¡eso ya es la leche!

Alguien puede pensar que estoy un poco loco por esto que estoy escribiendo. Lo admito, es verdad, y no seré yo quien, en inútiles explicaciones, trate de razonarlo. Es así y punto; aunque parezca taxativo: para mí, los paisajes, el entorno, el contenido... tienen su significado; puedo pensar las cosas en varias posibilidades. Me imagino viviendo en un castillo, como un rey, juego a inventarme, a crearme. ¿Qué haría durante el día sin televisión y sin ordenador?, ¿cuál sería mi trabajo fuera de la fotografía?, ¿quiénes serían mis amigos con los que disfrutaría un domingo sin tener la posibilidad de ir a ver al Atleti?, ¿cómo llegaría a fin de mes con sesenta reales de vellón? Y aunque sé que es absurda, irreal, una fantasía de la mente y que no me acostumbraría a ello, me veo sentado en un banco del jardín del castillo de Ussé hablando con otros hombres y contando historias imposibles que nunca sucederán.

Y es que la mejor forma de saber si un sitio te gusta o no, es meditar en esto que estoy contando, y si uno es capaz de imaginarlo la respuesta sobra: la mejor manera de disfrutar un viaje es estar un poco loco, o mejor, loco de remate.



Chateau de Ussé

© José A. Guerrero



Después de este momento de enajenación mental transitoria, curioseamos por las pocas habitaciones a las que se tiene acceso en el castillo de Ussé. En una recargada habitación, avisto unos muñecos de cera que, encerrados en una parafernalia digna de una película de Luccino Visconti, representan las formas de vestir de los años treinta, de la época de Al Capone, vamos. El guía, un guía de gafas de culo de vaso que imagino verá menos que Pepe Leches, al que, por cierto, no tengo el gusto de conocer, explica la posición social que ocupaban los hombres y mujeres en función de su vestimenta, de las joyas y de los adornos: en aquellos tiempos, el hábito hacía al monje. Y yo me pregunto, ¿qué pintan los muñecos disfrazados de años treinta en un castillo del siglo XV? Palabra, desentonar. Como desentona una pareja de novios recién casados que se muestran alegres en una escalera que lleva a la planta superior del castillo. La pose forzada da a entender que ha sido un matrimonio de conveniencia. La dote de ella habrá consistido en unas cuantas hectáreas de viñas y de olivos y la de él en unos terrenitos para el cultivo de lavanda. De conveniencia total. Afortunadamente, los novios también son de cera.

En este mágico chateau de Ussé, Charles Perrault se inspiró para escribir el famoso cuento infantil de *"La Bella Durmiente"*, es, por tanto, un castillo de cuento de hadas, de princesas, de brujas malvadas y de historias infantiles, utilizado no para defender territorios sino para entretener y sorprender a invitados a punta de lujos. Por el paseo de ronda, pueden verse algunas habitaciones donde se han recreado distintas escenas del famoso cuento infantil. Aquí se encuentran los omnipresentes personajes y personajesillos del cuento: desde el hada mala malísima llamada Maléfica, hasta la princesa Aurora, pasando por el príncipe azul llamado Felipe..., las tres hadas buenas o los reyes Estéfano y Huberto. Todo muy Disney, aunque sea de Perrault.

En la parte baja del castillo, avanzamos por un oscuro pasillo; mientras pasamos por una húmeda habitación iluminada tan sólo por las débiles luces de los candelabros eléctricos que cuelgan del techo, noto a Inma temblorosa; Javi, de su mano, no está como para robar panderetas. Cada movimiento de sus sombras que las luces deslizan por la pared de piedra enmohecida, les supone un sobresalto. Extraños sonidos nos llegan de cada rincón del castillo.

Están cabreados por haber aceptado entrar a la cueva donde se guardan las botellas de vino y los antiguos aperos de labranza del castillo, por pasar rozando esos muros... En el momento que su mente parece dibujar el movimiento de alguien avanzando hacia ellos, sigiloso, suave, aterrador... una mano se apoya sobre sus hombros. Sobresaltados, los dos gritan en el preciso momento que unos labios se acercan a sus oídos... "Joder, que soy yo, José. Vaya susto que me habéis dado al gritar..."

Un paseo por los jardines, una visita a la hermosa capilla y las fotos de rigor, es lo último que hacemos antes de coger nuestra autocaravana e irnos camino de Langeais por la Rue de la Loire, carretera por la que nos sorprende una breve tormenta de agua y viento que reaviva el paisaje moviendo lo que antes permanecía fijo.



Langeaís



- **Región: Centro (Francia)**
- **Departamento: Indre y Loira**
- **Habitantes: 3.850**
- **Altitud: 46 metros sobre el nivel del mar**
- **Coordenadas GPS: N 47° 19' 36" – E 0° 24' 25"**
- **Ayuntamiento: Place du 14 Juillet**

El acceso a la ciudad, se realiza por un bellissimo puente disfrazado de edificio medieval construido en 1846. Cuatro arcos de piedra, tres de ellos asentados sobre el Loira, unidos por cables de acero en perfecta simetría nos reciben en medio de una insistente lluvia. Como no podía ser de otra forma, fue destruido casi en su totalidad durante la Segunda Guerra Mundial, más concretamente el 19 de junio de 1940 para impedir el paso a los belicosos alemanes. Para mayor gloria de sus habitantes, el histórico puente fue reconstruido en 1950.

Tras bordear Langeais por la carretera de circunvalación, nos encontramos a la izquierda el Camping Municipal Le Lac junto al un pequeño lago y muy cerca de la vía del ferrocarril. No os preocupéis porque no hay trenes cada cinco minutos, es un lugar tranquilo. Es un camping de segunda categoría pero con todo lo necesario y con grandes parcelas de hierba. No tenemos problemas para elegir el sitio ya que está semi-vacío. Por 10,40€, repito, por 10,40€ nos ofrecen un forfait que incluye la parcela, dos adultos, un niño, electricidad y el uso de las instalaciones. Asombroso.

Una vez acomodados en la enorme parcela, me voy a duchar. Mientras retozo bajo el agua caliente cual cerdo en un lodazal, llaman a la puerta de las duchas. Tres *toc-toc* y una voz en francés que creo que me dice *"ouvrez la porte s'il vous plaît"*, interrumpen mi ducha de agua templada y deliciosa. Ciego de jabón, enrollado en una toalla de fibra comprada en el Decathlon de Getafe, y colocada de griego, de romano en las termas de Caracalla, me deslizo como patinador olímpico hasta la puerta, dejando tras de mí un reguero de agua y espuma que sugiere hubiese sido babosa en mi anterior vida. Una avergonzada voz se escucha cuando abro la puerta: *"Pardon Monsieur, merci beaucoup"*. Creo que me dijo eso, porque mi francés es tan justo como mi cinturón. Al tío se le había olvidado la llave y la puerta se había cerrado con el viento. Sonrisa de compromiso y vuelta a la ducha.

Al atardecer, me dispongo a redactar parte de las experiencias vividas. Con la anochecida, telefoneamos a mi abuela, que sigue alucinada por lo bien que se nos oye. No puede creer que estemos tan lejos y que nuestra voz suene tan cercana: ella no sabe que yo siempre estoy cerca aunque me encuentre lejos. Y es que en esta vida, sólo tengo una deuda pendiente, una que nunca podré saldar, ni nadie me exigirá: es una deuda con mis abuelos, una deuda de gratitud que por muchos años que viva nunca podré ya pagar. A mi hijo procuro transmitirle estos y otros valores llenos de humanidad. Serán el mejor legado que le pueda dejar.

A propósito del teléfono: el que alucinó fui yo, un mes después, cuando me llegó la factura del móvil. Ya con la noche cerrada, la lluvia golpea las ventanas y el techo con tal fuerza, que parece avisar de un inminente desmoronamiento de la autocaravana. En menos de cinco minutos, para de diluviar. Inma respira tranquila. Javi ya duerme hace rato. La cena, para Inma y para mí, es un mero trámite sin pena ni gloria, el cansancio lo justifica casi todo.



RESUMEN DEL 3º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	275	1.319 acumulados
Peajes	Sainte Hermine – Cholet Nord	9€
Entradas a Castillos	Castillo de Chinon -----	Adultos 3€ / Niños hasta 12 años gratis -----
	Castillo de Ussé	Adultos 12€ / Niños hasta 7 años gratis / Niños de 8 a 16 años 4€
Camping du Lac (Langeais)		10,40€ Parcela + Autocaravana + 2 adultos + 1 niño + electricidad

- Los datos aquí expresados están anotados el 3/08/2008



PERNOCTA EN LANGEAIS:

Camping Municipal du Lac ()**

Rue de Tours

37130 Langeais

Tél. 02 47 96 85 80

Fax: 02 47 96 69 23

Web: www.langeais.fr

E-mail: contact@langeais.fr

Coordenadas GPS: N 47° 19' 46.49" - E 0° 25' 06.64" (N 47.32958 - E 0.41852)

Situado a poco más de un kilómetro del centro histórico de la ciudad. Es un buen Camping de 2ª categoría con todo lo necesario para alojarse cómodamente. No hablan español. Buen trato.

Precios agosto 2008: Parcela + Autocaravana + 2 adultos + 1 niño + electricidad: 10,40€





COORDENADAS GPS:

Parking en Saumur

Rue de Verden (Junto al Camping l'Île d'Offard y al Campo de fútbol).

N 47° 15' 38.28"

W 0° 03' 56.77"

(N 47.26062 - W 0.06577)

Parking en el chateau de Chinon

Avenue François Mitterrand (Junto al castillo de Chinon).

N 47° 10' 09.61"

E 0° 14' 20.92"

(N 47.16933 - E 0.23915)



Parking en el Chateau de Chinon © José A. Guerrero

Parking en el chateau de Rigny-Ussé

Rue de la Loire (Junto al castillo de Rigny-Ussé)

N 47° 15' 03.38"

E 0° 17' 33.01"

(N 47.25093 - E 0.29251)



Chateau de Ussé © José A. Guerrero

Camping Municipal du Lac (Langeais)

Rue de Tours

N 47° 19' 46.49"

E 0° 25' 06.64"

(N 47.32958 - E 0.41852)





OFICINAS DE TURISMO Y PUNTOS DE INFORMACIÓN:

Oficina de Turismo de Saumur

Place de la Bilange, B.P. 241
49418 Saumur
Tel.: 02 41 40 20 60
Fax: 02 41 40 20 69
Web: www.ot-saumur.fr
E-mail: infos@ot-saumur.fr

Oficina de Turismo de Chinon

Place Hofheim
37500 Chinon
Tel.: 02 47 93 17 85
Fax: 02 47 93 93 05
Web: <http://tourisme.chinon.com>
E-mail: tourisme@chinon.com

Chateau de Ussé

37420 Rigny-Ussé
Tel.: 02 47 95 54 05
Fax: 02 47 95 43 58
Web: www.chateaudusse.fr

Oficina de Turismo de Langeais

Place du 14 Juillet, BP 47
37130 Langeais
Tel.: 02 47 96 58 22
Fax: 02 47 96 83 41
Web: www.tourisme.langeais.com
E-mail: tourisme.langeais@wanadoo.fr



CAPÍTULO 4 / Lunes 4 de agosto (Langeais - Montrésor - Valençay): 116 Km.

Langeais

Amanece un día tristón, con cielo gris y nubes oscuras. Después del temporal nocturno, viene una calma momentánea, engañosa; presajiamos agua.

Tras el desayuno, salimos del camping y nos vamos a visitar Langeais y su castillo. El pueblo se halla a poco más un kilómetro del camping pero decidimos ir en la autocaravana. Al llegar, comienza a chispear tímidamente, una fina lluvia nos envuelve. Aparcamos en un pequeño parking que hay detrás del castillo; está totalmente vacío, es gratuito y está a menos de cincuenta metros de la entrada. Un sitio inmejorable.

Langeais es un sitio pequeño, coqueto, curioso, simpático, me atrevo a decir que hasta encantador; con un castillo altivo, severo, con dos caras: una sobria, que se ve desde cualquier parte del pueblo, y otra bella, muy bella, que se aprecia sólo desde el jardín.

En Langeais la gente no vive de cara al turista ni de espaldas a la realidad: se vive y punto, al menos esa es la sensación que me queda tras la visita. Apenas unas tiendas, que según nos comenta un cordobés afincado aquí hace muchos años, solo se animan cuatro meses al año, y un par de cafeterías, están abiertos a las nueve y media de la mañana. Aún así, es un lugar ideal para quedarse una mañana entera disfrutando de su tranquilidad, me encantan estos pequeños refugios para el alma.

Langeais es de esas ciudades que, sin tener ninguna séptima maravilla, te hechiza, te embruja y te encanta. Sus olores, sus colores, su vida, su gente, sus fachadas... Todo tiene un algo especial. El castillo y su muralla de color ocre que le rodea, presentan una ciudad de detalles.

Tras comprar un pan delicioso recién horneado, vagabundeamos una hora en la que exploramos varias veces la ciudad. Perderse es imposible.

Llueve, y en unos minutos estamos calados. No me importa nada; andamos bajo la lluvia y en ningún momento, incluso cuando el chaparrón quiere ser tormenta, buscamos refugio en los toldos de las tiendas. ¡Me encuentro tan bien!

Con el señorío habitual de los castillos del Loira, el de Langeais se alza orgulloso, en medio del pequeño pueblo de tejados de pizarra. Se levanta recortado contra el cielo, elevado sobre sus murallas y sus pilares, llamando a su visita. Los torreones desafían al vértigo e invitan a la prudencia nada más asomarte: tienen su peligro...



El castillo de Langeais, que pertenece al Instituto de Francia desde 1904, es uno de los más antiguos de la región y también es uno de los más interesantes de Valle del Loira gracias al trabajo de su último propietario, Jacques Siegfried, un gran aficionado al arte que se empeñó en devolver al castillo la decoración que tenía en el siglo XV.

Se llega al mismo por un puente levadizo de cadenas construido sobre un foso seco. En su día debería tener algo más de agua de la que hay ahora, ya que la única que canaliza es la de la lluvia. La decoración interior es austera y muy del siglo XV, pero todo está en un excelente estado de conservación. Muebles, tapices, suelos de madera, chimeneas, cuadros y esculturas, son los objetos que representan un conjunto excepcional y llenan el castillo de detalles de la época de su construcción. Para los amantes de los tapices, aquí tenéis una tienda donde poder comprarlos a unos precios más que razonables para lo que se estila por estos lares.

Nos acercamos al camino de ronda midiendo los pasos, caminando con cuidado, como el que se acerca a un precipicio. Y es que no sólo es este castillo, es toda Francia la que hay que ver despacio, con movimientos pausados, casi dando pasitos de geisha. El tiempo en Francia nos ha dado un cheque en blanco cada día y procuramos agotarlo. Nos acostamos tarde, nos levantamos temprano, dormimos deprisa y caminamos despacio. Son paseos de quien sabe dónde va pero tampoco tiene prisa por llegar. Todo lo hacemos con calma, nuestro viaje es como un adagio, lento, tranquilo y pausado. No nos altera casi nada. Comenzamos a tener un alma francesa que acentúa los sentimientos que nos producen todas las cosas que vemos. Aunque forman parte de un todo, podemos tratar cada imagen, cada sensación de forma aislada. Nuestros ojos y nuestras mentes son un perfecto zoom que acerca o aleja los instantes a voluntad.



Chateau de Langeais

© José A. Guerrero



Abandonamos el castillo tras ver tímidamente, y bajo el paraguas, los jardines que hay en su parte posterior. La lluvia nos impide hacerlo más ampliamente.

Salimos de Langeais por el mismísimo centro (cabezón que es uno) y tomamos la A85 para dirigirnos a nuestro siguiente destino. Una sacudida de lluvia violenta nos sorprende a menos de quince kilómetros de Montrésor. No se ve nada ni con el funcionamiento de los limpiaparabrisas. En la carretera D10, a la altura de un pueblecito llamado Genillé, hemos de parar hasta que amaina la tempestad. Aprovechamos para tomarnos un tentempié y cuando deja de representarse la segunda parte del Diluvio Universal, tomamos de nuevo la carretera. Casi al llegar a Montrésor deja de llover y el sol hace brillar un paisaje verde recién bañado de aguas.



Parking en el Chateau de Langeais

© José A. Guerrero



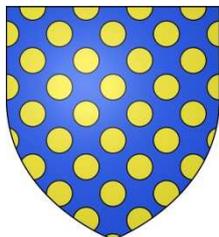


Montrésor

© José A. Guerrero



Montrésor



- **Región:** Centro (Francia)
- **Departamento:** Indre y Loira
- **Habitantes:** 385
- **Altitud:** 100 metros sobre el nivel del mar
- **Coordenadas GPS:** N 47° 09' 19" – E 1° 12' 13"
- **Ayuntamiento:**

A los pies del castillo, y a escasos cincuenta metros de la Oficina de Turismo, aparcamos la autocaravana junto a una Hymer francesa. Son las 12:50h y sus dueños ya están dando buena cuenta de sendos platos de *cassoulet*. Al ver mi curiosidad gastronómica, él, muy amablemente, me invita a probar la vianda. Declino la invitación por educación, que no por falta de ganas, que las hay. El aparcamiento es gratuito y está casi vacío. Pertrechados con nuestras cámaras fotográficas y guías en mano, nos disponemos a ver las maravillas que, a cada paso, encierra este encantador pueblo.

Montrésor lo habíamos elegido por una foto que vimos en Internet. No es uno de los lugares más frecuentados por los turistas pero posee uno de los castillos más bonitos del Loira, y además, por la belleza de su casco histórico ya merece la pena pasar por aquí, no en vano, está catalogado como uno de los "Pueblos más bonitos de Francia".



Montrésor

© José A. Guerrero



En Montrésor nos encontramos en un paisaje extraído de otro tiempo. Es un pueblo para pasear lentamente, en silencio, entre las sombras de sus estrechas callejuelas de piedra, y los lamentos que parecen desprender sus vetustas paredes. Porque el pequeño pueblo en sí es nostálgico y tranquilo. Muy poca gente nos cruzamos en nuestro camino, y bien que podemos disfrutar de ese silencio y respeto.

El castillo de Montrésor marca toda la silueta de la ciudad; su personalidad; su carácter. Porque Montrésor es una pequeña ciudad de piedra aferrada a su castillo, un auténtico castillo de los de antes, de impenetrables muros altos de roca maciza y paredes grandiosas color tierra. Una ciudad, y sobre todo, un castillo, a priori, inexpugnable. Tan inexpugnable que el que construyó el mismo, lo hizo con dos murallas, hemos de imaginar que lo haría más por querer salvaguardar su integridad que por disfrutar del paisaje desde las alturas; pero tampoco estamos en la cabeza de Foulques Nerra para aseverar este pensamiento.

Al castillo, que actualmente pertenece a una familia polaca cuyos antepasados eran amiguetes del mismísimo Napoleón III, se accede por una pequeña rampa tras pasar por la taquilla y pagar 5€ por persona. En la propia taquilla entregan un librito con la historia del castillo en español, el cual ha de devolverse a la conclusión de la visita.

Según habíamos leído, en su interior se amontonan muebles, trofeos de caza, tesoros de reyes polacos, cuadros de Rafael y de Caravaggio... Y la verdad es que no le falta razón al que lo escribió, ya que a las habitaciones y salas del Chateau le faltan espacio físico para mostrar tanto poderío decorativo. Pero aún así, y lejos de parecer un guardamuebles, el interior de este castillo tiene un aire acogedor como en muy pocos hemos visto. Se le siente con vida, como si estuviese habitado por la nobleza de siglos pasados, cosa que no es de extrañar si tenemos en cuenta que los actuales dueños viven en una casona que hay frente a él, al otro lado del jardín. En mi opinión creo que le haría falta deshacerse de algún que otro elemento decorativo, o en su defecto, de ir rotando de vez en cuando los mismos, más que nada para no agobiar al visitante. Puestos a opinar, creo que si a la familia Branicki (los propietarios del castillo) le sobra algún cuadro de Rafael y quieren hacer un acto filantrópico, haciendo de tripas corazón le hago un hueco en el salón de mi casa y tan amigos...

Los cuadros aquí expuestos son pinturas que relatan la historia de Polonia y narran con trazos magistrales las biografías de los nobles que habitaron este castillo, biografías sobre paisajes, paisajes con figuras, figuras reales, reales escenarios, escenarios de pasión, pasión y amor, amor y odio, odio de reyes engalanados, engalanados de batallas, batallas ensalzadas, ensalzadas por artistas, artistas que fueron escritores, escritores que fueron pintores, pintores que fueron ojos, ojos que pintaron grabados, grabados en miniatura, miniaturas de la historia...

En una de las habitaciones, tres velas de incienso arden en distintos puntos y el humo rompe los vaporosos halos de luz que entran por la ventana. Los finos hilos de humo que desprenden las velas impregnan un ambiente de pesada historia. Me da la sensación de estar en una especie de alucinación que requiere tomarse su tiempo para asimilar lo que ocurre. Comienzo a andar a pasitos, tentando el suelo, teniendo cuidado de no derrumbar las velas de incienso. Quiero absorber todo y busco con la mirada las claves para descifrar tanta belleza. En un rincón, semiculto entre la nebulosa de la habitación, un vigilante nos mira con cara de pasmado de película de Berlanga.

Abandonamos el castillo después de entregar el librito que nos han dejado a la entrada. Bordeando una de las murallas regresamos a la autocaravana para poner rumbo a Valençay, allí almorzaremos. Por la D760, y tras enlazar a medio camino con la D960, en poco más de media hora llegamos a nuestro siguiente destino. El trayecto es corto, sólo son 30 kilómetros.

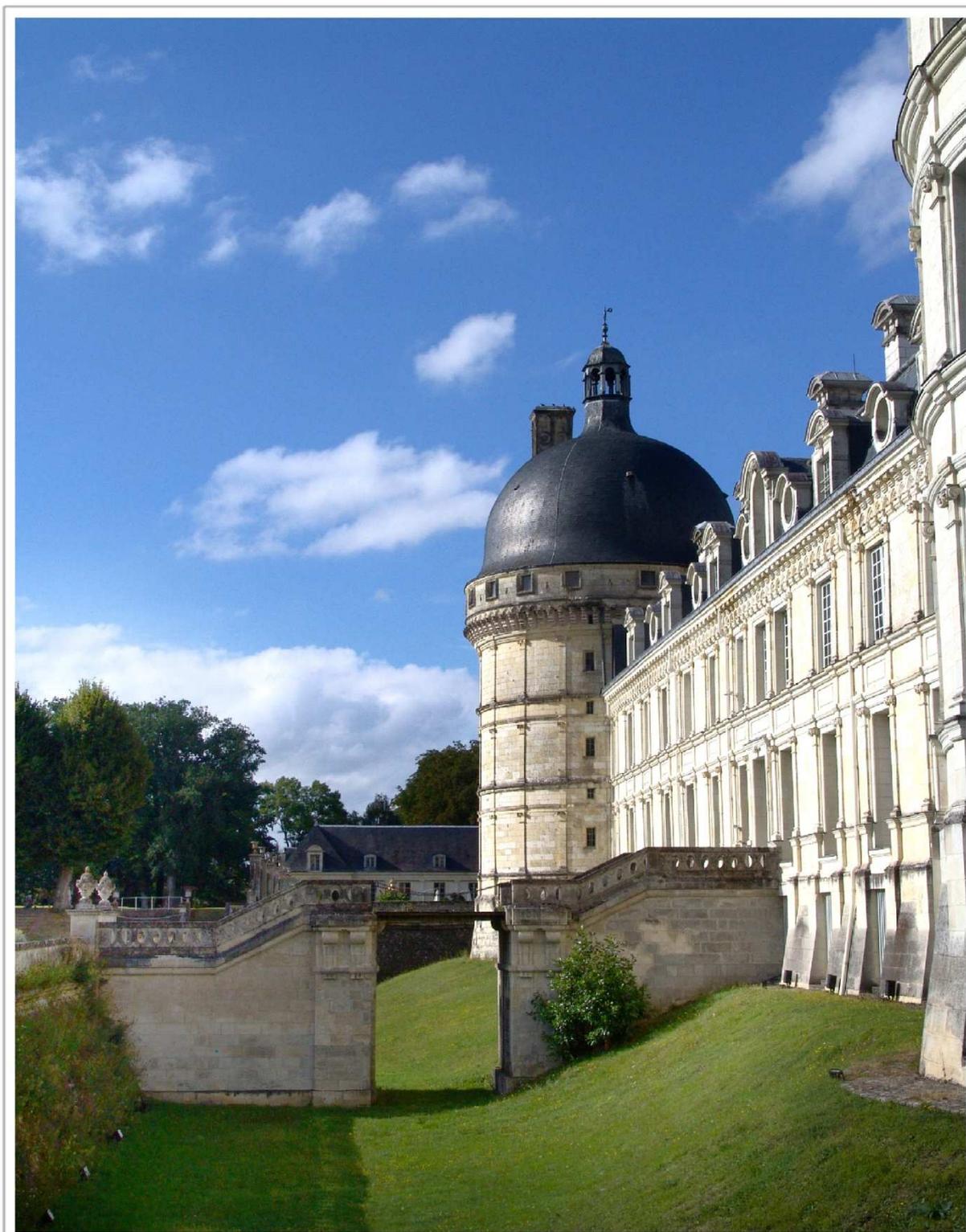




Montrésor

© José A. Guerrero



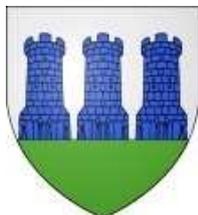


Chateau de Valençay

© José A. Guerrero



Valençay



- **Región: Centro (Francia)**
- **Departamento: Indre**
- **Habitantes: 2.640**
- **Altitud: 112 metros sobre el nivel del mar**
- **Coordenadas GPS: N 47° 09' 42" – E 1° 34' 11"**
- **Ayuntamiento: Rue du Talleyrand, 4**

Al llegar a Valençay, el sol es tan fuerte que mata los colores; el cielo es de un azul intenso apabullante. Aparcamos en un pequeño sitio que vemos libre en la Avenue de la Résistance y nos disponemos a dar una vuelta antes de comer. Caminar por las calles del pueblo no es como caminar por las calles de cualquier otra ciudad. El calor abrasador nos aplasta literalmente contra el suelo. Hay nubes pero son testimoniales. El sol es el dueño indiscutible de esta ciudad a estas horas. Visto el panorama, decidimos irnos a almorzar. Estas son las paradojas de la meteorología: esta mañana en Langeais hacía frío, esta tarde en Valençay hace calor, mucho calor.

Regresamos a la autocaravana y mientras preparamos la comida recuerdo haber leído en un relato que detrás de la Oficina de Turismo había un parking para autos. La memoria no me falla y, efectivamente, el aparcamiento sigue estando operativo. Es muy amplio y gratuito pero es de gravilla, de esa gravilla que se te pega a los zapatos y la arrastras por toda la autocaravana sin piedad. Es un lugar muy cómodo ya que es totalmente llano, pudiendo aparcar un par de docenas. Con unas diez autocaravanas a nuestro alrededor, nos disponemos a comer ligeramente: ensalada de pasta y melón de postre. Mientras Inma hace café, aprovecho para ir a la Oficina de Turismo a pedir información de la ciudad.

A media tarde, cuando la temperatura descende, nos acercamos al Castillo de Valençay que se encuentra a escasos doscientos metros del parking. Hay muy poca gente. Al entrar, poco a poco los jardines se hacen silencio. Un silencio multicolor de naturaleza cuidada con mimo; un mar de plantas que exponen su apacible manto de paz. Los pájaros, juguistas empedernidos, cantan saltando de copa en copa, como si fuesen de bares, y las ardillas jueguetean y corren por el césped. En uno de los parterres, una pequeña fuente cuyo chorro se precipita desde el surtidor a la base, crea una melodía de ecos acuáticos. ¡¡¡Qué paz!!! En los jardines, siempre aparece un rincón en el que respirar el aroma de las flores, los olores del viento, los perfumes franceses...; rincones que embriagan la mente, llenándola de placenteros recuerdos y sensaciones.

Por muchas fotos que hayas visto del castillo de Valençay, ninguna le hace justicia a esta belleza de piedra blanca. La luz y la claridad que desprende a estas horas de la tarde, puede llegar a cegar si se mira fijamente.

Una vez dentro, basta con mirar a nuestro alrededor para maravillarnos: unos espectaculares e inmensos murales de tapices llenan de belleza varias salas del castillo. Las lámparas de estilo versallesco no les van a la zaga, y cual arañas de cristal, tejen los techos de las magnificas habitaciones del Chateau de Valençay. Todo muy lujoso tal y como deseaba Napoleón. Por suerte, bastan sólo unos pocos minutos para convencernos de que este castillo es uno de los mejores que hemos visitado en la Ruta del Loira.





Chateau de Valençay

© José A. Guerrero

Por cierto, en este castillo estuvo prisionero, por orden del omnipresente Napoleón Bonaparte, Fernando VII el Deseado. El lujoso cautiverio le retuvo aquí durante seis años, tras los cuales, y después de firmar el tratado de Valençay el 11 de diciembre de 1813, regresó a España para reinar hasta 1833. La habitación de su excelsa majestad es una de las que puede verse durante la visita guiada.

Como broche de oro, se ingresa en un largo pasillo repleto de estatuas y de cuadros; es una de las estancias más bellas del castillo. Por su aspecto, sintetiza a la perfección las aspiraciones del famoso Príncipe de Talleyrand, su propietario desde 1803 y el que más esplendor dio a este edificio.

Antes de salir del castillo, no olvidéis visitar las cocinas y las bodegas que están situadas en los sótanos del mismo. Os podéis hacer una ligera idea del ritmo de vida que se llevaba en la Francia del siglo XIX.

Para los pequeños de la casa y para los papás de los pequeños, podéis osar “disfrutar” en Le gran Labyrinthe de Napoleón y en Le Chateau des enfants. El laberinto es estresante. Hay que meter un código para poder entrar y adivinar otro para poder salir, además de varios más para abrir las innumerables puertas que hay por dentro. Después de diez minutos en los que no encontramos la salida, decidimos hacer trampas y pedir a unos asombrados franceses que nos hagan el favor de abrirnos la puerta desde fuera. La cosa empezaba a acongojar a Javi.



Una vez visto el castillo, nos disponemos a dar una vuelta por el pueblo. En Francia, los comercios cierran a las siete de la tarde, pero a las siete en punto, a veces, incluso antes. A menudo, no queda más remedio que comprar media hora antes ya que a las seis y media ya están recogiendo los tenderetes y echando los cierres. Los restaurantes no le van mucho a la zaga, y simplemente cierran en función de la clientela que hay sentada en sus terrazas o en la barra de dentro. En los lugares pequeños como Valençay, la mayoría de bares y restaurantes o "lugares donde comer", cierran a la misma hora que los comercios: son lugares que parecen haber existido en otra vida. Con tan poca vida en las calles, parece que los comercios también estuviesen de vacaciones. De vez en cuando y, con suerte, se encuentra alguno, pero lo dicho, a las siete de la tarde de cualquier día de agosto, la vida se difumina cual azúcarillo en un café.



Chateau de Valençay

© José A. Guerrero

Haciendo caso a una recomendación que nos habían hecho, buscamos y encontramos la pastelería Chechery, famosa por sus excepcionales tartas de patata. Como es costumbre en nosotros, cuando la encontramos está cerrada. La pastelería cierra los lunes por descanso, por lo que nos quedamos con las ganas. Junto a este famoso establecimiento, hay otra pastelería donde también hacen las famosas tartas de patata; no son las de Chechery pero tampoco tienen nada que desmerecer. Allí nos hacemos a la idea de lo que es la conocida tarta: deliciosa. Habrá que volver para probar la original.

El atardecer, anaranjado, conforma un paisaje de ensueño; cuadros de colores dibujados por las aguas del Nahon y las sombras que proyecta el castillo de Valençay bajo el sol menguante.



Esto me recuerda cuando de niño mi abuelo me llevaba de paseo al jardín de la Isla en Aranjuez y desde allí nos sentábamos en un banco a contemplar la puesta de sol como si fuese la inmensidad de la creación. Lamentablemente mi abuelo no puede acompañarme en este inolvidable viaje lleno de belleza y nostalgia, pero seguro que allá donde esté, también se acordará de esos momentos vividos.

Ojalá mi mente pudiese albergar un ordenador de 1.000 gigas que procesara todo lo que veo para archivarlo adecuadamente y guardar las partidas de la vida. No sé si a vosotros os pasará lo mismo que a mí: ante las cosas bellas y hermosas que voy viendo, que son muchas, nunca tengo el tiempo suficiente para saborearlas. Podría pasarme horas mirando un cuadro, una escultura, admirando un castillo como el de Valençay o disfrutando del panorama que ofrece una ciudad como esta sentado en un banco de un jardín, pero la urgencia del tiempo muchas veces me lo impide, teniendo que conformarme con una vista general que oculta los detalles, los sacrificios y los sueños de quien realizó la obra. Y hay tantas cosas para ver y tan poco tiempo para hacerlo...

Por la noche, cuando el sol ya no quema como lo hacía esta mañana, cuando el sueño me puede y preveo que voy a caer en brazos de Morfeo, cierro el block de notas del viaje, y tras una leve sonrisa pícaro, doy las buenas noches a mi mujer y a mi hijo y me dispongo a descansar y a soñar. Mañana llegamos a Alemania.

RESUMEN DEL 4º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	116	1.435 acumulados
Peajes	Le Pavillon	2,10€
Gastos de Gas-oil	61,26 litros a 1,314€/L (Super U de Loches)	80,50€
Entradas a Castillos	Castillo de Langeais	Adultos 8,20€ / Niños de 10 a 17 años 5€ / Menores de 10 años Gratis
	-----	-----
	Castillo de Montrésor	5€ por persona
	-----	-----
	Castillo de Valençay	Adultos 9€ / Niños 6€

- Los datos aquí expresados están anotados el 4/08/2008





COORDENADAS GPS:

Parking en el chateau de Langeais

Explanada en la parte trasera del castillo

N 47° 19' 28.86"

E 0° 24' 17.80"

(N 47.32468 - E 0.40495)

Parking en Montrésor

Grande Rue

N 47° 09' 20.30"

E 1° 12' 11.88"

(N 47.15565 - E 1.20333)



Parking en Montrésor

© José A. Guerrero

Parking en Valençay

Avenue de la Résistance (Detrás de la Oficina de Turismo)

N 47° 09' 37.13"

E 1° 33' 43.88"

(N 47.16039 - E 1.56249)



OFICINAS DE TURISMO Y PUNTOS DE INFORMACIÓN:

Oficina de Turismo de Montrésor

Grande Rue, 3

37460 Montrésor

Tel.: 02 47 92 70 71

Fax: 02 47 92 70 89

Web: www.tourisme-valdindrois-montresor.com

Oficina de Turismo de Valençay

Avenue de la Résistance, 2

36600 Valençay

Tel.: 02 54 00 04 42

Fax: 02 54 00 27 67

Web: www.pays-de-valencay.fr

E-mail: tourisme.valencay@aliceadsl.fr y officetourisme.valencay@tiscali.fr





PERNOCTA EN VALENÇAY:

Parking en la Oficina de Turismo de Valençay

Avenue de la Résistance

Coordenadas GPS: N 47° 09' 37.13" - E 1° 33' 43.88" (N 47.16039 - E 1.56249)

Situado en la parte trasera de la Oficina de Turismo y a escasos 100 metros del Castillo de Valençay. El suelo es de gravilla y no dispone de ningún tipo de servicio de carga y descarga de aguas. Es amplio y no hay problemas para encontrar plazas libres.

Precios en agosto de 2008: Gratuito.



Parking en Valençay

© José A. Guerrero



CAPÍTULO 5 / Martes 5 de agosto (Valençay - Trier): 690 Km.

Tras una soñadora noche, el despertador suena a las seis y media de la mañana; queremos ver amanecer en el castillo de Valençay. De noche (al menos anoche), no se ilumina, es como si a la luna se la denegase el derecho a acariciar su piedra blanca. Queremos verlo de otro color que no sea el del día. Cuando llega el alba, un inmenso sol va encendiendo las callejuelas, plazas y sobre todo el Castillo para que estalle en mil colores este precioso rincón francés. Cada minuto que pasa, la tonalidad del castillo va alternando hasta que el sol sobrepasaba la silueta de los torreones; es entonces cuando el blanco de su brillo y la bruma en la que está inmersa la ciudad, difuminan su figura como si fuese un cuadro pintado por Monet.

Como aquí la vida comienza mucho más temprano que en España, decidimos darnos un corto paseo por el pueblo y aprovechar para comprar el pan. Los comercios y las tiendas ya están abiertos y además hay mercadillo. En una pequeña tiendecita de pueblo pequeño nos atiende una belleza francesa de unos treinta años. Uno en su modestia y comedimiento reconoce una cierta alteración y confusión ante lo que se nos muestra: un buen canalillo como Dios manda acompañado de una sonrisa. Mientras compramos el pan y algunos dulces para el desayuno, me quedo momentáneamente embobado. Es un breve instante perfectamente captado y correspondido con una sonrisa, mitad divertida y mitad irónica. Como yo, varios lugareños más se percatan de la perfección del proporcionado busto y asienten con pícaras muecas de aprobación. Qué veredones...

Al volver a la autocaravana, desayunamos plenos de gozo por lo vivido. Hay que empezar el día con más fuerzas de lo normal. Después del madrugón, nos espera un largo trayecto de nueve horas, nueve horas de autopista, nueve horas de peajes franceses, es decir, de peajes caros.

Contra todo pronóstico, el viaje es muy placentero: la temprana hora de salida evita encontrarnos demasiados camiones hasta llegar a París, lo que tranquiliza bastante cuando se circula por Francia. Circunvalamos la capital francesa, Reims y Metz con total normalidad, pero al llegar a Luxemburgo el tráfico se ralentiza de una forma drástica; la velocidad en la circunvalación de la capital es lenta, muy lenta, casi de atasco en la M30 a las 8:00h de un lunes cualquiera, yo diría que hasta permite recrearnos con el paisaje. Son ya seiscientos y pico kilómetros y llevamos metidos más de ocho horas en la autocaravana. Pasado el atasco, encontramos una gasolinera que más parece la Puerta del Sol un sábado de diciembre que un centro de abastecimiento de combustible. Camiones, autobuses, coches, motos, autocaravanas... por docenas. Se nota que el gasoil está "barato", a 1,19€/litro cuando en Francia estaba a 1,32€/litro. Ahora entiendo el porqué de los veinte minutos de espera.





Iglesia de St. Paulin. Trier © José A. Guerrero



Valle del Mosela

El río Mosela, con sus 560 kilómetros de longitud (313 exclusivamente en Francia, 39 formando la frontera entre Luxemburgo y Alemania, y 208 exclusivamente en Alemania), es el afluente más grande del Rin y está marcado por un romántico paisaje fluvial. En su lento caminar, se encuentran a cada paso rincones idílicos y regiones vinícolas con pueblos de cuento y bodegas tradicionales, algunas con siglos de historia

El río Mosela, que nace en los Montes Vosgos, al noreste de Francia, discurre generalmente en dirección norte hasta entrar en Alemania, donde se le conoce con el nombre de Mosel, y desemboca en el Rin en Coblenza. Es navegable casi en todo su recorrido por embarcaciones de pequeño calado y, desde la década de 1960, las de mayor tonelaje pueden recorrer un total de 274 kilómetros.

En la parte alemana, el valle que surge al paso del Mosela presenta innumerables meandros y escarpadas pendientes cuajadas de viñedos: ante la falta de suelo cultivable, las cepas crecen encaramándose en escalones sobre las paredes de las colinas, conformando un anfiteatro natural de vides. La máxima expresión de este arte del cultivo se puede contemplar en el viñedo Calmont, en la localidad de Bremm, que con 380 metros de alto y 55 grados de inclinación es considerado el más empinado de Europa.

A pesar de las carreteras repletas de curvas, se disfruta de la conducción en este idílico paraje. El pintoresco paisaje de la cuenca del Mosela invita precisamente a recrearse en cada curva al ver los peñones de pizarra, los viñedos y los imponentes castillos y ruinas que a un lado y a otro del río se alzan solemnes. Es un recorrido repleto de sensaciones, un paisaje distinto tras cada meandro del río. A lo largo de la ruta aguardan lugares como Trier, Bernkastel-Kues, Traben-Trarbach o Cochem, ciudades que invitan a pasear por sus cascos históricos y disfrutar de su belleza y su gastronomía.



Valle del Mosela

© José A. Guerrero





Trier

© José A. Guerrero



Trier (Tréverís)



- **Estado:** Renania-Palatinado (Alemania)
- **Habitantes:** 103.518
- **Altitud:** 130 metros sobre el nivel del mar
- **Coordenadas GPS:** N 49° 45' 13" – E 6° 38' 46"
- **Ayuntamiento:** Am Augustinerhof

Tras volvernos locos para encontrarla, a las 18:30h llegamos al área de autocaravanas que hay a las afueras de Trier, junto al río Mosela y a escasos metros del McDonald's. El área es de pago a partir de las seis de la tarde (se abonan 6€ por la pernocta); la luz se paga aparte en una diabólica maquinita tipo parquímetro de zona azul. El precio es de 0,60€ el Kw. Digo lo de diabólica porque además de que las instrucciones están en alemán e inglés y después de pelearme un rato con ella y tragarse 4€ resulta que nuestro enchufe es el único que no funciona. Gracias a unos asturianos que les ha ocurrido esta mañana lo mismo que a nosotros, podemos enterarnos del problema y conectarnos a otro borne junto a ellos. Para que os hagáis una idea, con 5€ tenemos suficiente para lo que queda de día y hasta las 13:00h de mañana. Para cargar y descargar aguas, se pueden usar los servicios de los que dispone el camping adyacente ya que el propietario es el mismo. Por cierto, no se me olvidan los 4€ que se ha tragado, mañana cuando pasen a cobrarnos se los reclamo, faltaría más...

Se me olvidaba. Tal y como leí en un relato de Iñaki Calvo, a unos pocos metros de esta área hay un P+R que creo que es gratuito. No había muchas autocaravanas cuando hemos pasado por él pero no parece mal lugar. Os lo digo por si no queréis pagar por pernoctar.

Una vez acoplados en el área, y tras los 690 kilómetros de hoy, de forma unilateral por mi parte, decido no salir y descansar lo que queda de tarde; como Javi no está muy convencido de aburrirse toda la tarde, e Inma le secunda, intentan persuadirme. ¡Madre e hijo están de acuerdo por una vez en la vida! Lo que son las cosas, como ellos no conducen... Tras darme una reconfortante ducha y quitarme unos cuantos kilómetros de encima, creo que me veo con fuerzas (pocas) para satisfacer los deseos del resto de la tropa que, unida contra mí, está plenamente convencida de la bonanza del paseo para rebajar mis colesteroles y mis triglicéridos. Restaurados como si fuésemos de playa, vamos a dar una vuelta por Trier para una primera toma de contacto. El cielo se nubla en tonos grises de agua. ¡Inma coge un paraguas, por favor! ¡Javi, hijo, el chubasquero! Yo me conformo con mojarme poco si llega el caso. Hasta el paraguas me estorba.

Bordeamos el Mosela y en cuarenta y cinco minutos interminables llegamos andando al centro de la ciudad. Posiblemente si hubiese sabido la distancia real desde el área hasta aquí, me lo habría pensado unas cuantas veces. Aún así, creo que merece la pena. El que no se consuela es porque no quiere.

Hay ocasiones en que la llamada de la cultura se escucha fuerte en la mente de los viajeros como nosotros. Ya no basta con visitar museos o recorrer el centro histórico de alguna ciudad europea. Llega un momento en que es necesario ir a las fuentes mismas de la cultura, a la cuna de la sabiduría y una excelente opción para alcanzar esto es Tréveris, Trier en Alemán. Este milenario lugar fue fundado por los romanos en el año 16 a.c., muy a pesar del dueño de una de las casas históricas más bonitas de la Hauptmarkt, la Casa Roja, que osó poner en su fachada una curiosa inscripción esculpida en latín: "*Ante Roman Tréveris Stetit Annis Mille Trecentis*".



Imagino que nadie pondría en duda la visión romántica del dueño de esta casa en 1684, cuando dejó escrito para la posteridad que "Tréveris se fundó mil trescientos años antes que Roma" pero, como sabemos, la historia no sucedió así. Eso sí, Trier pasa por ser la ciudad más antigua de Alemania.

Paseamos por espacio de una media hora. Media hora bajo una finísima lluvia que ni cala ni deja de calar. Con lluvia y todo, estoy a gusto, aunque por llevar la contraria a mis acompañantes, no lo reconozca. Son esos momentos que me gusta compartir con alguien que entiende el significado de la lluvia cuando ésta no es lágrima que baja sino alegría que sube al cielo. Y yo estoy alegre de estar aquí, aunque también estoy cansado de tanta paliza de martes, necesito/necesitamos descansar de tanto ajetreo.

En la Hauptmarkt (plaza del mercado), y ya decididos a irnos, aparecen de pronto tres músicos, y tras un didáctico ensayo de cinco cortos minutos, comienzan a tocar una tabla y una especie de órgano que tiene algo de acordeón. La música suena melancólica, y poco a poco, de una forma casi imperceptible, el sonido de la percusión va creando una base rítmica sólida, profunda, llena de matices que hipnotiza. La cantante, una preciosidad rubia de ojos dulces (unos ojos que no llevan mentiras, unos ojos como los de mi sobrino Alonso pero en azul), parece recitar en lugar de cantar. Lo hace suave, de una manera tan melódica que en ocasiones su voz se confunde con la música. Es una música soul que sin darte cuenta se mete dentro de tu corazón y se instala allí para siempre. Es una música de cerrar los ojos, una música para amar y gozar.



Hauptmarkt de Trier

© José A. Guerrero



Nos interrumpe una llamada. Es Antonio, mi jefe, que en compañía del suyo han decidido acordarse de mí a más de 1.700 kilómetros de Madrid. Me preguntan cómo vamos, cuándo volvemos, qué tiempo hace. Se preocupan por mí, vamos que sí... Me preguntan si hay alguna posibilidad de volver a España porque hay un problema en el trabajo y necesitan que lo solucione. ¡¡¡Y una leche, posibilidades ni una, estoy de vacaciones!!! Intentamos solucionarlo por teléfono y la cosa... Bueno, me reservo la solución final. Tiene su dosis de orgullo personal. Nos despedimos como siempre, un poco brutos, a nuestra forma y manera.

La música suena cada vez más cadenciosa y en ese instante, después del corte de comunicación, pienso en ellos, y en todos aquellos amigos que quiero y que muchas veces descuido sin saber muy bien por qué. Mi "hermano" José Luis sabe a qué me refiero. Porque para mí, los verdaderos amigos son música soul, siempre están en mi corazón.

Son las 20:50h y el cansancio ha desaparecido. Qué razón tenía el que dijo que el cansancio está en la cabeza, no en las piernas. Volviendo sobre nuestros pasos, retornamos al río del soul, al río serpenteante, al Mosela.

La cena es memorable: un menú degustación de especialidades españolas compuesto por tapas de ibéricos, de ahumados, de quesos de diferentes sabores y texturas y de unos deliciosos trozos de salchichas al curry, todo ello acompañado por cerveza para los adultos y refresco sin cafeína para el chaval. Las fuerzas que faltaron esta tarde han sido repuestas para la cena. Para comer valemos todos.

Como bajar una cena de esas características, requiere tiempo y mi cheque diario de fuerzas aún no está agotado, me encamino al borde del río para tomar el aire y dar un breve paseo. La fina lluvia de esta tarde ha dejado paso a un bochorno considerable. Sentados a escasa distancia de mí, se encuentra una pareja de enamorados a los que mi presencia incomoda. Como no me gusta ser aguafiestas, y en un caso como este tres son multitud, vuelvo a la autocaravana en medio de un tornado de mosquitos que amenazan con devorarse a la pareja, a mí y a los que se les pongan cerca.

Toca Aután y cama. Los valientes, madre e hijo, ya duermen. A mí me queda poco.



RESUMEN DEL 5º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	690	2.125 acumulados
Peajes	Vierzon – St. Arnout Barnee – La Vallée Montrevil Tormans Taissy – Beaumont	26,20€ 3€ 5,20€ 5,80€ 18,90€
Gastos de Gas-oil	78,74 litros a 1,194€/L (Gasolinera Shell de Luxemburgo)	94,02€
Área de Autocaravanas	Luz	5€

- Los datos aquí expresados están anotados el 5/08/2008



TOMTOM

COORDENADAS GPS:

Área de Autocaravanas de Trier

In den Moselauenstrasse (junto al río Mosela, debajo del puente Konrad Adenauer)

N 49° 44' 24.37"

E 6° 37' 27.98"

(N 49.74010 - E 6.62444)



OFICINAS DE TURISMO Y PUNTOS DE INFORMACIÓN:

Oficina de Turismo de Trier

An der Porta Nigra

54290 Trier

Tel.: 49 651 97 80 80

Fax: 49 651 97 08 76

Web: <http://cms.trier.de/frontend/resource>

E-mail: info@tit.de





PERNOCTA EN TRIER:

Área de Autocaravanas de Trier

In den Moselauenstrasse

Coordenadas GPS: N 49° 44' 24.37" - E 6° 37' 27.98" (N 49.74010 – E 6.62444)

Situado junto al río Mosela, debajo del puente Konrad Adenauer. Está situada a unos 2 kilómetros del centro histórico de la ciudad. Calculad entre 30 y 40 minutos andando. Es muy amplio y no suele haber problemas para encontrar plazas libres. El precio por noche es de 6€; la luz de paga aparte en una máquina tipo parquímetro de zona azul. Por 5€ hay para algo más de 18 horas. La carga y descarga de aguas se realiza en una zona de servicios del Camping Tréveris, situado junto al área. El dueño de ambos es el mismo.

Precios en agosto de 2008: 6€ por noche, luz aparte.

Para los que no queráis pagar por pernoctar, hay un P+R gratuito antes de llegar al área. Las coordenadas GPS son: N 49° 44' 19.32" - E 6° 37' 25.67" (N 49.73870 – E 6.62380)



Área de Autocaravanas de Trier

© José A. Guerrero





Hauptmarkt de Trier

© José A. Guerrero



CAPÍTULO 6 / Miércoles 6 de agosto

(Trier - Berncastel Kues - Traben Trarbach - Cochem): 136 Km.

Trier (Tréverís)

Siempre que viajamos nos gusta caminar por una ciudad sin rumbo fijo, curioseando por cualquier recoveco, sin guión, sin obligaciones de visitar este o aquel lugar. Creo que es la mejor manera de descubrir una ciudad, un pueblo... Nos dejamos llevar: en una encrucijada de calles, solo instantes antes, decidimos por cuál seguir. Parecerá una tontería, una forma de desaprovechar el tiempo, pero esta forma de hurgar en los sitios, permite tener un contacto más real, un contacto nada previsible con la ciudad, con los habitantes... contigo. En ocasiones, no es grato lo que vemos; pero en los viajes no todo debe ser perfecto ni debe ser idealizado, y no hacer esto puede distorsionar la realidad de un lugar. Este tratamiento de choque que nos imponemos nos sirve también para analizar nuestras posibilidades de adaptación: por mucho que hayas viajado siempre eres un principiante en territorios desconocidos. Procuramos, eso sí, visitar los monumentos y lugares que realmente merezcan la pena o sean únicos. Si por cuestiones de tiempo, dinero, despiste o están cerrados no vemos algo, no pensamos: ¡vaya fastidio!, ¡qué mala suerte!, sino: ¡ya lo veremos!, ¡tenemos que volver! Y así, de esa manera tan anárquica, fue como Trier y nosotros nos volvimos a ver una mañana de verano: tanteándonos un poco tímidos; a trompicones.

De la corta visita de anoche pocas conclusiones sacamos. La lluvia tampoco nos dejó más argumentos para ello. Sólo un paseo casi a oscuras y el recuerdo del mini-concierto que aún perdura: insuficiente a todas luces.

Accedemos al centro histórico por la Fleischstrasse, una calle que desemboca en la Hauptmarkt y que está cortada al tráfico por ser día de mercado. Al contrario que en España, aquí no hay mercado un día a la semana, aquí lo que hay es un sólo día sin mercado, y éste es el domingo. El resto de los días hay mercadillo de pueblo, como en Dosbarrios los viernes o en Aranjuez los sábados. Tanto la calzada como las aceras son un hormiguero de hombres y mujeres que caminan hacia la compra diaria. Las aceras son una sucesión de tenderetes repletos de tejidos, bolsos, objetos de cuero y libros, muchos libros; la calzada por la que nos abrimos paso se estrecha a medida que nos acercamos a la plaza por las obras de mantenimiento. Los adoquines son así de caprichosos.

Cruzamos como podemos la plaza y llegamos al monumento por excelencia de Trier: la majestuosa Porta Nigra. La Puerta Negra, que es su nombre traducido al castellano, ignora la fuerza de la gravedad; es uno de los monumentos romanos más antiguos de Alemania, y también el más importante. Construida por los romanos en el siglo II d.c., le debe su nombre al color negruzco tomado por sus piedras con el paso de los siglos.

El simple hecho de pasar al patio central y ver los altos techos y los vetustos arcos, produce un gran impacto visual y anuncia lo que será un inmediato torbellino sensorial.



Adivino que lo mejor será sentarse en un banco del exterior y, desde allí, comenzar a observar todo de manera tranquila: la estructura, la conservación, la gente que la visita y cada detalle, desde el más nimio hasta el más importante.

Cubierta por una suciedad que lastima su belleza original, emerge, musculosa y fuerte, esta escultural y colosal maravilla romana. Y pensar que frente a su grandiosa figura, hoy despojada del brillo de antaño, desfilaron emperadores, cortejos fúnebres llorados por muchedumbres y se sucedieron las revoluciones y guerras más importantes de nuestra historia...

Según dicen los entendidos, es una puerta de doble arco flanqueada por dos torres (cuadradas en el interior y semicirculares en el exterior) y decoradas con pórticos; fue construida con bloques de arenisca gris unidos por abrazaderas de hierro que alcanzan las tres alturas en la torre occidental. La otra torre, de dos pisos, aún conserva adherido parte del ábside de la iglesia de San Simeón que se construyó sobre la propia puerta en el siglo XI y que perduró hasta que en 1804 Napoleón ordenó destruirla, así era él.

En los restos del claustro, en el Simeonstift, está situada la oficina de turismo, donde, tras pagar 5€ por el libro de la historia de Trier, y firmar en el "Libro de Honor", nos informan sobre un plano de la magnificencias de la ciudad. Volvemos sobre nuestros pasos por la Simeonstrasse, la calle peatonal que une la Porta Nigra con la Hauptmarkt, una de las plazas más bellas de Alemania. Con un ritmo entrecortado, dócil, provocado por los aluviones de gente que deambula absorta, en grupo y en masa, llegamos a la plaza del mercado. Es como estar en una nebulosa que te envuelve y te lleva hacia todas y a ninguna parte; un dejarse llevar condescendiente. Hay niños que corren como ratones perdidos, sobreexcitados por el ambiente. En el mercadillo de verduras, bajo tenderetes de telas granates y verdes, los vendedores ordenan una variedad ilimitada de hortalizas, verduras y tubérculos: el resultado de un esfuerzo de azadón y muchas horas de cuidados. Felices e ilusionados, desfilamos ante los puestos de fruta como si fuese la primera vez que los vemos.



Porta Nigra. Trier

© José A. Guerrero



Caminar por Trier es llegar a la esencia de una Alemania que abrió sucursal en cada rincón de la ciudad. Perderse en Trier es asomarse a nuestro interior. Vivir en Trier es hallarse en su vida. Y a mí Trier, me está "viviendo". Como me viven la fuente de San Pedro, la iglesia gótica de San Gangolf o la Cruz del Mercado. Y es que Trier es vida.

Salimos de la Hauptmarkt, y de nuevo por una calle en obras, llegamos a la catedral cuya fachada también está en restauración. No penséis que aquí todo está en obras, no; esto no es el Madrid de Gallardón de hace unos pocos años.

No creo que haya en el mundo catedrales en los que la espiritualidad esté presente en todos los rincones como en la catedral de Trier. Una vez que traspasas las puertas del recinto, te arroja una sensación de paz que te reconcilia de golpe y porrazo con todo aquello que es motivo de turbación. El Dom es un núcleo de respeto que persigue la concordia y la comunión con Dios para los creyentes. No en vano, aquí se conserva la Túnica Sagrada que, según el Evangelio de San Juan, se echaron a suerte los soldados romanos después de crucificar a Cristo. Esa túnica se conserva extendida en un relicario de la Cámara Sacra de la catedral, lugar donde acuden los peregrinos a rezar por la unidad de la Iglesia y la reconciliación del mundo. Por cierto, aún no se ha podido afirmar con seguridad la autenticidad de la Santa Túnica, aunque para los creyentes valga más su valor simbólico.

Esta catedral con aire de monasterio, es uno de esos lugares en los que se podría pedir asilo espiritual. Es realmente bella: madera, mármol, piedra, hechos con la devoción de quien considera que el trabajo es creación. Un templo en los que cada friso, cada columna, son esculturas intrincadas en la piedra, talladas con una perfección tal, que Dios, los animales, las escenas religiosas, parecen tener vida. Imágenes que explican más que las palabras; imágenes que aunque pasase años contemplándolas sería incapaz de asimilar. Mis ojos no están preparados para tanta belleza: Dios me los hizo imperfectos.

En toda la catedral fluye la paz que, amplificada por potentes altavoces y acompañada por la armonía de la música, envuelve de religiosidad el complejo. Y ahí, en el piso, de rodillas, sentados y alguno de pie, están los feligreses del Dom de Trier, realizando sus oraciones, agradeciendo favores a sus adorados santos, pidiendo su ayuda, pero sobre todo soñando. Soñando con vencer las enfermedades, soñando con la derrota de los problemas, soñando con el amor, soñando con deshacerse de las aflicciones del alma, soñando...

No permanecemos mucho tiempo más. Antes de salir de la catedral, vemos a un mayordomo recoger los restos de la parafina de las velas derretida y limpiando el suelo con un trapo. Una feligresa abandona el recinto junto a nosotros. Mira a Javi y le sonrío. Ha eliminando las malas energías, equilibrando sus cosas o creando el nacimiento de un sueño: su sueño. Javi, tímido como él solo, agacha la cabeza y la devuelve la sonrisa de soslayo.

Se me olvidaba decir que uno de sus hijos predilectos de Trier es Karl Marx. La casa donde vino al mundo este filósofo, economista y fundador del socialismo científico en 1818 puede visitarse en el número 10 de la Brückenstrasse, muy cerca de la Hauptmarkt. Dada la hora que es, declinamos la visita de la misma para una mejor ocasión.

Estoy empapado en sudor. De regreso a la autocaravana, viramos el rumbo y decidimos no volver por donde vinimos esta mañana pensando que habrá más sombra por otro camino. Los dos kilómetros desde el centro de Trier hasta el parking se transforman en tres: mis labios están secos, mi cuerpo deshidratado, mis piernas ralentizadas y cada vez me cuesta más caminar. Volvemos bordeando el río Mosela intentando no pisar una invasión de orugas cojoneras, como las moscas. Por el calor sofocante que hace, dudo por momentos si podré llegar a la autocaravana en buenas condiciones. Si pensáis que Inma y Javi van mejor que yo, os equivocáis, lo que ocurre es que ellos lo disimulan mejor.



Al llegar, extenuado, me desplomo en la cama. Me duele todo el cuerpo: una ducha de agua templada por el calor me recuerda que ha sido casi una hora caminando bajo un sol abrasador: tres kilómetros que han sido un instante de sufrimiento.

Cuando nos vamos de Trier, me voy pensando en lo que diré cuando me pregunten por esta ciudad, y creo que lo contaré en presente porque todavía estaré viviendo la experiencia, una magnífica experiencia.

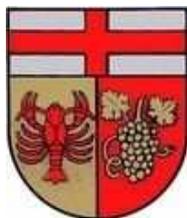


Catedral de Trier

© José A. Guerrero



Bernkastel-Kues



- **Estado:** Renania-Palatinado (Alemania)
- **Habitantes:** 6.900
- **Altitud:** 114 metros sobre el nivel del mar
- **Coordenadas GPS:** N 49° 54' 56" – E 7° 04' 30"
- **Ayuntamiento:** Mandatstrasse, 1

A la hora de la comida, llegamos al parking que hay junto al Mosela. Es un aparcamiento mixto donde también pueden aparcar coches. Es de pago pero barato: la primera hora es gratis y a continuación, 1€ por cada hora. Está situado en la orilla de Kues y en menos de diez minutos andando se llega al centro histórico de Bernkastel.

Bernkastel-Kues son dos ciudades unidas por un puente que forman una sola de placeres sublimes, de una belleza serena y de emociones provocadas por el pequeño pero espectacular casco histórico del que alardea una de ellas: Bernkastel. Si la nostalgia tiene origen en un pasado que ya no vuelve pero convive a diario por obra de la memoria, Bernkastel-Kues es una de esas ciudades que fascinan a las almas contemplativas deseosas de recuerdos como las nuestras.

Enmarcada por un entorno de montañas repletas de viñas, la ciudad se desarrolla a ambos márgenes del serpenteante río Mosela. Pequeña pero plagada de testimonios del pasado de gran hondura estética y artística, en ella todo parece obedecer a la belleza. Cuando hablamos de ella nos referimos a las dos ciudades, unidas en una sola en 1905 merced al acuerdo que firmaron ambas a principios del siglo XX, aunque en honor a la verdad, casi toda la belleza se la quedó Bernkastel. Y allí nos dirigimos para entrar en contacto con este precioso lugar en la margen derecha del río.

Bernkastel muestra sus secretos a la vista de todos. La ciudad, con alma de niño de cuento, juega a las escondidas y apresa, con astucia, a los mejores jugadores. Y la Marktplatz es uno de sus rincones favoritos para cumplir el objetivo de atrapar a miles de ojos empeñados en descubrirlo todo. Es la protagonista de la ciudad vieja, está construida a capricho. Introducirnos en ella es casi como entrar en un túnel del tiempo y retroceder, por lo menos, un siglo. Las pintorescas casas de entramado, destacan el simbolismo y la elegancia de este pequeño pueblo alemán. A un lado de la plaza, emerge la más bella de todas, la Casita Puntiaguda (Spizhäuschen), una caprichosa edificación de entramado de madera encajonada entre dos pequeñas callejuelas que nacen en la fabulosa Marktplatz. Esta curiosísima construcción de 1416 parece desafiar la ley de la gravedad ya que a su pequeña base y su mayor tamaño en la parte superior, se une la peligrosa inclinación de todo el conjunto que, por momentos, da la sensación de desmoronarse. Como rincón, y salvando las distancias, me recuerda mucho a Le Pigeonnier de Eguisheim, un encantador cruce de calles que pudimos ver el año pasado en Alsacia.

Rodeada por una atmósfera del pasado, por la Römerstrasse parece pasar toda la vida de Bernkastel. Hay multitud de restaurantes, y quizá por ello concentra también el mayor porcentaje de turistas de la ciudad. Uno de ellos, es un rincón de Alemania colmado de viejas fotografías delicadamente enmarcadas; de publicidades de bebidas estampadas en chapa; de botellas y botellones mostrados en repisas; de luces rojas que simulan un cabaret francés y de murmullos que se mezclan con los más variados géneros musicales.





Spizhäuschen. Bernkastel

© José A. Guerrero



Por si esto fuera poco, un antiguo piano pintado de negro azabache y una red de lucecitas navideñas colgadas de un ventanal que, al parecer, están encendidas todo el año, ponen el broche de oro a tanto adorno visual. También hay una farmacia cuya ambientación sugiere épocas de brebajes, ungüentos, cataplasmas y recetas magistrales de las de antaño. Los cajones, mostradores, estanterías y frascos son del siglo XIX.

La Römerstrasse da la sensación de ser como una morada de bohemios y de nostálgicos; un lugar de gente humilde y de señores bien trajeados. Pero sólo es la sensación, ya que la mayor parte de visitantes son turistas ávidos de nuevas emociones. La Römerstrasse, la coqueta Römerstrasse, resiste el paso de los años pero con el orgullo de exhibir su propio pasado.

Caminar por esta calle de Bernkastel, es sentir uno de esos momentos apasionantes, absolutamente inolvidables. No hay un segundo para el reposo, la mirada va y viene sin control. De una casa de entramado a una tienda de recuerdos, de un restaurante a una estrecha callejuela. Hacemos un descanso en una pequeña heladería donde descansan cuatro mesas de aluminio con sillas alrededor. Encima de cada mesa, reposa una cajita de madera dividida en dos compartimientos: uno, con servilletas de papel blanco con el nombre de la heladería impreso en letras grises y un detalle de florecitas pintadas; el otro, una fila de sobres de azúcar y sacarina en llamativos colores. Degustamos unos helados de chocolate que nos saben a gloria; saben así porque los saboreamos con placer.



Bernkastel-Kues

© José A. Guerrero



En una colina, dominando la ciudad, se encuentra el castillo de Landshut (Burg Landshut), una fortaleza que fue construida en el siglo XIII como casa para los obispos de Trier. En enero de 1692, un incendio dejó el castillo en la más absoluta de las ruinas y ha permanecido en ese estado desde entonces. Hoy en día, estas románticas ruinas pueden ser visitadas. Dicen los que han subido, que desde ahí hay unas vistas panorámicas sobre la ciudad y el río que son espectaculares, pero los 45 minutos que se tardan en llegar arriba hacen que desistamos de hacer la subida, no hay fuerzas para muchos excesos más.

Al otro lado del río, en Kues, encontramos su edificación más famosa, el Hospital de San Nicolás, fundado en 1458 y que cuenta en su interior con 33 enfermos, ni uno más, simbolizando con ello la edad con la que murió Jesucristo.

Plenos de visualizar las bellezas que encierra este pueblo nos despedimos de él. Delicado y refinado, Bernkastel-Kues es una caricia para el alma de aquellos que aman lo sublime, es, sin duda, una incomparable y pintoresca ciudad donde puede encontrarse historia, tradición y cultura. A nosotros nos ha encantado, esperemos que a vosotros, cuando la visitéis, también os resulte tan gratificante, eso deseamos.



Parking en Bernkastel

© José A. Guerrero



Traben-Trarbach



- Estado: Renania-Palatinado (Alemania)
- Habitantes: 6.030
- Altitud: 110 metros sobre el nivel del mar
- Coordenadas GPS: N 49° 57' 04" – E 7° 07' 00"
- Ayuntamiento: Am Markt, 3

Esta pequeña localidad de pintura surrealista, está situada apenas a 25 kilómetros al norte de Bernkastel-Kues. El preludio para llegar a este idílico pueblo salpicado por todos los verdes del Valle del Mosela, es la llamada Moselstrasse, estrecha carretera que se anima a los caprichos del río paralizándolo el corazón de los más inquietos. En cada giro de rueda, asoma un paisaje desgarrado por los siglos; el río Mosela ha dibujado un panorama serpenteante de ensueño; un paisaje que murmura cuando lo miramos, cuando contemplamos la interminable postal en la que se convierte; un paisaje que se mete dentro de nuestros cuerpos y nos hace comprender que lo que estamos viendo es una maravilla.

Al borde del Mosela, aparcamos la autocaravana en un parking semi-vacío y gratuito. Al llegar a Traben-Trarbach es inevitable emocionarse por los aromas del Valle, la música constante del agua y la sonrisa de unos vecinos de sugestiva tradición. Traben-Trarbach, en sí, no tiene mucho que ver, puesto que es tan pequeño que se ve en poco más de una hora. Pero sólo hay que pasear entre sus callejas y disfrutar de la tranquilidad para darse cuenta de que es un pueblo donde sus habitantes siguen saliendo a tender la ropa en la puerta de su casa; donde los pescadores están en el sitio exacto como si de un belén de Navidad se tratara y donde los niños juegan al fútbol en un jardín gritando encolerizados cuando uno de ellos marca un gol por la escuadra.



Traben-Trarbach

© José A. Guerrero



Es un pueblo muy tranquilo y multicolor que parece haber detenido el tiempo tras de sí conservando sus antiguas tradiciones y oficios en un oasis de paz. Nada parece estar fuera de lugar, aquí el turismo no ahoga.

Entre los monumentos que alberga Traben-Trarbach en su catálogo de bienes, os aconsejo que le dediquéis unos instantes de la dura vida del turista a contemplar el emblema por el que es más conocida la ciudad: la Brückentor. Una puerta de 1898 que está situada sobre el puente en la orilla de Trarbach. Un restaurante tan famoso como difícil de escribir y pronunciar (Brüken-Schenke), es albergado por la popular puerta de entrada al puente. Ah, se me había olvidado comentaros que, al igual que ocurrió en Bernkastel-Kues, en Traben-Trarbach también les dio por unirse como buenos hermanos en 1904 hartos de guerras, incendios y demás penurias.

Leí una vez que algunos viajes nos recuerdan situaciones vividas en el pasado y algunas ciudades nos recuerdan a otras ciudades. A mí este pequeño y encantador pueblecito, me recuerda a algo ya vivido pero que no consigo saber de cual se trata. Haré memoria mañana por la noche cuando esté más lúcido, si es posible.

Casi de noche, abandonamos Traben-Trarbach. En un descuido, y por hacer caso al TomTom, me equivoco de carretera y tenemos que volver sobre nuestros pasos. Diez minutos perdidos que al estar de vacaciones son insignificantes. Por cierto, y hablando de descuidos y del TomTom. Si lleváis navegadores os recomendaría que no le hiciésteis mucho caso por esta zona. Su afán, se haga lo que se haga, es acortar distancias, y las acorta con todas las consecuencias. Lo mismo le da meterte por un cerro que por una viña. Al salir de Traben-Trarbach decido apagarlo ya que por hacerle caso, casi terminamos trepando viñas y escarpados cerros. Guiaros por el cauce sinuoso del río y no dejéis la Moselstrasse, por esta carretera se llegará a cualquiera de los pueblos que se alzan en ambas orilla del Mosela.

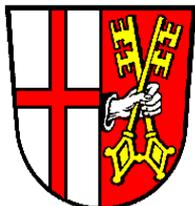


Brüken-Schenke. Traben-Trarbach

© José A. Guerrero



Cochem



- Estado: Renania-Palatinado (Alemania)
- Habitantes: 5.142
- Altitud: 87 metros sobre el nivel del mar
- Coordenadas GPS: N 50° 08' 46" – E 7° 09' 58"
- Ayuntamiento: Markt, 1

A las 20:35h llegamos a Cochem. Es entonces cuando vuelvo a encender el TomTom para que nos lleve al parking para autocaravanas cuyas coordenadas metí antes de salir de España. Fácilmente encontramos el aparcamiento. A estas horas es gratuito, sólo se paga durante el día. Gracias a las facilidades que nos dan dos autocaravanistas alemanes, conseguimos meter la nuestra no sin pocas dificultades ya que el parking está lleno y el espacio entre ambas es el justo.

Cae lentamente la noche y Cochem es una aglomeración de gente, un hervidero donde se confunden los colores y los olores. Como se confunden las músicas que provienen de los barcos que surcan el Mosela, de los coches que doblan la percusión haciendo sonar sus molestas e inoportunas bocinas; también de los coches conducidos por ellos que llevan la música tipo *chundachunda* a todo volumen y, al fondo, las melodías superpuestas de las carpas de los restaurantes montados a la vera del río. Todo es música, todo es ruido.

Tras una sabrosa cena, la noche cae definitivamente y Cochem cambia. La anochecida trae consigo un completo silencio; el espectáculo de un silencio sólo turbado por el sonido insistente de la música de los barcos que navegan por el Mosela llenos de turistas. Sólo eso.

Me acuesto tranquilo en la cama. Inma y Javi se quedan viendo una película que yo no soporto porque me está venciendo el sueño. Mi paleta ya tiene unos primeros colores, mi cabeza unos recuerdos, unas ideas para pintar, pinceladas del Mosela. Bocetos de Alemania.

RESUMEN DEL 6º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	136	2.261 acumulados
Área de Autocaravanas de Trier	Pernocta	6€
Parking en Bernkastel-Kues	1ª hora gratis, sucesivas, 1€ por hora	1€

- Los datos aquí expresados están anotados el 6/08/2008





COORDENADAS GPS:

Parking en Bernkastel-Kues

Nikolausuferstrasse (junto al río Mosela).
N 49° 54' 40.41"
E 7° 04' 03.22"
(N 49.91122 - E 7.06756)



Parking en Bernkastel-Kues © José A. Guerrero

Parking en Traben-Trarbach

Moselweinstrasse
N 49° 57' 00.36"
E 7° 06' 37.72"
(N 49.95010 - E 7.11049)



Parking en Traben-Trarbach © José A. Guerrero

Parking en Cochem

Moselstrasse (junto al río Mosela y frente a la estación de tren).
N 50° 09' 11.90"
E 7° 10' 05.34"
(N 50.15330 - E 7.16815)



OFICINAS DE TURISMO Y PUNTOS DE INFORMACIÓN:

Oficina de Turismo de Bernkastel-Kues

Mosel-Gäste-Zentrum / Gestade, 6
54470 Bernkastel-Kues
Tel.: 06531 500190
Fax: 06531 5001919
Web: www.bernkastel.de
E-mail: info@bernkastel.de

Oficina de Turismo de Traben-Trarbach

Am Bahnhof, 5
56841 Traben-Trarbach
Tel.: 49 6541 83980
Fax: 49 6541 839839
Web: www.traben-trarbach.de
E-mail: info@traben-trarbach.de

Oficina de Turismo de Cochem

Endertplatz, 1
56812 Cochem
Tel.: 49 2671 60040
Fax: 49 2671 600444
Web: www.cochem.de
E-mail: info@ferienland.de





PERNOCTA EN COCHEM:

Parking para autocaravanas en Cochem

Moselstrasse (junto al río Mosela y enfrente de la estación de tren).

Coordenadas GPS: N 50° 09' 11.90" - E 7° 10' 05.34" (N 50.15330 - E 7.16815)

Está situado junto al río Mosela y enfrente de la estación de tren de Cochem. Está a menos de un kilómetro del centro histórico de la ciudad y andando se tarda menos de un cuarto de hora. Es pequeño, no caben más de diez autocaravanas en línea. Es gratis desde las 18:00h hasta las 8:00h del día siguiente. A partir de esa hora se paga por minutos. No hay zona de carga y descarga de aguas.



Parking para Autocaravanas en Cochem

© José A. Guerrero





Reichsburg Schloss Cochem © José A. Guerrero



CAPÍTULO 7 / Jueves 7 de agosto

(Cochem - Burg Eltz - Koblenz Güls): 78 Km.

Cochem

El día ha amanecido de paseo matutino y aperitivo a medio día. A primera hora de la mañana, decidimos caminar el escaso kilómetro que separa el parking del centro de la ciudad. Nos gusta recorrer las ciudades temprano. Incluso los días de calor huelen frescas. La luz del sol da color con pinceladas de tiempo a las fachadas, dibuja las calles, traza las avenidas y restituye la vida.

Nos perdernos en las angostas callejuelas que a estas horas de la mañana aún están desiertas. La Marktplatz y los comercios de su entorno permanecen cerrados. Tan solo una pequeña tienda de ropa de saldo abre tímidamente los cierres metálicos. Cuando los abre definitivamente, entro, miro, curioso, marujeo un buen rato por el bazar textil y me compro unos pantalones piratas más alemanes que yo, eso sí, "Made in EU", no son de Taiwán, lo cual tiene su categoría. Quince euros tienen la culpa, más baratos que en el C&A del Parquesur.



Cochem

© José A. Guerrero



El sol ya empieza a castigar la piel. Los conductores de las furgonetas de reparto importunan temprano, llenan en pocos minutos la Marktplatz impidiendo hacer fotos al decorado de piedra y madera que forma la céntrica plaza. Las de correos son las más chillonas, son amarillas y destacan sobre las demás. El paseo, muy placentero, de esos que serían perfectos con una parada en un parque y la lectura de un periódico, se torna puñetero cuando en menos de quince minutos una riada de visitantes asaltan por babor y por estribor, por el norte y por el sur; por todos los lados habidos y por haber, la pequeña plaza y sus aledaños. Una marabunta humana al asalto de una ciudad. ¿Habrà llegado el Tren de la Fresa hasta aquí?

Son sólo las diez y media de la mañana. A pesar de que el calor amenaza con desmayarnos continuamos nuestra visita por Cochem. Una botella de agua y cinco minutos, son suficientes para reponer fuerzas y líquidos. En una pequeña tienda de periódicos paramos a comprar tres postales de la ciudad con la intención de hacer ver a los abuelos las bondades del lugar. Pagamos 2,85€ por los sellos y las postales a nuestro bigotudo vendedor y nos disponemos a buscar un lugar donde plasmar con palabras lo que los ojos y la memoria guardan de este rincón de Alemania.



Marktplatz. Cochem

© José A. Guerrero

A pesar de su negativa inicial, Javi es el que traslada al papel nuestros recuerdos y vivencias, de esa forma las abuelas verán lo bien que escribe su nieto y el abuelo Joaquín se regodeará con sus compañeros de partida de que con sólo doce años, Javi ya conoce Alemania y medio mundo. Por unos momentos, abuelas y abuelos se sentirán orgullosos, aún más si cabe, ante sus vecinas y amigos de tener un nieto tan Marco Polo. Cosas de abuelos.



Nos apetece curiosear por las tiendas, las bodegas, las pastelerías; mezclarnos con la gente, ser alemán. Entramos en una panadería/pastelería y compramos unos deliciosos perritos calientes con especias, ketchup y cebolla cortada en finísimas tiras, al estilo Karlos Arguiñano pero sin perejil. Comemos y bebemos observando cómo varios ancianos curiosean en el escaparate del local. Fijan la vista en una especie de turrón duro hecho de sólo Dios sabe de qué. Salivan recordando sus años mozos en los que eran capaces de comerse una tableta de una sentada. Hoy en día la dentadura postiza no da para tantos alardes.

Aún con el sabor de la cebolla en la boca llegamos hasta la parte alta de la ciudad. Subiendo las escalinatas que conducen a la muralla paramos unos minutos para contemplar el castillo de Reichsburg que asoma, imponente, a una vista de media distancia. Desde él, la foto ha de ser de revista de viajes. El Mosela, los puentes, las viñas escalonadas en los escarpados cerros, el pueblo... El calor nos disuade de visitarlo. Somos más de sombra que de sol, más de mayo que de agosto. Aún así, es recomendable subir hasta aquí, desde esta posición se vigila la ciudad.



Marktplatz. Cochem

© José A. Guerrero





Burg-Eltz

© José A. Guerrero



Burg-Eltz de Münstermaifeld



- Estado: Renania-Palatinado (Alemania)
- Habitantes en Münstermaifeld: 3.532
- Altitud en el Castillo: 129 metros sobre el nivel del mar
- Coordenadas GPS del Castillo: N 50° 12' 19" – E 7° 20' 12"
- Ayuntamiento de Münstermaifeld: Marktplatz, 4

La mañana continúa soleada, sólo algunas nubes diseminadas en el cielo desafían a su intenso azul. No parece que vaya a llover. Salimos de Cochem y tras 22 kilómetros recorridos por la margen izquierda del Mosela, encontramos en el pueblo de Moselkern la indicación del desvío al parking para visitar el Burg-Eltz. Nos adentramos por un estrecho camino y llegamos a una especie de aparcamiento que también sirve de uso para los clientes de un pequeño hotel que allí hay instalado. A eso de las once y pico mal aparcamos la autocaravana junto a una capuchina italiana. A partir de este punto está prohibida la entrada a cualquier tipo de vehículo que no sea una bicicleta. El ascenso ha de hacerse como si de una excursión se senderismo se tratara.

Armados de valor y de desconocimiento por lo que nos espera, cargamos con cámaras fotográficas, guías y botellas de agua y nos disponemos a hacer nuestro particular *Vía Crucis*.



Parking en Moselkern. Burg Eltz

© José A. Guerrero



Hasta la pequeña cascada que nos encontramos camino del castillo, la charla es distendida. Ya sabéis, se habla de lo divino y de lo humano y de lo bonito que parece el castillo en las fotos de la guía que compramos en Trier. Cuando pasamos la mini-cascada, donde los que van en bicicleta han de dejar su “borrica” atada, la conversación se acaba. Empezamos a respirar por la boca y a preguntarnos si esto va a durar mucho. Miramos arriba, pero lo mejor es no mirar. Primera curva a derechas, si consigo mantener este ritmo, parando dos o tres veces, dentro de una hora llegaremos...

Cuando vamos por el metro quinientos las rampas empiezan a hacer mella. Pero el camino aún es aceptable. Cada pocos metros sorteamos a duras penas los árboles gigantescos que tronchados por su peso, por el viento, por un rayo o por Dios sabe qué, han caído sobre el manso y minúsculo riachuelo Eltzbach.

Inma y Javi se van, pero no se despegan tanto como para dejarme atrás, en las curvas los alcanzo y podemos hablar de nuestro penoso estado corporal y nuestras ya escasas fuerzas. Durante la subida nos adelantan más de tres o cuatro familias (perro incluido) que, lógicamente, están más ligeritas de kilos que nosotros, al menos que yo. Reconozco que ya no me quedan fuerzas, pero si me paro se que no voy a poder ponerme en marcha, así que para arriba.

En el metro seiscientos cincuenta hay una curva criminal a izquierdas donde unos alegres abuelos del Imsero suizo han decidido repostar agua (de botella propia, claro está, aquí no hay bares). Nosotros no somos menos y decidimos darle a la Vitel como si la fueran a prohibir. Al reducir la marcha, ni que decir tiene que el tiempo de ascenso se alarga. ¿Esto no va a terminar nunca? pregunta Javi. Me siento tentado de preguntar a los que bajan cuánto queda para llegar “a la cima”, pero eso sería señal de debilidad y no es cuestión de herir el orgullo patrio después de haber ganado la Eurocopa. A la increíble pendiente se suman las piedras, los charcos y más troncos de árboles caídos por el camino. Yo voy haciendo eses como los ciclistas del Tour en su ascenso al Tourmalet y concentrado en que no se me escapen Inma y Javi para no quedar en evidencia.

Pero sigo. Llego a una pequeña explanada donde hay dos matrimonios franceses entraditos en kilos. Nos miramos con cara de mutua comprensión y nos damos ánimos con una sonrisa... El aire sopla pero consuela poco, y aunque me duelen los riñones de tanto empujar para arriba, sigo hacia la cumbre. Al pasar por una bifurcación de caminos, parece que se suaviza el terreno... pero es peor, querido lector, es como una especie de trampa para que te confíes, porque de pronto vuelven las pendientes y la espalda y las piernas duelen aún más. En un abrir y cerrar de ojos alcanzo a Javi y a Inma que me esperan en un cruce de caminos (faltaría más que no les alcanzara), y seguimos juntos por la ya llevadera senda que nos deja a los pies del Burg Eltz cincuenta minutos después de haber iniciado la subida.

Unas nubes han tapado el sol y han refrescado un poco el tórrido ascenso. Pero estamos contentos de haber llegado hasta aquí. Merece la pena. Las vistas son espectaculares. Pero aún no ha llegado lo peor, ¡¡¡no!!! Resulta que estamos en la parte baja del castillo y para poder entrar a visitarlo hay que subir aún más... ¿Más subida? pregunta Javi. Si, más subida, le espeto yo.

Tras cruzar por un pequeño puente el pequeño riachuelo, nos esperan varias decenas de escalones de 40cm cada uno, escalones que por sí mismo, pueden acabar por rematar a cualquier ser humano que no viniese ya medio muerto del vertiginoso ascenso por el caminito de marras. Cada escalón es como si hubiesen empalmado dos de los que normalmente tenemos en el portal de casa. Creo que eran así, aunque es posible que fuesen normalitos y el cansancio me hiciese ver alucinaciones. Los últimos se parecen más a la contrabarrera de una plaza de toros que a lo que en realidad son. Con todo esto, a duras penas consigo llegar hasta la entrada del castillo. Me paro un momento, observo los alrededores y veo una empinadísima y asfaltada carretera desde donde ha de haber unas vistas de escándalo. Y como tengo alma de masoquista, allá que me voy yo solito ante la negativa de mis dos acompañantes a seguirme.



Después de 200 metros de ascenso llega el momento de parar. Me tomo el pulso y no bajo de 180 pulsaciones. Creo que voy a morir de un ataque al corazón si sigo subiendo. A pesar de mi estado semi-catatónico, el placer intenso que me proporciona el entorno, compensa sobradamente el esfuerzo realizado para llegar hasta aquí. El espectáculo visual que contemplo desde aquí es impresionante. Descanso diez minutos, hago mis fotografías desde un lugar privilegiado (aunque más abajo de lo que yo quisiera), y tranquilamente tomo el camino de regreso intentando respirar el aire fresco que no era consciente que había cuando subía a este lugar. Extasiado, llego a la entrada del castillo donde me esperan Inma y Javi para entrar. Me miran y se ríen. Cachondos ellos. Qué mal rato he pasado compañeros, qué mal rato.



Burg Eltz

© José A. Guerrero

Una vez dentro del castillo, una de las guías se apresura a advertirme que las fotos están prohibidas. No obstante, casi siempre hago caso omiso a esas indicaciones y a hurtadillas, y sin querer... me llevo para casa unas pocas cual trofeo de caza mayor. Casi en volandas, continuamos nuestro paseo por las cuidadas habitaciones del Burg-Eltz; todas diferentes, todas con su historia, todas con sus recuerdos.

A pesar de lo escrito al principio del capítulo, si sois amantes de todo lo que tenga que ver con la Europa medieval, si no podéis hacer un viaje sin visitar un castillo, sin subir calles empinadas o caminos escarpados como en este caso, recorrer lugares donde la historia ha escrito páginas notables sobre batallas, caballeros, príncipes y princesas, no sé a qué esperáis para visitar el Burg-Eltz, no os va a defraudar, seguro.



Con las fuerzas recuperadas, volvemos sobre nuestros pasos y en menos de cincuenta minutos llegamos a la autocaravana. Durante la bajada, a medio camino, nos cruzamos con un matrimonio de zaragozanos que nos pregunta cuanto queda. Sus caras son las mismas que las que teníamos nosotros cuando subíamos esta mañana: de éxtasis. Al explicarles cómo se llega y cuánto queda, ponen cara de sorprendidos y por un momento dudan si seguir o volver al parking a por su coche y olvidarse del castillo. Unos segundos de deliberación y optan por seguir. ¡¡¡Lo que os queda maños, lo que os queda!!!



Koblenz-Güls

(Camping Gülser Moselbogen)

El lugar elegido para pernoctar hoy en Coblenza es el Camping Rhein-Mosel. Lo elegimos porque su emplazamiento es excepcional, está situado frente a la desembocadura del Mosela en el Rin. Mejor sitio imposible. No sin pocas dificultades, conseguimos encontrar el camping. Para nuestra sorpresa, está a tope. Durante estos días se celebra una fiesta con conciertos de música en la ciudad y no hay una sola plaza. Muy amablemente, la recepcionista nos da la dirección de otro camping a las afueras de Coblenza, el Gülser Moselbogen, a unos siete kilómetros de este y también a orillas del río Mosela. Como no tenemos muchas ganas de buscar aparcamiento por aquí, aceptamos la recomendación y en menos de un cuarto de hora llegamos al camping de Koblenz-Güls, que es como se llama el pueblo.

La zona habilitada para autocaravanas es de hierba, no está delimitada pero hay sitio de sobra. Sólo hay seis autos por lo que podemos elegir ubicación sin ningún problema. En su contra os puedo decir que en el espacio reservado para las autocaravanas no hay ni un solo árbol que mitigue el calor cuando el sol descargue con ganas. En el resto de parcelas para caravanas y para tiendas de campaña sí los hay pero no en exceso. Por 22€ disponemos de todos los servicios del camping, incluida la electricidad. Los sanitarios están limpios y tiene zona con lavadoras para la ropa. Es un buen camping. Os lo recomendamos si el de Coblenza está lleno.

A una hora un poco intempestiva, las 16:00h, nos disponemos a comer. Sorprendidos, nuestros vecinos alemanes nos miran con cara de no entender nada. Muy tarde para el almuerzo y muy temprano para la cena. Esto es cosa de locos.

Aprovechamos la tarde para hacer limpieza en la auto, cargar las baterías de las cámaras de fotos y hacer un poco de colada. A eso de las 19:00h nos relajamos del todo tumbándonos en la cama y disfrutando de una tarde de relax inolvidable. Por curiosidad, encendemos la televisión y pasamos el resto de la tarde inmersos en la búsqueda de nuevas sensaciones televisivas.

Una forma de conocer un país y hacerse una idea de los gustos y preferencias de la población, es tomar el mando del televisor y comenzar a pasar de canal en canal deteniéndose, preferentemente, en aquellos en los que el idioma sea el nativo, obviamente. Gracias al pedazo de antena que llevamos en el techo, sintonizamos varios canales alemanes. La oferta es amplia pero no variada. Además de películas americanas dobladas al alemán, la programación de las televisiones teutonas se limita a la emisión de deportes extrañísimos; programas donde regalan una semana en La Gomera por acertar de qué color es la camiseta de la selección alemana de fútbol; retransmisiones de Pressing Catch que estamos hartos de ver en Cuatro y algún concurso "despistado" en los que una bella rubia enseña sus atributos superiores cada vez que alguien llama y acierta una absurda pregunta. Telediarios donde sólo falta Mariano Medina para contarnos qué tiempo hará en la Baja Baviera y poco más. No solemos ver televisión cuando viajamos a un país extranjero, pero si el momento lo pide, procuramos mirar un rato con fines "meramente instructivos", y con el ánimo de comprender, un poco mejor, el entorno donde estamos metidos. Ni que decir tiene que el idioma alemán no lo dominamos, más bien diría que nos domina él a nosotros, aún así, resulta muy curioso ver las películas dobladas, sean en blanco y negro o en color, de la década que sean, con esa entonación que parece que le están echando una bronca al prójimo de Padre y muy Señor mío.



Ver Casablanca doblada al alemán, y ver a ese Humphrey Bogart susurrándole palabras de amor a Ingrid Bergman, me da la sensación de estar escuchando a Jesús Mariñas discutiendo con María Patiño un viernes por la noche en ¿Dónde estás corazón? De verdad, no os perdáis esa sensación tan extraña y tan estimulante...

Sigo buscando y encuentro un canal alemán para hispanos. Están echando una película mejicana en V.O. con subtítulos en alemán. Hacía años que no me sorprendía tanto viendo algo por televisión. El resumen de la película, que más o menos será el de todas las películas mejicanas (lo único que cambiarán son los decorados y los actores) es el siguiente: chica guapa, rica y que canta fenomenal tiene seis amigas igual de modernas y guapetonas. Un padre comprensivo tipo siglo XXI y una madre un poco bruja tipo inquisición. Joven guapo, cachas de gimnasio y simpaticote (¡como todos los mejicanos, vamos!), llega a la casa de la guapa montado en un descapotable de marca blanca tipo Mercadona, para hacer un negocio con el padre de la guapa. Al principio, la chica no quiere verlo ni en pintura pero a medida que pasa la película, la chica se enamora de él y entonces se los ve a los dos cantando y bailando en una especie de cortejo amoroso similar al que hacen los pavos reales u otras aves, en unos lugares paradisíacos y, aunque la acción se desarrolla en las cataratas del Niágara, de repente, aparecen en playas llenas de palmeras, mares tropicales o en las calles de Bombay. ¡Increíble! A esto se llama tener el don de la ubicuidad y lo demás son tonterías.

Hasta aquí todo se desarrolla como un video clip de "Pimpinela", pero antes del intermedio, aparece el jefe del joven que también es guapo, fuertote, inteligente, muy mejicano él y canta todavía mejor que el otro y, lógicamente, se enamora de Gloria, que así se llama la chica. Y Gloria, parece que tontea un poco con él (las mujeres siempre tienen dividido el corazón). Cambia la música. Suenan notas de peligro o de intriga. Emocionante.

La segunda parte es la dramática: los padres del rico y de la chica han arreglado el matrimonio del jefe y la chica, ya se sabe que entre el amor y el dinero, lo segundo es lo primero. Ella está muy triste; de canción sentimental de Sergio Dalma, y su madre muy contenta, de canción guatequera de Palito Ortega; de anuncio de detergente y ropa blanca. El cachitas guapo llora mucho pero, como donde hay patrón no manda marinero, no hace nada por impedirlo no vaya a ser que se quede en el paro. Más canciones tipo Tamara y el día de la boda, cuando todos están en la ceremonia previa al casamiento, llega el despechado, más llorón que nunca. El jefe, que se da cuenta de que ella no le quiere, decide suspender la boda, pero en plan bien. Al final, todos contentos y felices y a celebrarlo con zarzaparrilla barata del Lidl.

Se me olvidaba comentar que en esta película no actúa un tonto, lo hacen dos, lo que demuestra que es una superproducción.

Para concluir, y que me perdonen los mejicanos, cuando veo películas de este tipo, me da la sensación de que los actores sobreactúan con gestos histriónicos, excesivamente conmovidos; pero también he visto a Alfredo Landa o a José Luis López Vázquez en alguna de estas que mi madre ve en Cine de Barrio los sábados por la tarde. Así que...

Antes de cerrar puertas y ventanas, coloco mentalmente el cartel de "por favor no molestar", me descalzo y me pego al cristal para admirar el atardecer. A eso de las 20:30h nos preparamos una cena más ligera de lo habitual. Haber comido tan tarde tiene consigo que el hambre no llame a la puerta estomacal demasiado pronto.

El día ha sido intenso; mañana entramos en la Selva Negra y el tiempo en la televisión nos informa de lluvias intensas por aquellas tierras. Oraremos para atenuar la intensidad lluviosa. Mañana más.



RESUMEN DEL 7º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	78	2.339 acumulados
Parking en Cochem		1,10€
Entradas a Castillos	Burg Eltz	21,40€ (Adultos 8,20€ / Niños 5€)
Camping Gülsen Moselbogen (Koblenz-Güls)		22€

- Los datos aquí expresados están anotados el 7/08/2008



TOMTOM

COORDENADAS GPS:

Parking en el Burg Eltz

Elztalstrasse (en Moselkern)

N 50° 12' 04.15"

E 7° 21' 17.68"

(N 50.20115 - E 7.35491)

Camping Gülsener Moselbogen en Koblenz-Güls

Am Gülsener Moselbogen, 20

N 50° 19' 55.31"

E 7° 33' 11.65"

(N 50.33203 - E 7.55324)



OFICINAS DE TURISMO Y PUNTOS DE INFORMACIÓN:

Burg Eltz

Gräfllich Eltz'sche Kastellanei

56294 Münstermaifeld

Tel.: 2672 950500

Fax: 2672 9505050

Web: www.burg-eltz.de

E-mail: burg@eltz.de





PERNOCTA EN KOBLENZ-GÜLS:

Camping Gülser Moselbogen en Koblenz-Güls

Am Gülser Moselbogen, 20 (junto al río Mosela)

56072 Koblenz-Güls

Tel.: 0261 44474

Fax: 0261 44494

Web: www.moselbogen.de

E-mail: info@moselbogen.de

Coordenadas GPS: N 50° 19' 55.31" - E 7° 33' 11.65" (N 50.33203 - E 7.55324)

Está situado junto al río Mosela y a 8 kilómetros al sur de Coblenza.

Buen trato. No hablan castellano.

Los servicios del camping son buenos.

Horario de recepción: de 8:00h a 12:00h y de 14:00h a 20:00h.

Zona para unas 60 autocaravanas.

Temporada de apertura: Del abril a octubre

Precios en agosto de 2008:

- Adultos: 5€
- Niños menores de 3 años: gratis
- Niños de 4 a 14 años: 2,50€
- Autocaravana: 6€
- Electricidad (16A): 2,50€
- Suplemento por persona adulta: 0,50€



© *Camping Gülser Moselbogen*



CAPÍTULO 8 / Viernes 8 de agosto

(Koblenz Güls - Gengenbach - Gutach - Schiltach): 344 Km.

El cansancio acumulado de los últimos días nos impide madrugar mucho. Nos despertamos vagos, remolones, de niño que no quiere ir al cole, de día de lluvia.

El día amanece oscuro y sombrío en este precioso lugar a orillas del Mosela. ¿Cómo se puede imaginar que en el país de las musas y duendecillos, de los hermanos Grimm, donde habitan esas pequeñas princesas de cuento de hadas, también hubiera días sombríos, días en los que ni la más mínima luz entra por sus cielos y en el que todo parece tener un triste tono gris? No tengo la respuesta, pero sí os puedo asegurar que el día es mohíno.

Tras un arriba campeón, Javi se despereza con mala cara. Nosotros no la debemos tener mucho mejor. Una ducha, los cafés con croissant y mermelada y las galletas con chocolate, nos ponen a tono. Los comentarios jocosos sobre la película mejicana de anoche hacen saltar las carcajadas. Si Pepe Isbert levantara la cabeza...

Si estuviese en la Universidad (para lo cual habría que retroceder en el tiempo un par de décadas) y tuviera que hacer una tesis doctoral, sin duda la haría sobre el reciclaje en Alemania, creo que es un caso fascinante donde los haya. Es difícil de explicar para alguien como nosotros, lo que solo viviendo aquí se puede sentir: el sentido común alemán para la conservación de su medio ambiente. Y es que me da la impresión que los alemanes están mucho más comprometidos con el manejo de sus desechos que nosotros. Tienen todo tipo de contenedores destinados a cualquier tipo de basura.

Un claro ejemplo de los que os voy a contar es este camping, donde hay una parte acotada para tal efecto con más contenedores que en Mercamadrid. Hay contenedores para todo, prestad atención:

El Altpapiersammlung es para papel y cartón. Que no se os ocurra tirar aquí el papel higiénico, para eso no vale... El Glas es para vidrio. Uno para el verde, otro para el marrón y otro para el transparente. Se desconoce si admiten las pétreas botellas de anís del Mono especial Navidad. Otro para las Latas y metal pero no el aluminio, así que no se os ocurra tirar la tapa del yogurt de fresa del Lidl por aquí. El Biotonne, o lo que es lo mismo, todo lo que sea biológico, como la tierra para las plantas, los restos de fruta, pero que no haya sido previamente cocinado. ¿Y os preguntaréis por qué? Pues no lo sé, la verdad, pero es así. Hay uno, que es donde van las cosas que no se pueden reciclar, suponiendo que sea verdad que aquí haya algo que no se recicle; se llama Restmüll. Para el Plástico se usan tres contenedores separados. PE, PET y PS, en cada envase viene marcado qué tipo de plástico es. El contenedor Metalle, sirve para metales, hojalata y chatarra. Olvidaos de dejar aquí vuestro Citroën Saxo del 92. Tetrabrik, envases, que como su propio nombre indica, son una mezcla de cartón y aluminio... El Aluminio es donde van las malditas tapas de yogurt de fresa del Lidl. Curiosísimo. En Dosbarrios habría que comer millones de yogures para llenar el contenedor... El contenedor llamado Elektroniksrott sirve para dejar los ordenadores, teles, lavadoras, planchas, máquinas de afeitarse. Estas últimas suelen ser las que te regala la suegra cuando cumples los 40 y que son de algún resto de serie. Dejan de funcionar a los trece meses, uno después de acabar la garantía. Casualidad...o no. Para cuando se corta el césped, las flores o se recortan los árboles, está el Gartenabfall y Grünschnittsammlung. Claro, es que esto en el contenedor de Biotonne no cabe, sobre todo si se tienen árboles como los del Retiro. El Baustoffe es para cuando te levantas un sábado sintiéndote Kristian Pielhoff, el presentador de Bricomanía, y te da por hacer obras en casa. Pues bien, para todos esos restos como el hormigón, ladrillos, porcelana y escombros en general, están estos contenedores.



La basura problemática se deposita en los Problemabfalle, como por ejemplo todo lo que lleve componentes nocivos como pinturas, medicamentos, anticongelantes de los coches, etc. En el Batterie se echa todo tipo de pilas. No las de lavar como en el pueblo, esas no. Los pañales, compresas e incontinencias diversas se meten en el Windelsack. Después hay también un contenedor específico para aceites, industriales y no industriales; otro exclusivo para las bombillas; uno para los luminosos y tubos fluorescentes; y por último, uno para Poliespán, o como vulgarmente lo conocemos en mi pueblo, el corcho blanco.

La verdad es que el año pasado cuando vinimos por primera vez a Alemania, nos sentimos intimidados ante tanto contenedor avasallador, menos mal que siempre hay alguien por la zona que te echa una mano, de lo contrario no hubiéramos dado ni una.

Ojo lo que tenemos que aprender en España en estos menesteres. Si ya nos damos de tortas por ver quién baja la basura todos los días, ¿os imagináis la de crisis familiares que íbamos a tener con este sistema? Inma, tú el Biotonne, Javi el plástico, la abuela Reme el cartón, que pesa poco y así no se le resiente la espalda, la abuela Juana que baje los escombros de la obra del patio, que para eso es más joven y tiene fuerza; yo llevaré la bolsa de las compresas (con perdón) y hay que decirle a tu hermano Ignacio que nos ayude con las latas, por Dios, que esta casa parece un estercolero.

Por cierto, ya que uno no va a reciclar todos los días, imaginaos la logística que hay que montarse. Afortunadamente, los alemanes piensan bien y casi todas las casas están dotadas de garaje o "almacén caquero", y ahí se va guardando todo hasta que tienen un par de bolsas para llevar. Ni que decir tiene que todos los envases se lavan, ya que no hay persona humana capaz de vivir entre tanta basura.

Y como caso curioso, los restos del famoso yogurt de fresa del Lidl, se reciclan en tres contenedores distintos: plástico, aluminio y cartón. Acojonante.

Ya para terminar, en los hipermercados no se utilizan las bolsas de plástico que tanto abundan en España, se usan bolsas de tela, cestas de mimbre o simplemente se echa la compra directamente del carro al maletero del coche.

Disculpad este tocho sobre el reciclaje pero me tenía que desahogar, y aunque creo que los alemanes se pasan tres pueblos, habrá que poner más empeño en estos asuntos. Se lo haré entender a mi suegra.

Salimos del camping con la fresca, y a primera hora de la mañana circunvalamos Coblenza. Como dice Inma, lo de primera hora es un decir, porque si a las 10:00h de la mañana es primera hora... El redoblado compás marcado por las agujas de la maraña de carreteras al circunvalar Coblenza, son palmas que hacen eco en un horizonte de montañas escarpadas. El sol, apenas actúa en la escena, cambia de color y se oculta a trompicones detrás de unas nubes cada vez más oscuras.



La Selva Negra (Schwarzwald)

Si hay algún lugar en Europa dónde el hombre no ha conseguido domesticar del todo su entorno ese es La Selva Negra. Es la naturaleza la que permite vivir al hombre según sus reglas. El hombre trata de imponerse pero los esfuerzos son baldíos. El resultado de esta convivencia en armonía son los espectaculares paisajes que asustan e impresionan al viajero, además de un ritmo de vida pausado y consciente de cada momento vivido.

La Schwarzwald (Selva Negra en alemán), pertenece a la región de Baden-Württemberg y está situada en el sureste de Alemania. Es un punto turístico conocido en todas partes del mundo y es famoso por sus paisajes, sus relojes de cuco y por las estrechas carreteras llenas de curvas por las que circular con una autocaravana significa hacer un viaje en mitad de la naturaleza. Un lugar donde nacen los ríos Danubio y Neckar, con unas vistas que nos cautivan.



La Selva Negra

© José A. Guerrero





Gengenbach

© José A. Guerrero



Gengenbach



- **Estado:** Baden-Württemberg (Alemania)
- **Habitantes:** 11.127
- **Altitud:** 175 metros sobre el nivel del mar
- **Coordenadas GPS:** N 48° 24' 14" – E 8° 00' 55"
- **Ayuntamiento:** Hauptstrasse

Gengenbach asoma encerrado entre montañas. La temperatura de la zona es baja, más húmeda, más del norte. El verde lo forra todo cual manto de árboles y hierba. La lluvia hace acto de presencia cuando llegamos al pueblo. Apenas se ven personas, pero se presienten; no hay animales pero en algún momento me da la sensación que el alma de África haya viajado hasta Alemania. Esto es la Selva, aunque sea la Negra y estemos en Europa. Sorprendente.

Fácilmente encontramos el parking que nos habían recomendado en un foro de Internet. Estamos prácticamente solos, por increíble que parezca en un lugar tan turístico. Nuestra única compañía son una pareja de recién casados a los que están haciendo fotos en un pequeño jardín que hay junto al parking, bajo la lluvia, como si de ésta dependiese que en la vida les fuese a llover felicidad. El fotógrafo, empapado como un nadador olímpico recién salido de la piscina, resopla paraguas en mano. Cada vez que coloca a los novios y los alecciona para poner cara de felicidad, deja el paraguas abierto en el suelo y con el flash al hombro y la cámara al cuello, inmortaliza el húmedo momento. Mientras, su ayudante, salvaguarda los vestidos de los contrayentes con un pequeño paraguas con la publicidad de Kodak. Como buenamente puede, maquilla y peina a la novia. Como todo a la vez no lo puede hacer, pasa el paraguas al novio para que tape a su recién estrenada esposa. Ella le sonrío. Son recién "esposados", no saben lo que les espera...

Antes de la visita, decidimos comer, este es uno de esos instantes que dentro de unos meses recordaremos con cariño. La lluvia, y una ligera bruma, nos impiden ver más allá de unos pocos metros. Durante la comida, los novios suben a un Mercedes antiguo con la típica ristra de botes atada al paragolpes trasero, el ruido es considerable; contentos y felices, van camino del banquete nupcial, los langostinos estarán a punto y los padres nerviosos por la tardanza, como en España, eso no cambia.

Al acabar el almuerzo, salimos de la autocaravana a respirar el aire fresco y sano de Gengenbach. Una brisa ligera silba entre árbol y árbol, desmadejada, perdida, buscando la salida, asustada. Lleva en su capa un susurro, alegre y refrescante, de agua de lluvia; mientras, a su paso, va dejando en este valle estrecho y alargado donde se encuentra el pueblo, las mágicas imágenes del paso del tiempo. Para la lluvia y levanta la bruma, y bajo ella, aparece un lugar encantado; un cuento hecho realidad, de gnomos, de hadas, y duendes, de historias de niños que te inundan el corazón de color. Es Gengenbach.

Gengenbach es un lugar que debió inventarse en un cuento. Tiene una calle principal abarrotada de pequeños comercios y oficios de antiguo. Alrededor de ella, afloran decenas de callejuelas estrechísimas donde sólo caben tres o cuatro personas, y que en el caso de encontrarte con una excursión de japoneses, tienes que dar media vuelta. Calles de japoneses o tú... siempre de japoneses: no te dejan pasar.





Marktplatz. Gengenbach

© José A. Guerrero

De Gengenbach dicen que es una ciudad muy turística. Yo no tengo esa sensación. Es posible que el día no invite a la visita de muchos, sigue lloviendo a ratos y no se ve movimiento, y de ahí quizá, esa subjetiva impresión. El caso es que salvo la excursión folclórico-festiva del minibús de japoneses, sólo con un par de docenas más de visitantes como nosotros nos cruzamos por el pueblo. Y lejos de ser un aburrimiento, es una bendición.

Una torre color de miel, que se hace lejana y cercana sin saber muy bien por qué, corona y domina la Ciudad de Gengenbach: hay murallas o fortalezas, que si las miras de lejos parecen grandes, pero cuando te acercas son imponentes, y no por su tamaño, que también, sino por su desmesurada belleza. La de Oberturm Haigerach, en la parte final de la Victor Kretzstrasse es de talla única, la miras desde donde la miras. Desde sus balconadas de madera, a las que se accede por una estrecha escalera, se tienen las mejores vistas de la Marktplatz que está a escasos 200 metros.

En el otro extremo, la Kinzigortum, la torre más alta de la ciudad y que también forma parte de la muralla defensiva. Como toda torre que se precie, esta se usaba en su día para avisar de los incendios y dar la hora a los habitantes de la villa. Por ella se accede al casco antiguo y era la entrada principal.

Paseando por el interior del casco histórico, en sus anárquicas y estrechas callejuelas, aún habitan cientos de lugareños enamorados de su pueblo de postal.



Podemos observar perfectamente cómo viven, cómo trabajan, cómo lavan, cómo vecinean, piden un poco de sal y justifican un “*se me ha acabado el aceite*”. Es una ciudad de puertas abiertas, un pueblo de andar por casa en pantuflas.

El pueblo se recorre en muy poco tiempo, pero merecería la pena pasarse horas y horas, paseando por un pavimento tortuoso de adoquines que brotan de la tierra. El Granero, el Rathaus, el Palacio de Löwenberg, la maravillosa Marktplatz presidida por la Röhrbrunnen con su Schwed (Caballero sueco) dominando todo el entorno, hacen de Gengenbach, el escenario perfecto para una película de dibujos animados. Deambulamos intentando acumular nuevos recuerdos. Observamos que el pueblo está lleno de vacas de cartón piedra a tamaño natural. Docenas de vacas decoradas con motivos llamativos: unas con recortes de periódico; otra con la bandera de Europa; en aquella esquina hay una con la Alemana; a su lado la del mapamundi; para mí, echo en falta una anunciando el regalo de una sandwichera en el Marca... Estas vacas no dan leche pero alegran la vista. Miramos al cielo y se torna oscuro.



Marktplatz. Gengenbach

© José A. Guerrero

En unos instantes, las nubes comienzan a descargar agua. Primero, unas gotitas, luego un chaparrón y finalmente la lluvia casi monzónica en todo su esplendor. Al principio, no le damos mucha importancia a la lluvia. Nos encontramos en la puerta de la oficina de turismo, fisgando unos planos expuestos en una de las cristaleras y no imaginamos que el aguacero dure más de diez minutos. Sin embargo, la lluvia sigue cayendo. Buscamos refugio en el interior de la oficina.

Pasan quince minutos, veinte, pasa casi media hora, cuando viendo que no para de llover, decidimos salir de allí. Al salir de la oficina de turismo, el frío penetra en nuestros cuerpos sudados por el calor que hace dentro, unos cuerpos de dos temperaturas que el viento y la lluvia, cada vez



más poderosos, hacen que nos sintamos incómodos. Nos alejamos de allí chapoteando y explorando a duras penas las calles por las que poder escapar, pero la mayoría están anegadas. Quizás sea exagerado pensar así pero a mí me parece que en las calles se están originando pequeñas Venecias sin góndolas. Inma dice que exagero.

A pesar de lo exagerado que Inma dice que soy, y como no quiero ser número anónimo de portada de periódico, salimos de allí hundiendo nuestros pies en un agua que casi tapa nuestras chanclas: conseguimos alcanzar la glorieta que preside la Marktplatz, en la que un Audi Q7 remata la faena equilibrando, en un derrape que hace de surtidor con chorro a presión, la cantidad de agua en nuestros cuerpos. El mío cada vez es más blanco, más grimoso; es agua vestida. Derrotados por la lluvia, como podemos nos resguardamos en las arcadas del ayuntamiento, unas arcadas que albergan a una docena de turistas que, al igual que nosotros, se resguardan de la torrencial lluvia. Los hay con más agua que yo, también son más grandes, en altura, y eso cuenta. Desde aquí puede uno observar como casi toda la ciudad es una especie de parque acuático y la entrada del ayuntamiento, una laguna.

Sabiéndonos seguros, mientras nos secamos con pañuelos de papel, reflexionamos sobre el momento vivido, llegando a la conclusión de que en esta vida, el sol no sale ni al mismo tiempo ni para todos por igual. La analogía sirve también para la lluvia, a la que le pasa tres cuartos de lo mismo. Que se lo digan a los agricultores. Como decía aquel, *“A Noé le vas tú a hablar de la lluvia...”*.

Cuando amaina el temporal, el sol aparece como por arte de magia entre las moradas nubes que cubren el cielo. La tarde asoma radiante, de aire limpio y un sol picante, que en horas secará los temporales lagos nacidos de las lluvias.



Gengenbach

© José A. Guerrero

Schwarzwälder Freilichtmuseum Gutach



- **Estado:** Baden-Württemberg (Alemania)
- **Habitantes en Gutach im Schwarzwald:** 2.223
- **Altitud:** 293 metros sobre el nivel del mar
- **Coordenadas GPS Gutach im Schwarzwald:** N 48° 14' 55" – E 8° 12' 40"
- **Ayuntamiento de Gutach im Schwarzwald:** Hauptstrasse, 38

Esta parte de Alemania es Naturaleza hecha arte. Un arte que da vida a la Naturaleza. Una Selva de coníferas se extiende ante nuestros ojos, en el entorno de Gutach, no muy lejos del Museo al Aire Libre de la Selva Negra, entre caseríos de madera y piedra que forman una foto perfecta de armonía, de tranquilidad, de silencio absoluto que riega nuestros sentidos.

El parking del Museo es de pago, un pago más bien simbólico, sólo 1€. Quiero recordar que en el precio de la entrada al Schwarzwälder Freilichtmuseum había un descuento para el parking, por eso es tan barato. Esto os lo digo de memoria ya que no tenemos ninguna anotación al respecto.

En el Museo al Aire Libre de la Selva Negra vuelves a un pasado que alguna vez creíste haber vivido, o soñado. En la veintena de casitas de campesinos, diseñadas de acuerdo a las que había allá por el año 1570, puede verse la arquitectura, métodos agrícolas y formas de vida de la región. Sólo la panadería y una destilería son construcciones originales de los terrenos que ocupa hoy el museo. Las demás casas, granjas y todas sus dependencias llegaron a Gutach tabla a tabla y piedra a piedra procedentes de otras zonas de la Selva Negra. En cada casa, en cada habitación, en cada rincón de cada una de ellas, aún pueden sentirse y palpase los duendes que un día habitaron estas edificaciones históricas.

Nada más llegar parece embriagarnos el olor de la humedad del ambiente que parece adherido a la misma corteza de los árboles. Y entonces, después de esa primera impresión de frescor, es cuando vemos la veintena de casitas de madera y piedra que se levantan orgullosas y altaneras sobre las laderas de las montañas que rodean el Museo. Hay itinerarios y recorrido oficial, pero simplemente se trata de dejarse llevar por nuestros propios pasos y admirar las construcciones, sus interiores y sus contenidos hasta poder jugar a imaginar lo que en una y otra casa contiene y para que servía. En una de las casas, en la cocina, huele al humo de leña de estufa, y los jamones, morcillas y salchichas permanecen colgados del techo. En un establo, los cerdos y las vacas comen ajenos a las miradas de los turistas curiosos. Pasamos una hora abandonándonos al tiempo. Observando cómo los oficios aún son hechos con cariño, con amor. En una carpintería asistimos al concierto de martillos y escofinas más maravilloso que el hombre pueda componer: los carpinteros, golpean con un ritmo digno de los mejores percusionistas, tablas de madera creando una armonía de golpes que más bien parecen acariciar la madera que maltratarla. Perdemos la noción del tiempo observando cada detalle.

Salir de la casita de carpinteros y comenzar a diluviar, es todo una. El sol no se oculta, y sol y agua forman un manto de arco iris deslumbrante. Me enamoro de esa imagen. Aquí podría pasar horas contemplando cómo la lluvia y el sol forman un arco iris de libertad, un arco iris de libro de escuela, de una sola pantalla, de solo mirar.



Yo, que soy una persona fácilmente impresionable, me regocijo con cada cosa que veo y la hago mía. Disfruto por igual de una obra de arte o de un monumento, que de la técnica comercial de una persona que mercadea verduras en un mercadillo de viernes, o de un niño correteando junto a su pequeño perro. No sólo me pasa cuando viajo, me pasa en cualquier sitio. Para mí, es como si todo tuviera su propia vida. Una calle vacía al amanecer, para mí, tiene vida. No es solamente una calle, y cada edificio, cada rincón, la luz... son vida. Y el Museo al Aire Libre de la Selva Negra es vida aún siendo Museo, con mayúsculas.

Las compras de rigor en las tiendas exteriores del Museo acaban con la visita. Tras pagar el parking, nos vamos camino de Schiltach.

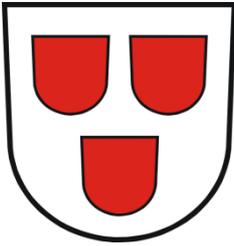


Schwarzwälder Freilichtmuseum

© José A. Guerrero



Schiltach



- **Estado:** Baden-Württemberg (Alemania)
- **Habitantes:** 3.999
- **Altitud:** 330 metros sobre el nivel del mar
- **Coordenadas GPS:** N 48° 17' 24" – E 8° 20' 37"
- **Ayuntamiento:** Marktplatz, 6

De la descomunal belleza que atesora la Selva Negra, creo que nadie duda, cada pueblo es una aventura y un cuadro pintado con infinidad de colores a cual más bello, pero si hay algo que realmente se puede considerar aventura en la Selva Negra, son sus carreteras, una aventura gráfica de Play Station; con la diferencia que en ellas, sólo tienes una vida: no hay posibilidad de repetir, grabar o reiniciar la partida.

Bien asfaltadas en su mayoría, pero estrechas y con más curvas que un desfile de lencería femenina, algunas carreteras de la Selva Negra son como el tramo Aranjuez-Ontígola de hace unos años: peligrosas como ellas solas. Autobuses y camiones son dueños absolutos de estas rutas curvilíneas, donde no impera la ley del más fuerte, sino la ley del que tiene más suerte; suerte de no morir en un choque frontal, de no atropellar a un ciclista o de no ser expulsado de la carretera por un loco de la vida que circula sin control.

Antes de llegar a Schiltach, el cadáver de un joven de corta edad yace en el asfalto de la carretera semi-tapado con una sábana. Lluve intensamente. Los restos chatarrados de un coche negro se intuyen entre los árboles y matorrales que hay en los arcones de la carretera. La lluvia, las curvas y la velocidad inadecuada hacen del lugar un cóctel mortal. Dos matrimonios vallisoletanos llevan dos horas esperando que abran la carretera para poder entrar en Schiltach. En sus caras se refleja lo ingrata que a veces es la vida. Esa vida que acaba de perder alguien que aún tenía mucho por vivir. Como en la vida, cada carretera te lleva a un destino. En el caso de este joven queda limitado a uno: la muerte en el arcén. Mala tarde. Maldita tarde.

A las 19:00h llegamos al parking para autocaravanas de Schiltach, un lugar encantador rodeado de naturaleza en estado puro: ríos, montañas, árboles... Las dos autocaravanas españolas de Valladolid aparcan junto a nosotros.

Desde la ventana del salón de la autocaravana el cielo se va apagando en tonalidades pasteles, encendiendo las luces de Schiltach. Huele a otoño, o quizá huelan los recuerdos de una infancia que por momentos vuelve y que revive en la retina de la vida las hojas muertas; el olor húmedo y terroso que dejaba el humo de las hojas quemadas en pequeños montones en el Jardín del Príncipe de Aranjuez; unos jardines que durante unos días quedaban semidesnudos y olvidados; olor a brisa intermitente y baja que anunciaba en tu cara que el verano se estaba acabando dejando siempre la sensación de cosas que quedaron sin hacer, de cosas que nunca volverán; de pérdida progresiva y sin retorno de la vida. Y eso siento que pasa también en Schiltach cuando los tonos pastel del cielo se tornan en grisáceos y oscuros. El olor a otoño deja paso al olor a lluvia, una lluvia que también me trae recuerdos pero que me desconcierta a medida que avanza la tarde y se tuerce definitivamente. Lluve con más ganas que nunca. Aquí, rodeados por cuatro paredes y unas pocas ventanas, contemplamos como cae con violencia. Alcanzamos a ver el cielo gris y la oscuridad de la tarde, vemos con claridad como el viento mueve las ramas de los enormes árboles que hay a nuestro alrededor. Para nosotros, el día ha terminado, la lluvia así lo ha querido.



RESUMEN DEL 8º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	344	2.683 acumulados
Entradas Schwarzwälder Freilichtmuseum Gutach		10€ (Adultos 4€ / Niños hasta 16 años 2€)
Parking Schwarzwälder Freilichtmuseum Vogtsbauernhof		1€

- Los datos aquí expresados están anotados el 8/08/2008



COORDENADAS GPS:

Parking en Gengenbach

Friedrichstrasse

N 48° 24' 11.64"

E 8° 01' 06.60"

(N 48.40323 - E 8.01850)



Parking en Gengenbach

© José A. Guerrero

Parking en Schwarzwälder Freilichtmuseum de Gutach

Hausacherstrasse

N 48° 16' 14.10"

E 8° 12' 02.20"

(N 48.27059 - E 8.20061)



Parking Schwarzwälder Freilichtmuseum

© José A. Guerrero

Parking para Autocaravanas en Schiltach

Hauptstrasse

N 48° 17' 27.33"

E 8° 20' 33.99"

(N 48.29093 - E 8.34277)





PERNOCTA EN SCHILTACH:

Parking para Autocaravanas en Schiltach

Hauptstrasse.

Coordenadas GPS: N 48° 17' 27.33" - E 8° 20' 33.99" (N 48.29093 - E 8.34277).

Situado en la confluencia de los ríos Kinzig y Schiltach. El lugar es idílico y encantador, todo él rodeado de naturaleza. Es gratuito y hay plazas para unas 50 ó 60 autocaravanas. El suelo es de gravilla. No hay toma de luz ni tiene zona de carga y descarga de aguas. Está a cinco minutos del centro histórico del pueblo.



Área de Autocaravanas de Schiltach

© José A. Guerrero





OFICINAS DE TURISMO Y PUNTOS DE INFORMACIÓN:

Gengenbach

Im Winzerhof
77723 Gengenbach
Tel.: 7803 930143
Fax: 7803 930142
Web: www.stadt-gengenbach.de
E-mail: tourist-info@stadt-gengenbach.de

Schwarzwälder Freilichtmuseum Vogtsbauernhof de Gutach

Hausacherstrasse
77793 Gutach
Tel.: 7831 93560
Fax: 7831 935629
Web: www.vogtsbauernhof.org
E-mail: info@vogtsbauernhof.org

Schiltach

Marktplatz, 6
77761 Schiltach
Tel.: 7836 5850
Fax: 7836 5859
Web: www.schiltach.de
E-mail: touristinfo@schiltach.de



Schiltach

© José A. Guerrero



CAPÍTULO 9 / Sábado 9 de agosto

(Schiltach - Alpirsbach - Triberg - Titisee - Friburgo): 139 Km.

Schiltach

Amanece con bruma, una bruma fría que emerge de los ríos Kinzig y Schiltach. Por la ventana del salón de la autocaravana, pierdo la mirada en la unión de ambos, en los árboles, en las casas que crecen a lo largo de sus riberas. Me gusta, antes de tomar el primer café de la mañana, regodearme con un paisaje al que sólo le falta más sol: la lluvia, colega fiel durante la noche, ha dejado paso a una luz plomiza. Es uno de esos días al que le sobra tristeza y le falta color. Es un día alemán.

A las nueve de la mañana ya estamos en la calle, pateando una ciudad de dibujos animados. Necesito saciarme de Schiltach. Aquí, cada metro recorrido te ofrece la posibilidad de descubrir un rinconcito mágico, de paleta de pintor, de símbolos escondidos en cada adoquín, en cada gesto que te atrapa y te desordena el alma. Descargo mis ojos en cada casa de entramado, en cada balaustrada moldeada por el tiempo, en cada escalinata. Sin duda, este es uno de esos lugares que parece haber sido bendecido por la mano de un ser superior, es un marco perfecto para perderse por sus callejuelas y hacer de él un recuerdo en sepia. En este encantador pueblecito de la Selva Negra, los turistas se mezclan con los vecinos en un ambiente disipado donde el olor a pan y a café recién hecho, invita al profundo relax. Descubro que las puertas de las casas son más que una apertura por la cual entrar y salir, mostrarse o desaparecer repentinamente. Las muestran abiertas de par en par, sin temor a ser observados, sin temor a ser despojados de su intimidad. Husmear a través de una verja de jardín, me adentra a mundos de conocidos cuentos infantiles, de jardines perfumados y de patios de la infancia. De vecindades bulliciosas y de silencios relajantes.



Schiltach

© José A. Guerrero



Una ciudad, un pueblo sin Marktplatz no se concibe en Alemania: es como un jardín sin flores, como un árbol sin ramas como un mar sin olas, como un mundo sin mamones... Y Schiltach no podía faltar a la cita, porque su Marktplatz es idílica, triangular, con una pendiente considerable, rodeada de casas de entramado de madera del siglo XVI y donde se alza un curioso y escalonado Ayuntamiento y una pequeña fuente en el centro. La Marktplatz de Schiltach es belleza en estado puro, es un auténtico escándalo, belleza alemana llevada hasta las últimas consecuencias. No os perdáis los grabados que decoran la fachada del Ayuntamiento desde 1942 y que ilustran la historia de la villa, son una delicia. En las arcadas de entrada al ayuntamiento, hay planos e información de la ciudad y de la Selva Negra. Os digo esto por si la Oficina de Turismo está cerrada y no disponéis de información del pueblo.

A media mañana, y tras comprar el pan y unos dulces para el desayuno, salimos de este encantador lugar. La bruma sigue tapando la belleza del entorno.



Schiltach

© José A. Guerrero





Marktplatz. Schiltach

© José A. Guerrero





Alpirsbach

© José A. Guerrero



Alpirsbach



- Estado: *Baden-Württemberg (Alemania)*
- Habitantes: *6.847*
- Altitud: *441 metros sobre el nivel del mar*
- Coordenadas GPS: *N 48° 20' 44" – E 8° 24' 13"*
- Ayuntamiento: *Marktplatz, 2*

Junto a la estación de tren, en la Bahnhofstrasse, aparcamos tranquilamente en una amplia explanada habilitada para autobuses. No hay ni uno, ni siquiera de turistas japoneses ó chinos, sorprendente, por lo que nos tomamos la libertad de dejarla aquí ya que no hemos encontrado ningún parking cuando hemos entrado al pueblo. A los pocos minutos de llegar nosotros, dos autocaravanas más se colocan a nuestro lado. Ya no estamos tan solos.

El día, aunque lluvioso, es muy agradable en estos lares. Reconfortante y tranquilo, ante todo. Tenemos por delante una visita detallada a la ciudad, a su abadía y a sus tiendas, sobre todo las de cerveza. Y digo esto porque Alpirsbach es una ciudad que tiene una de las mejores cervezas de Alemania, y es que difícilmente se puede pasar por aquí sin probar su “zumo” de cebada. Aquí se encuentra la fábrica de una de las más famosas, la Alpirsbacher Klosterbräu, una fábrica que, siglos atrás, formó parte del monasterio y que ha fermentado su cerveza desde la Edad Media. Dicen que el agua especialmente suave de esta zona da a la cerveza su afamado sabor. Es posible visitar la fábrica, el museo y su tienda, donde se puede comprar cerveza y recuerdos de la marca.

Todo esto, a pesar de que las actuales recomendaciones de la Medicina aconsejen un moderado consumo de alcohol; a mí en concreto, me viene de perillas porque, a medida que me voy haciendo viejo, mi pasión por una buena cerveza se acrecienta exponencialmente. Y algo parecido pasa con nuestros cuerpos serranos. Mientras estoy escribiendo esto, casualmente escucho en la cadena SER, que Mussorgsky, el genial compositor ruso, se murió de un delirium tremens tras sacudirse a la carrera una botella de ginebra. No creo que yo acabe así, y menos bebiendo cerveza sin alcohol.

A pesar de ser pequeña, Alpirsbach es uno de los lugares más visitado de toda la Selva Negra. Su carácter religioso se respira desde que se entra a la población gracias al monumento más emblemático de la ciudad: la Abadía de St. Benedict del siglo XII, una de las más antiguas muestras del románico en la Selva Negra. Paz, sosiego, recogimiento, tranquilidad, y quizás una pizquita de tristeza y nostalgia, son las características de este pequeño pueblo alemán.

Pero Alpirsbach no es sólo su Abadía. En sus estrechas callejas de sabor rural y olor a pasado, se ocultan lugares realmente bellos y sugestivos. Las calles circundantes a la plaza de la Abadía resultan especialmente silenciosas. Quizás sea su ambiente casi monacal, pero en nuestros oídos retumba la música de su silencio. En el corazón del casco viejo, nos perdemos por calles que nos ofrecen rincones que parecen haberse detenido en el tiempo.



En Alpirsbach, donde predomina la vida rural, donde la tranquilidad se apodera de la monotonía diaria, y donde es fácil vivir escenas de la rutina cotidiana alemana, es típico ver a los vecinos acudir hasta la pequeña y sencilla capilla de la Abadía, que parece sacada de una película antigua, cuando oyen el tañido de las campanas para oír misa de doce. Acuden paseando sin prisa y saludan con sencillez campechana a los turistas que ven a su paso. Esta iglesia monacal está considerada como una de las mejor conservadas de Alemania. No voy a cansaros contando lo que hay en el interior de la Abadía pero sí os puedo decir que merece la pena pagar los 3€ por adulto y los 1,50€ por niño que nos cobran a la entrada. No os perdáis la extraña y curiosa imagen de la crucifixión de Cristo que hay sobre el Altar Mayor de la capilla, parece que la hubiese tallado el mismísimo Fernando Botero.

Esta es una pequeña panorámica de Alpirsbach que nos da la idea perfecta de lo que es este pueblo; una ciudad tranquila que convive con una turística e histórica Abadía.

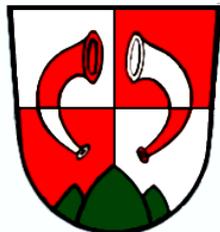
Antes de abandonar la ciudad, pasamos a una tienda contigua al museo de la cerveza, donde cargamos con varias cajas de la marca Alpirsbacher Klosterbräu, cuya fábrica se encuentra a la vuelta de la esquina. Las cajas para consumo propio son sin alcohol, pero las de regalo para familiares y amigos son de las que lo tiene. Ya os podéis imaginar lo que van a durar las nuestras... Las alcoholizadas deben llegar a España sanas, salvas, y llenas.



Alpirsbach

© José A. Guerrero

Triberg



- **Estado:** Baden-Württemberg (Alemania)
- **Habitantes:** 5.178
- **Altitud:** 690 metros sobre el nivel del mar
- **Coordenadas GPS:** N 48° 07' 47" – E 8° 13' 47"
- **Ayuntamiento:** Hauptstrasse, 57

Masas de granito que rodean los valles; cascadas impresionantes; miles de coníferas, ríos salvajes; un medio ambiente para respirar en paz y tranquilidad. Respiras y los pulmones se hinchan con el aire puro; el verdor de sus bosques llenan los ojos de luz; andas y andas y lo único que deseas es perderte entre uno de los mejores paisajes del mundo: Triberg.

Llegamos a Triberg a las 14:15h. En una especie de boxes para coches de fórmula 1 conseguimos aparcar. Quiero recordar que hay espacio para una seis o siete, no muchas más. Está techado y es gratuito, pero los que tengan claustrofobia que se olviden de estacionar aquí, sé de alguno que se sentiría prisionero bajo esta mole de hormigón. Dada la hora, y nuestro deseo de llegar a Friburgo, aligeramos la comida a base de bocatas y picoteo leve. Lejos de estar solos, cada vez vienen más autocaravanas en busca del box perdido; igual que llegan se van, el lugar ya está completo.



Triberg

© José A. Guerrero



Este pequeño pueblo de la Selva Negra, rodeado de un paisaje cubierto de pinos y abetos, es conocido principalmente por sus relojes de Cuco y por sus cataratas, las Triberger Wasserfälle, o lo que es lo mismo, las cataratas del Triberg, una auténtica belleza enmarcada en un paraíso incomparable.

Triberg es uno de esos pueblos de la Selva Negra que nos ofrece rincones salvajes y bosques de una belleza insultante, es uno de esos lugares donde me podría perder sólo para comulgar con la naturaleza. Es quizás lo más cercano a aquel Edén del que tanto nos hablaba la Biblia cuando dábamos catequesis en el colegio. Aquí la naturaleza parece permanecer inalterable, como si la mano humana jamás hubiera actuado sobre ella; como si fuera la propia naturaleza la que determinara la vida humana.

La ciudad es cruzada por las aguas del río Gutach, aguas que antes de llegar, forman el sistema de cataratas más alto de Alemania, más de 163 metros de descenso. Esta manera que la Naturaleza tiene de manifestarse, esos momentos en los que nos habla, o mejor aún, nos reclama, son el principal atractivo de este pueblo que vive fundamentalmente del turismo. Y eso puede comprobarse cuando se pasea por su calle principal y se ven los comercios donde se venden los famosos relojes y los objetos tallados artesanalmente en madera; a uno se le disipa cualquier atisbo de duda que pudiese tener. Triberg es una ciudad que más que ninguna representa el ideal que tenemos de La Selva Negra: rodeada de naturaleza, colorida, alegre, turística y muy comercial.

Y hablando de turismo y de relojes, en contra de lo que habíamos leído, los de cuco de Triberg no están fabricados en Taiwán, al menos los que se venden en las principales tiendas relojeras del pueblo, que son unas pocas; otra cosa será los que queramos comprar en las tiendas de todo a cien para regalar a la suegra, que seguro los han fabricado en Namibia.



Triberg

© José A. Guerrero



La fabricación de relojes de madera grabada se desarrolló rápidamente en la Selva Negra. La gente buscaba formas de ocupar su tiempo de manera productiva durante los fríos meses nevados del invierno, y la elaboración de relojes les ofreció esa posibilidad. La madera era abundante y los relojes primitivos se hacían enteramente en madera, hasta los engranajes.

El reloj cucú tradicional se fabrica en madera embellecida con un techo inclinado y algún motivo selvático grabado, como por ejemplo una cabeza de venado o un racimo de hojas. Unas pesas de hierro fundido en forma de piñas y suspendidas de cadenas activan los engranajes.

Hoy por hoy los relojes pueden ser mucho más sofisticados. Parejas de baile en trajes tradicionales se mueven automáticamente al sonido de una caja de música, la rueda de un molino gira, un granjero corta leña, hasta el sereno hace sus rondas cada hora en punto. El mismo cucú mueve sus alas y pico e incluso se mece hacia delante y atrás cuando canta. Todo un prodigio de imaginación y arte.

Ha pasado mucho tiempo desde que se hacían los relojes enteramente en madera. Actualmente los engranajes son metálicos y por ello son más precisos y fiables. Otras partes del reloj, como los pitos, la cara y las manecillas, se fabrican de plástico, pero la caja se sigue fabricando en madera con grabados a mano.

Volviendo al origen de esta parte del relato, a las cataratas, creo que este lugar es donde la naturaleza parece tener coordenadas reservadas para la belleza. Es una pintura viva de la potencia creadora de la naturaleza, es de una belleza absoluta. Tengo la creencia de que se disfrutará mejor por la mañana y muy temprano, preferentemente antes de que los grupos de excursionistas se apoderen de cualquier rincón desde el que poder ver las majestuosas cataratas del río Gutach. A esas horas, este idílico lugar ha de parecer realmente virgen y yo por mi parte lo situaría lo más cercano a la idea del Edén, cuando Eva aún no estaba en el planeta. Con el transcurrir de las horas, uno se da cuenta de que otros han “descubierto” este sitio al igual que tú y se convierte en un lugar muy visitado por turistas y gente de la región.

Tras ascender más de doscientos metros por unas empinadas rampas las cuales se hacen interminables (momento en el que, asfixiado y con piernas rezagadas, te acuerdas de lo de dejar de comer hamburguesas en el McDonald's) coronamos la primera catarata. Las demás, se suceden una tras otra. La experiencia de ver la catarata más alta de Alemania es única, a pesar de que la sensación de "turistada" no te la quita ni San Pedro.

Pronto comienzan a llegar turistas y más turistas que vienen en autobuses y más autobuses. Son ese tipo de visitas ofrecidas en paquetes turísticos, invitando a pasar todo el día en Triberg para, al terminar la jornada, acabar en una de las tiendas de relojes de cuco comprando uno para regalar a alguien que lo colgará tan contento en el salón de casa. Al ver que “mi paraíso” es invadido por la caterva de turistas de autobús (muy respetables, dicho sea de paso), decidimos descender e irnos con viento fresco a otro lugar menos concurrido. Las aglomeraciones no nos van.

Con el fondo exuberante de los tupidos bosques de la Selva Negra, abandonamos Triberg y nos adentramos, aún más, en su corazón, en el corazón de un bosque en el que, cuando menos te lo esperas, nos encontramos con auténticos paraísos en forma de cascadas y lagunas interiores escondidas entre la frondosidad; lugares donde apetece quitarse la ropa para darse baños en solitario como en aquella película hortera de “El Lago azul”. Las cascadas, los helechos, los árboles, los valles, el mismo bosque, nos marcan el camino que nos lleva a otro lugar paradigmático de la Selva Negra, a nuestra próxima parada: Titisee.





Cataratas del Triberg

© José A. Guerrero



Titísee Neustadt



- Estado: *Baden-Württemberg (Alemania)*
- Habitantes: *11.902*
- Altitud: *863 metros sobre el nivel del mar*
- Coordenadas GPS: *N 47° 54' 06'' – E 8° 08' 57''*
- Ayuntamiento: *Pfauenstrasse, 2*

A las 18:15h llegamos a nuestro destino. Para aparcar, elegimos el parking para autocaravanas que hay junto a la estación de ferrocarril. Es una explanada grande de gravilla donde hay unas treinta autocaravanas aparcadas. No tiene ningún tipo de servicio, ni carga ni descargas de aguas. Es de pago desde las 8:00h hasta las 18:00h (2,50€ durante ese periodo). La pernocta vale 10€ por noche. Viendo que a esta hora ya es gratuito, después de merendar algo ligerito nos vamos tranquilamente hasta el lago y sus alrededores. Tras un agradable paseo de diez minutos, llegamos a uno de los lugares más turísticos de la Selva Negra.



Titisee

© José A. Guerrero



He de reconocer que Titisee, sin llegar a defraudarme, no es lo que yo esperaba. Esto es lo malo de traer tantas expectativas de un lugar así. La primera impresión que da es la de ser una ciudad llena de tiendas de souvenir donde todos compran de todo aunque la mayoría no tengan la menor idea de para qué sirve todo lo que compran, donde lo mejor que venden en algunas tiendas es el jamón de la Selva Negra, el cual seguramente es tan calórico y “engordante” como una hamburguesa del McDonald’s, y donde el incomprometido colesterol encuentra su paraíso gracias a los tocinos, morcillas y otros derivados del cerdo que se venden en la misma tienda del jamón de la Selva Negra, que dicho sea de paso es la única tienda que cierra a las 19:30h en verano, el resto lo hacen a las 18:30h.

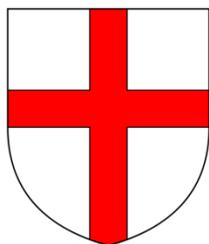
Que diga todo esto no significa que el lugar sea carente de todo interés, sólo digo que a mí no me parece tan, tan, tan maravilloso como algunos me hacían creer. Eso sí, lo que a continuación os describo es uno de los momentos más bellos que he podido vivir en este viaje. Volvería aquí sólo por repetirlo.

Sentados en un banco, las vistas del lago me hipnotizan: pasamos unos minutos viendo cómo baja el sol a beber el agua del lago mientras poco a poco parece desaparecer entre las montañas, cuando ya está saciado de día. Sólo miramos. Inma y Javi se colocan a mi lado. No hablamos; no es necesario. Nuestra compañía, el choque del viento en el agua y una melodía lejana de músicos que se ahogan en profundas canciones alemanas: canciones que salen del alma de la Selva Negra. Miramos como el sol se está poniendo, discreto, sigiloso, pálido... Un sol que se despide, un sol que viaja a España, un sol de luna llena. En el tiempo que contemplamos el ocaso, la acuarela de luces cambia como por arte de magia. El paisaje absorbe de tal manera, que nos regala una perspectiva cercana al corazón. Es una impresionante puesta de sol. En mi retina quedará para siempre la imagen de una calurosa tarde de verano con tres personas sentadas en un banco, ajenas al devenir de la vida, tres personas alejadas por un momento de los problemas diarios. El tiempo, satisfecho con el día, se pone en el lago Titisee.

Y como vinimos de Triberg, nos vamos a Friburgo. Teníamos puestas muchas esperanzas en esta visita, pero no se han cumplido del todo. No sé exactamente por qué razón, pero en nosotros no ha entrado en su plenitud este lugar. Habría mucho de qué hablar de nuestras sensaciones en Titisee, pero siempre acabaría afirmando que no nos ha gustado tanto como el resto de pueblos de la Selva Negra. Serán manías.



Friburgo (Freiburg im Breisgau)



- Estado: **Baden-Württemberg (Alemania)**
- Habitantes: **217.547**
- Altitud: **280 metros sobre el nivel del mar**
- Coordenadas GPS: **N 47° 59' 49" – E 7° 51' 13"**
- Ayuntamiento: **Rathausplatz, 2**

Mi padre era un disfrutador como pocos de los placeres de la vida, un día decidió quedarse calvo para no tener un pelo de tonto. Era listo... Por su conocimiento exhaustivo de Alemania, me había aconsejado visitar Friburgo si alguna vez volvía por el país que me había visto nacer. Su sugerencia se aproximaba bastante a mi idea de Alemania y, al principio, aunque le escuchaba como aquel que no toma en mucha consideración las palabras que te suelta tu progenitor en un arranque de paternidad, las anoté en mi memoria de niño para llevarlas a cabo cuando tuviese la edad de poder viajar sólo, sin ayuda de mis mayores. Su particular y emocionada descripción de esta ciudad, terminó como una rotunda afirmación: es la ciudad más limpia y más verde de Alemania. Mi padre ya me había metido el veneno.

La llegada a Friburgo, es una llegada de sábado por la tarde en Madrid. El tráfico en las carreteras de circunvalación de la ciudad es intenso. Durante el trayecto, de unos diez minutos aproximadamente, atravesamos las zonas residenciales de Friburgo. Se ven amplios parques y jardines, avenidas kilométricas con edificios oficiales y una limpieza inusual en una gran ciudad, sobre todo si fuese española: en suma, otra ciudad alemana. A medida que nos acercamos al área de autocaravanas de Friburgo, me siento más impresionado por este país.

Al entrar al área de autocaravanas comprobamos que los sitios libres brillan por su ausencia. Gracias a la generosidad de un matrimonio luxemburgués, conseguimos aparcar la autocaravana entre ellos y un italiano con cara de estreñido. Seguro que, empachado de pasta, y sin defecar en los últimos cuatro días, le ha molestado tanto barullo. Italiano él, se muestra altivo y desafiante cual pavo real en el zoo de Madrid. Capullos los hay en todos lados.

Una de las grandes ventajas de viajar es que uno va conociendo todo tipo de personas, lo que ayuda bastante a superar la timidez, y a quitarse absurdos prejuicios infantiles. Los hay de todos los géneros: masculino y femenino, neutro; variaciones de los anteriores... Pero, sin lugar a dudas, hay uno que sobresale sobre todos, cuyos miembros pueden pertenecer a cualquiera de los anteriores y que dejan una huella imborrable en nuestros recuerdos: son los pertenecientes al género "personas inolvidables".

Y a ese género pertenece François, Paco como le gusta que le llamen, un luxemburgués que habla un castellano tan perfecto que cualquiera diría que es de Valladolid. Culo de mal asiento, se ha recorrido media Europa y parte de la otra y ha vivido en España muchos años. Siempre es de agradecer las muestras de solidaridad en este mundillo, y como de bien nacido es ser agradecido, un apretón de manos de los que sellan una amistad, sirve de presentación y de agradecimiento.

Le veo con ganas de hablar, así que acepto inmediatamente: hay invitaciones que son auténticos regalos. Allí, de pié, casi a oscuras por la tardía hora, hablamos de todo, de nada en particular. Queremos saber cosas sobre nuestros países, de nuestras vidas.



Nuestra conversación es ordenada, de escucha; es de esas conversaciones que no quieres que se acabe nunca. Hablamos de España y viaje a Sevilla, a las playas de Cádiz, a los campos de trigo y cebada de Castilla, al corazón de mi frío y helado Aranjuez en invierno, al suelo húmedo y dulce de los pastos siempre verdes del norte, al levante de la arena de sol esparcida por aguas de plata; al olivo de Jaén, a la encina de Ávila, al almendro y a la jara. Hablamos de unos ojos que ya no existen, de un brindis inacabado en una cena triste, de una conversación con interferencias porque no hay cobertura, de las punzadas que da la vida que vierte en las venas los recuerdos presentes y futuros; de los libros que leímos y que nunca comprendimos, de sus sueños, de los míos, del corazón de mis amigos y de los suyos. Más palabras, más viajes.

Y llega un momento en el que me recojo en la sonrisa de quien ha vivido la vida con pasión tímida, serena, sin fingidas manifestaciones de sentimientos, sin ocultar los ojos en las miradas de mentira. Con Paco sueño con sonrisas familiares, con los años pasados, con olores de navidad, con goles geniales de Futre, con cerveza adornada de tertulia un domingo por la tarde; con tardes aburridas y melancólicas, con un futuro mejor que nunca llega.

Ya de noche cerrada, y bastante cansados de la paliza del día, nos despedimos hasta mañana de Paco y de su esposa. Ellos cenan pronto, pero nosotros aún no lo hemos hecho.

Si me lo permitís, dejadme una noche más ser el protagonista de mi historia, dejadme una noche más soñar, pero sobre todo, dejadme que os diga que este país, sus gentes y sus visitantes, me tienen enamorado.

RESUMEN DEL 9º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	139	2.822 acumulados
Gastos de Gas-oil	76,70 litros a 1,369€/L (Gasolinera de Breitnau)	105€
Entradas Abadía de Alpirsbach		7,50€ (Adultos 3€ / Niños 1,50€)
Entradas a las Cataratas de Triberg		5,90€ (Adultos 2,50€ / Niños 0,90€)
Área de Autocaravanas de Friburgo		7€ + 1€ por el agua

- Los datos aquí expresados están anotados el 9/08/2008



COORDENADAS GPS:

Parking en Alpirsbach

Bahnhofstrasse

N 48° 20' 35.35"

E 8° 23' 50.59"

(N 48.34315 - E 8.39739)



Parking en Alpirsbach

© José A. Guerrero

Parking en Triberg

Schwendisstrasse (son como boxes de F1)

N 48° 07' 01.66"

E 8° 13' 48.00"

(N 48.13101 - E 8.23001)

Hay otro parking gratuito. Las coordenadas son:

Wallfahrtstrasse

N 48° 07' 51.12"

E 8° 13' 41.36"

(N 48.13086 - E 8.22815)



Parking en Triberg

© José A. Guerrero

Área de Autocaravanas en Titisee

Neustädterstrasse

N 47° 54' 16.25"

E 8° 09' 22.86"

(N 47.90450 - E 8.15634)



Área de Autocaravanas en Titisee

© José A. Guerrero

Área de Autocaravanas en Friburgo

Bissierstrasse

N 47° 59' 58.77"

E 7° 49' 32.48"

(N 47.99966 - E 7.82569)





PERNOCTA EN FRIBURGO:

Área de Autocaravanas de Friburgo

Bissierstrasse

79114 Freiburg

Si vais por la A5, coger la salida 62

Coordenadas GPS: N 47° 59' 58.77" - E 7° 49' 32.48" (N 47.99966 - E 7.82569)

Situada a unos 25 minutos andando del centro de la ciudad y perfectamente comunicada por tranvía, es el lugar ideal para pernoctar en Friburgo. El precio por noche es de 7€ e incluye conexión gratuita Wi Fi a Internet con contraseña, la cual tendréis que solicitar cuando paguéis en la recepción (en agosto de 2008 la contraseña era *hallohallo*). Tiene zona de carga y descarga de aguas y luz en algún aparcamiento. El precio por unos 90/100 litros de agua es de 1€ y el de la luz quiero recordar que era de 0,50€ el Kw. Este último dato no os lo puedo asegurar ya que nosotros no nos conectamos a la red eléctrica. No tiene servicios públicos. El número de plazas es de unas 50 y está abierta todo el año. La estación de tranvía de Runzmattenweg está a unos 300 metros del área, a escasos cinco minutos andando.



Área de Autocaravanas de Friburgo

© José A. Guerrero





OFICINAS DE TURISMO Y PUNTOS DE INFORMACIÓN:

Alpirsbach

Haupt Strasse, 20
72275 Alpirsbach
Tel.: 7444 9516281
Fax: 7444 9516283
Web: www.stadt-alpirsbach.de
E-mail: tourist-info@alpirsbach.de

Triberg

Wallfahrtstrasse, 4
78098 Triberg im Schwarzwald
Tel.: 7722 86 64 90
Fax: 7722 86 64 99
Web: www.triberg.de
E-mail: tourist-info@triberg.net

Titisee

Strandbadstrasse, 4
79822 Titisee-Neustadt
Tel.: 7651 98040
Fax: 7451 980440
Web: www.titisee.de
E-mail: touristinfo@titisee.de





Friburgo

© José A. Guerrero



CAPÍTULO 10 / Domingo 10 de agosto (Friburgo - Mühlhausen): 340 Km.

Friburgo (Freiburg im Breisgau)

Nos despertamos pronto, a las 7:30h de la mañana, cuando el sol no calienta tanto y los mosquitos están durmiendo todavía.

El desayuno, como de costumbre, es la comida más fuerte del día. Tan fuerte que pienso que con lo que nos hemos preparado tenemos hasta la cena. También como de costumbre, Javi se lleva la mejor parte.

Siguiendo las indicaciones de Paco, en poco menos de cinco minutos encontramos la estación de tranvía de Runzmattenweg que está a escasos trescientos metros del área. Entre una familia italiana y nosotros deducimos que el billete de ida y vuelta nos cuesta 2€ por adulto y 1,20€ para los niños. Es más que probable que no sea así, pero como de alemán entendemos lo justito, damos por correcta las explicaciones en su lengua madre de una amable señora que, periódico en mano, se afana en explicarnos con todo lujo de detalles los multiprecios indicados en una tabla de los distintos tipos de billetes.

Para llegar al Altstadt (casco viejo) de Friburgo lo mejor es bajarse en la parada de Bertoldsbrunnen, o lo que es lo mismo, en la mismísima Kaiser-Josephstrasse, la calle comercial por excelencia de la ciudad. Ya sabéis, tiendas, centros comerciales tipo Corte Inglés, hamburgueserías, pizzerías, etc, etc. Se podría decir que son los Campos Elíseos de Friburgo, si se me permite la comparación.

Los domingos en cualquier ciudad, se diferencian de otros días en que hay menos tráfico y gente en las calles. Cuando estoy de vacaciones, me pasa una cosa muy extraña cuando visito una ciudad en domingo: no me parece que sea domingo y, días que son lunes, parecen jueves, pierdo la noción del tiempo: un poco raro, un poco loco, igual son cosas mías. O la edad.

Sobra decir que es domingo, creo que os habréis dado cuenta. A las 9:00h en punto llegamos en el tranvía al centro de la ciudad, una ciudad tranquila, infinitamente tranquila gracias a que el centro es totalmente peatonal, sólo el tranvía y los autobuses urbanos tienen permitido el tránsito. Diría incluso que me resulta demasiado tranquila, aunque esa apreciación desaparece a partir de las doce del medio día.

Dicen que Friburgo no quiere que se la compare con otra ciudad, pero creo que es inevitable. A mí me recuerda a muchos de los pueblos de la Ruta Romántica, en especial a Würzburg. La Rathausgasse podría ser cualquier callecita de esa ciudad alemana con sus románticas farolas y su arquitectura inconfundible.

En casi todas las calles peatonales del Altstadt aún se conservan los pequeños canales que transportaban agua no potable procedente de los manantiales de las montañas que rodean la ciudad para el consumo sanitario.



El agua potable era abastecida mediante canales de madera a las 50 fuentes con las que contaba la ciudad. Los Bächle, que es como se conoce por aquí a las pequeñas acequias de piedra arenisca, también eran usados para la lucha contra incendios y para abrevaderos del ganado. En la actualidad sirve para apaciguar el cansancio en los pies de los turistas. Menos mal que el caudal fluye a gran velocidad, de lo contrario el agua no estaría tan transparente e inodora como lo está ahora. Tened cuidado ya que es muy fácil meter "las peanas" en el pequeño canal si, absorto, se contempla con la vista elevada, las maravillas de esta ciudad. Y esto os lo digo por experiencia, mis deportivas aún están mojadas. Por cierto, he leído por ahí que hay una leyenda que dice que el/la turista que cae en uno de los riachuelos estos se casará con un/una natural de Friburgo... Lo dejo ahí.



Rathaus y Oficina de Turismo. Friburgo

© José A. Guerrero

Entre adoquines grises, guijarros de media luna de colores y baldosas calcáreas, caminamos de punta a punta. Casi sin pestañear, vale la pena contemplar, durante todo el trayecto, los ornamentos de las fachadas y de las puertas que asoman de las viviendas de entramado de madera. Tengo la sensación de estar caminando simultáneamente por dos ciudades distantes y distintas, pero con un toque similar.

También en la Rathausgasse, si sois observadores, podréis ver pequeñas placas doradas ancladas al suelo señalando las casas donde vivían judíos que fueron deportados a los campos de concentración nazis durante la Segunda Guerra Mundial. El nombre del deportado, la fecha y su destino: Dachau, Mauthausen, pero sobre todo uno aterrador se repite constantemente, el de Auschwitz.



Quizá sea una de las más bellas y radiantes catedrales de las muchas que he visto en mis viajes. Sólo basta alzar la vista desde la esquina de la Kaiser-Josephstrasse con la Münsterstrasse para observarla, imponente y lujosa, con la brillantez propia de un diamante pulido con perfección. Me estoy refiriendo a la catedral de Friburgo, a la Münster, como la llaman los alemanes, una verdadera joya arquitectónica que se tardó más de 300 años en acabar, y que posee la aguja más esbelta y más bella de la cristiandad. Al observarla de cerca, el cuello se estira a más no poder y los ojos tratan de encontrar la punta de su esbeltez. Escalarla con la mirada, puede dejar más de un cuerpo contracturado. Tanta belleza bien vale un esfuerzo. Lo malo es que lo que no han conseguido los ejércitos ni el paso del tiempo lo van a conseguir las palomas, que por miles habitan en cualquier rincón, y que día tras día agotan las piedras y desdibujan esta maravilla. Este es un mal endémico de muchos lugares que hemos visitado, y el más llamativo es la plaza de San Marcos de Venecia. Friburgo no llega a ese extremo pero no se ha de descuidar.



Münsterplatz. Friburgo

© José A. Guerrero

La catedral de Friburgo se viste de romería de domingo: los fieles organizados por familias acuden a misa de doce. A esta hora, un runruneo constante invade el templo, una hilera de murmuraciones que reverberan en las hermosas vidrieras. Unas vidrieras soberbias. Son como una pintura gótica. Los rosetones y ventanales, saturados por la mezcla de colores y sometidos violentamente a la luz del sol, generan un mundo irreal, una atmósfera de ensoñación. Los cristales de colores, entrelazados por delgadas líneas de plomo, plasman escenas religiosas y cotidianas suplantando a los murales pintados en la pared. La Münster es como un caleidoscopio gigante que te abraza por la calidez que inunda su interior. Los rayos luminosos calan con fuerza los inmensos mosaicos multicolores y, parados frente a ellos, no cabe otra posibilidad que sucumbir, absortos, al poderoso juego de la contemplación. Cuando hay misa no nos gusta estar mucho tiempo dentro, tengo la impresión de que estamos violando su intimidad. Para no importunar salimos, mientras, el olor a sándalo impregna el santuario.





Friburgo

© José A. Guerrero



En la Münsterplatz se reúnen la mayoría de edificios más representativos de la ciudad, pero uno llama especialmente la atención, el Historisches Kaufhaus, situado en el lado sur de la catedral. Es muy fácil de identificar ya que la antigua Casa de los Vendedores (Kaufhaus) está pintada de rojo y se sustenta sobre unos soportales de piedra que se usaban como mercado. Dos miradores en voladizo y estatuas de emperadores colman de belleza una de las casas históricas más bellas de Friburgo. Desde las arcadas de esta casa se tiene una vista impresionante de la Münster.

Tras disfrutar durante un buen rato del ambiente incontaminado de Friburgo, de patear sus calles, sus torres, sus puertas y los restos de su muralla, decidimos que es hora de almorzar y entramos al primer y único McDonald's en el que vamos a comer durante nuestro viaje. Nos apetece hamburguesada. Omitimos el menú por obiedad, ya sabéis lo que aquí se come, pero aún así, os diré que el Big Mac estaba de lujo.



Münsterplatz. Friburgo

© José A. Guerrero

Nos queda poco de estar en Friburgo, son las dos de la tarde. La mañana la hemos ocupado en pisar las calles de una ciudad que ya nos está incitando a regresar sin habernos ido. Y de estas, recuerdo, hay unas cuantas en nuestro museo de lugares visitados. Los cinco kilómetros que nos separan del área se me hacen segundos: quiero un atasco de tranvías, un semáforo en rojo, una estación cortada por obras; quiero dar la vuelta; ¡Qué sé yo! Porque hay ciudades de las que da pena marcharse, y Friburgo es una de ellas.



Son lugares donde recoger todos los bártulos de la autocaravana se hace despacio, sin prisas: se desconecta el cable de la electricidad con parsimonia, se colocan con mimo en el maletero los cachivaches que estorban en la célula durante el viaje. Se bajan claraboyas, se cierran puertas y ventanas; son todos y cada uno de los rituales que se hacen cuando te vas de un lugar, pero en ocasiones como esta, se hacen con lentitud, se siente partir.

Antes de salir, nos despedimos de Paco y de su mujer. Es una despedida de amigos que compartimos la misma afición, un gesto de lealtad futura, un “amigos para siempre”. Nos fundimos en un abrazo. Un abrazo de quien se conoce de toda la vida. Un abrazo de padre a hijo.

Al salir del área y volver a pasar por Friburgo, se ve la ciudad desde las ventanas de la autocaravana. Intentamos capturar las últimas imágenes y revisamos con la imaginación las situaciones vividas horas antes, y que horas después estarán ausentes; no miramos por ver si olvidamos algo sino para retrasar el cierre definitivo del recuerdo de esta ciudad que nos acompañará para siempre.



Friburgo

© José A. Guerrero



Mühlhausen-Affing

(Lech Camping GmbH)

A las 18:30h, y tras hacernos 340 kilómetros de un tirón, llegamos a nuestro ya conocido del año pasado Lech Camping de Mühlhausen, a pocos kilómetros de Augsburg. Como siempre, la amabilidad en el trato por parte de la recepcionista es exquisita a pesar de no hablar nada de español. Nos entendemos en inglés; bueno, eso de entendernos es un eufemismo, como bien podéis intuir. Con ese inglés de bachiller que tantos quebraderos de cabeza me da, conseguimos hacer la reserva y muy amablemente la buena señora coge su bicicleta y nos coloca en una parcela compartida con unos cuantos italianos dicharacheros. Como buen español que se precie, y tras haber ganado la Eurocopa, coloco mi camiseta de Fernando Torres y mi bandera española en el parabrisas de la autocaravana. Los gritos de *¡¡¡campeones, campeones, oe, oe, oe!!!* resuenan a lo lejos como música celestial. Una pareja de españoles desde su caravana hacen ondear sus banderas españolas convirtiendo el momento en una prórroga de la final contra los alemanes. Como a los italianos no les hace mucha gracia el jolgorio patrio, optamos por desmontar los bártulos futbolísticos, poner el oscurecedor delantero y saludar a los españoles con menos efusividad de la empleada con anterioridad. Uno de los italianos, orgulloso y picajoso él, saca una bandera azzurra y la coloca en la antena de la auto como el que corona el Everest. Me reservo las palabras que le dedica sottovoce nuestro paisano español; los oídos castos se sentirían ofendidos.

Mientras pasa la tarde, reposo en el sofá de la autocaravana tomando una cerveza sin alcohol, escribiendo sobre Alemania, la que estoy viviendo, la mía. El calor hace incómodo el día y no he tenido más remedio que poner un poco el aire acondicionado ya que esto se ha convertido en un pequeño infierno. Cinco minutos son suficientes para bajar un poco la temperatura ya que el calor y el sudor emborronan los intentos de reorganizar mis apuntes, mis ideas. La tinta se corre y convierte en acuarela abstracta un cuaderno que guarda en desordenada caligrafía no los recuerdos sino los pensamientos de un alma que cada vez es más alemana.

Tras la cerveza, me bebo una botella de agua, ni caldosa ni helada: una botella perfecta para ver pasar media Alemania por mi mente. Con un fondo musical Chillout, intento recordar las experiencias que he vivido los últimos días. Soy muy afortunado. Estoy consiguiendo realizar uno de esos viajes que al regresar se añoran, un viaje que marca, un viaje imaginado con el alma. En los días que llevamos, ya me he perdido y encontrado a mí mismo varias veces: despistado que es uno. Uno creé que todo lo tiene controlado, que sabe cómo es. Pero no es así, te sorprendes a ti mismo. Y, cuando te alejas del quehacer diario, de tu entorno, cuando eliminas los ruidos de los atascos y ves la vida con una perspectiva de viajero ocasional por vacaciones, te das cuenta de que las cosas que te preocupan a diario, muchas veces no merecen la pena porque están manejando tus pensamientos como el viento maneja la arena del desierto.

Decidido a relajarme, me siento en la cama en una posición parecida a la del Loto pero con una pierna sola (lo único que tengo flexible es el cerebro y no siempre...), y medito un buen tiempo sobre un papel que se oscurece con la tarde, dejando volar la imaginación mientras, con los ojos cerrados interiorizo la música.

El cariño por los sitios visitados, lo retuve al hacer mi primer viaje. Los cariños futuros sé que a veces acabarán en la nada y, aún así, necesito constantemente descubrir nuevas cosas: inventar, añorar, amar, sentir, jugar, vivir, imaginar; pero nunca olvidar lo que quiero.



Necesito desaparecer en mi mundo interior, dibujar sobre ideas el paso de la vida, reconocermé en cada paisaje nuevo, sentir los climas: sentir...

Y Alemania en toda su magnitud, ocupa su espacio en el universo de mis recuerdos, al igual que Italia, Holanda, Bélgica, Francia, Portugal y tantos lugares que me han hecho vivir. Todo al final es muy cercano, muy entrañable, muy mío.

Este es mi sueño, mi particular homenaje a unas raíces que, si bien se debilitan con el paso del tiempo, están tan arraigadas que es difícil que algún día se extingan en los mapas del olvido.

Inmerso en mis pensamientos, escucho lejano, la llamada de mi mujer. ¡¡¡A cenar, chicos!!! La cena, de picoteo humilde pero maravilloso, consiste en alitas de pollo, jamón, queso, morcilla de la Selva Negra y salteado de verduras con carne que está francamente bueno; todo ello servido en los cuenquitos de melamina de la vajilla que compramos con tanto cariño en el Corte Inglés cuando estrenamos la autocaravana. Durante esta cena de grasa en los dedos y en los labios, reímos, bromeamos, y charlamos sobre los alemanes, sobre los franceses, sobre los italianos, sobre todos y sobre todo. La verdad es que la cena es más sabrosa que en muchos restaurantes de lujo que pudiera haber repartidos por el mundo. Ver unos ojos de complacencia cuando acabamos de cenar, es el mejor postre que me pueden ofrecer. La de la mirada es Inma.

Agotados, nos vamos a la cama para disfrutar de un merecido descanso reparador. Inma se queda un rato leyendo una guía de viajes y Javi ya duerme hace rato. Son las 22:55h de un domingo de agosto, un domingo que no me ha parecido que fuese domingo. Serán cosas mías. O la edad.



RESUMEN DEL 10º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	340	3.162 acumulados
Billetes de tranvía en Friburgo (Línea 1)		5,20€ (Adultos 2€ / Niños 1,20€)
Lech Camping en Mühlhausen		29€ + 3€ por Internet

- Los datos aquí expresados están anotados el 10/08/2008



COORDENADAS GPS:

Lech Camping en Mühlhausen

Seeweg, 6

N 48° 26' 16.11"

E 10° 55' 46.63"

(N 48.43781 - E 10.92962)



OFICINAS DE TURISMO Y PUNTOS DE INFORMACIÓN:

Friburgo

Rathausplatz, 2-4

79098 Freiburg

Tel.: 761 3881 880

Fax: 761 37003

Web: www.freiburg.de

E-mail: touristik@fwtm.freiburg.de





PERNOCTA EN MÜHLHAUSEN:

Lech Camping GmbH (***)**

Seeweg, 6

86444 Mühlhausen-Affing

Coordenadas GPS: N 48° 26' 16.11" - E 10° 55' 46.63" (N 48.43781 - E 10.92962)

Tel.: 08207 2200

Fax: 08207 2202

E-mail: info@lech-camping.de

Web: www.lech-camping.de

Situado a 6 kilómetros de la ciudad de Augsburg.

Horario de recepción: de 7:00h a 12:00h y de 14:00h a 21:00h.

Camping abierto desde el 14 de marzo hasta el 21 de septiembre.

No hablan castellano.

Frente al Camping hay una parada de autobús para desplazarse a Augsburg.

Precios en agosto de 2008:

- Adultos: 6€
- Niños de 2 a 15 años: 3€
- Suplemento por persona y día: 0,50€
- Autocaravana: 9,90€
- Electricidad (16A): 2,60€
- Conexión a Internet: 3€ por una hora



Lech Camping visto desde el Google Earth © Google Earth



CAPÍTULO 11 / Lunes 11 de agosto (Mühlhausen - Mauthausen - Hallstatt): 496 Km.

Hace calor, mucho calor. La lluvia de días atrás deja paso a un sol immaculado, su brillante luz nos ciega de forma abrumadora. En días como este, las gafas oscuras son obligadas para los que tenemos los ojos claros. Es el precio que hay que pagar. Todo hace presagiar que la jornada va a ser intensa.

Dejamos el camping Lech de Mühlhausen para salir en dirección a Mauthausen pasando por Múnich. En la circunvalación, vemos a nuestra derecha el Allianz Arena, el campo de fútbol del Bayern de Múnich. Nos desviamos para hacernos las fotos de rigor. Unas fotos que habrá que guardar como oro en paño para cuando el Atleti sea aquí campeón de algo, aunque no sepamos de qué...

Una vez immortalizados frente al neumático blanco (que es a lo que se parece el estadio del Bayern), seguimos nuestro camino. Apenas hay sobresaltos, sólo aburrimiento y cansancio por lo mala que es la carretera hasta llegar a Austria. Algunos tramos de autopista nos salvan del tedio de ir detrás de los camiones durante muchos kilómetros, por momentos, adelantar es una utopía. ¿Nos habrá metido el TomTom por una carretera de tercera?



Allianz Arena. Munich

© José A. Guerrero



Al cruzar la frontera, me “como” la oficina donde se compra la Vignette como el que se zampa un semáforo en rojo sin darse cuenta. En mi descargo diré que las indicaciones de que ya estamos en Austria son más bien escasas. Diez kilómetros después de cruzar la frontera, nos detenemos a comprar la Vignette en una gasolinera. Aprovecho también para estirar un poco mis entumecidas piernas. Esta tarjeta, la cual se adhiere al parabrisas de la autocaravana, sirve para circular por las autopistas austriacas durante un tiempo limitado. Las hay para todo el año, para dos meses, o para diez días. Esta última es la que compramos nosotros por 7,70€. Si te para la policía y no la llevas, te expones a una multa de 200€, más el importe de la tarjeta.

Para dispensarme la Vignette, el propietario de la gasolinera se levanta de una de las mesas de un pequeño bar, él y otros cuatro hombres, hablan de forma muy animada. En este momento me gustaría ser uno más de ellos: son cosas difíciles de explicar. Se los ve contentos. Se están bebiendo un cajón de botellas de cerveza de medio litro sentados en la mesa del bar. Aprovecho para comprar una botella de agua y me miran con una curiosidad fuera de lo normal. Si supieran que en el maletero de la autocaravana llevo seis cajas de cerveza Alpirsbacher Klosterbräu me mirarían con ojitos más tiernos. Les miro, les sonrío, les guiño un ojo con complicidad cervecera y salimos a la carretera con nuestra pegatina recién estrenada rumbo a Mauthausen. Ya estamos tranquilos, podemos circular sin problemas. De los austriacos del bar no diría yo lo mismo, ni andando marcharían rectos...



Mauthausen



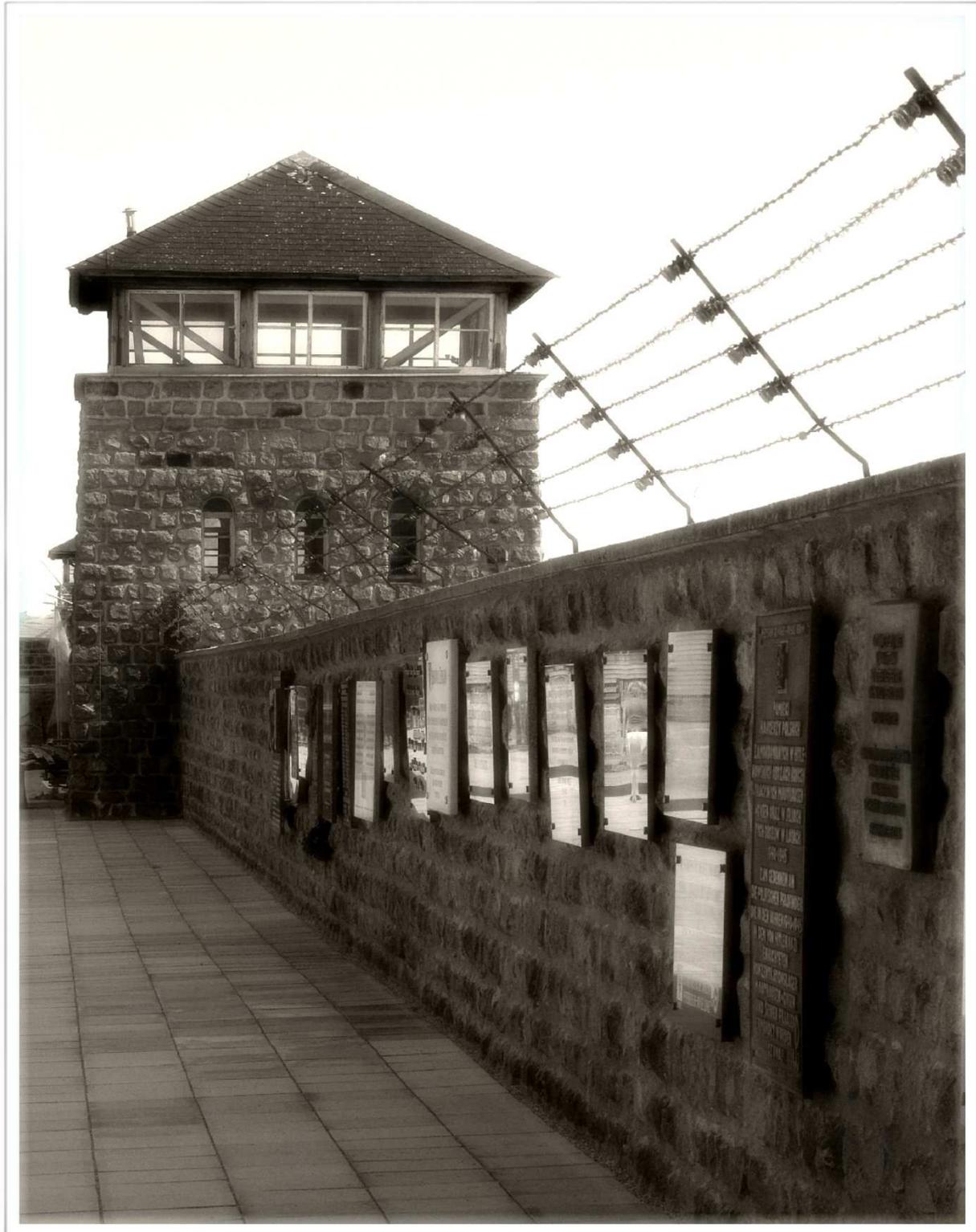
- **Estado:** Alta Austria (Austria)
- **Habitantes:** 4.850
- **Altitud:** 246 metros sobre el nivel del mar
- **Coordenadas GPS:** N 48° 14' 27" – E 14° 31' 01"
- **Ayuntamiento:**

A las 13:30h estamos circunvalando la ciudad austriaca de Linz donde, he de reconocerlo, nos perdemos dos veces porque el TomTom pierde la señal al pasar por varios túneles y porque el cisma de carreteras es de padre y muy señor mío. Por momentos creo estar es una especie de espiral de carreteras, cruces y señales de la que me veo incapaz de salir. Afortunadamente el navegador recupera su confianza (y yo también en él) y conseguimos salir del laberinto en el que nos habíamos metido. Con la tranquilidad de ver todo más fácil, van apareciendo las indicaciones del desvío al campo de concentración de Mauthausen que hasta ahora nos parecían ocultas; la señalización es de color verde y quiero recordar que pone "Geschichte des KZ Mauthausen".

Bordeando el Danubio, y tras pasar los pueblos de Enns y Ennsdorf, a poco menos de 20 kilómetros de Linz encontramos la señal de desvío al campo de concentración. Para llegar a él hay que ascender unos cuatro kilómetros por una pronunciada carretera llena de curvas, os puedo asegurar que no comprendo cómo muchos presos soportaban esta subida andando. El apacible y coqueto pueblo que da nombre al campo lo dejamos atrás. Al salir de una de las curvas emerge el monstruo de piedra en el que se convirtió el campo de concentración de Mauthausen. Las aterradoras torres de vigilancia del campo nos dan la bienvenida.

ADVERTENCIA: Lo que vais a leer a continuación es el capítulo del relato dedicado al Campo de Concentración de Mauthausen. Tanto su historia, como la visita que hicimos el lunes 11 de agosto de 2008, quedan reflejadas en las siguientes páginas. La dureza de muchas de sus fotografías y de algunas partes del texto, puede herir la sensibilidad del lector, por lo que, si sois personas muy impresionables, sería mejor que os saltarais esta parte. Es un consejo. GRACIAS.





KZ Mauthausen

© José A. Guerrero



La historia del campo de Concentración de Mauthausen

El pueblo de Mauthausen se encuentra en Austria, a unos 20 kilómetros de Linz y muy cerca del lugar donde nació Hitler. Para los que no hemos vivido las atrocidades que aquí se dieron, se podría decir que es un paraje maravilloso, con el Danubio bañando sus tierras y todo él rodeado de vegetación y de las típicas casitas de entramado. Tras la anexión de Austria por parte de la Alemania de Hitler, se comenzó a construir a tan sólo seis kilómetros del pueblo el campo de concentración conocido como KZ Gedenkstätte Mauthausen. La elección del lugar no fue casual. La cantera de granito Wiener-Graben era la causa: en ella habían de trabajar los presos.

Entre 1938 y 1945, a este campo llegaron, hacinados en trenes, cerca de 200.000 deportados. Sus habitantes no podían desconocer lo que ocurría a poca distancia: el olor de los cuerpos incinerados en el crematorio impregnaba el aire a todas horas. Mauthausen era el centro de una constelación de sesenta y siete pequeños campos repartidos por toda Austria. En 1941 Himmler, el ideólogo nazi de los campos de exterminio, ordenó una clasificación de los campos de concentración por categorías, y Mauthausen, en ese momento, era el único campo nazi de la categoría III, la de los prisioneros considerados irrecuperables. Esa categoría quedó reservada para aquellos campos con las peores condiciones, y en el caso de Mauthausen, como veremos, no cupo la menor duda de que cumplió a la perfección tal premisa.

En una primera fase, entre los años 1938 y 1940, la mayoría eran prisioneros polacos, presos comunes austriacos y alemanes y disidentes políticos. En agosto de 1940 llegaron los primeros 392 presos españoles de un total de 7.685 inscritos en los archivos de las SS hasta el final de la guerra. Después les tocaría el turno a los rusos, checos, resistentes franceses, yugoslavos... Los últimos vinieron de los campos de concentración de Auschwitz y Buchenwald, evacuados a medida que el ejército alemán cedía terreno.

Mauthausen fue liberado el día 5 de mayo de 1945, tres días antes de la rendición del Reich. Allí fueron asesinados 119.000 hombres, entre ellos al menos 5.200 españoles.



Campo de Concentración de Mauthausen



El Campo

En julio de 1938 se comenzó la construcción del llamado "campo de los españoles", y sus primeros prisioneros, en su mayor parte presos comunes austriacos transferidos del Campo de Concentración de Dachau, llegaron el 8 de agosto, es decir, a los pocos días. Ellos mismos iniciaron las obras que no finalizarían hasta 1942, aunque fueron albañiles españoles quienes construyeron la fortaleza casi en su totalidad. Cada piedra de Mauthausen representa la vida de un español.

Mauthausen llegó a constar de tres secciones principales:

Campo I: campo regular.

Campo II: área de talleres del campo, donde los prisioneros realizaban trabajos forzados para empresas y proyectos de la SS (en la primavera de 1944, estas barracas fueron habilitadas para albergar prisioneros).

Campo III: campo de cuarentena, construido para mantener a los prisioneros recién llegados aislados de los demás prisioneros.

Al sur del campo principal, junto a la vía de entrada, se encontraba el campo del hospital. Llamado también el "campo de los rusos", fue construido originalmente para prisioneros de guerra soviéticos. A partir de la primavera de 1943, los prisioneros enfermos o débiles se mantenían en esta enfermería, donde recibían poco o ningún tratamiento y se enfrentaban a una muerte prácticamente segura.

A la izquierda de la explanada destinada a pasar lista, había cinco barracones de madera perfectamente alineados que, con otras cuatro filas de igual número, componían los 25 destinados al "albergue" de los presos. El número de barracas se triplicaría posteriormente con la llegada masiva de esclavos. Como no todos cabían en el complejo, Franz Ziereis, único comandante que tendría Mauthausen, y del que más tarde hablaremos, tomó la decisión de cercar con alambre terrenos situados al norte y al oeste del complejo principal, donde judíos húngaros y soldados rusos capturados, vivirían todo el año a la intemperie.

A la derecha, a lo largo del muro exterior, se hallaban tres grandes edificios de piedra gris idéntica a los muros del campo. El primero contenía en su sótano las iniciales duchas, a las que más tarde se añadió una cámara de gas. En otro, las calderas para la desinfección de las ropas. El tercero, el más tétrico, contenía dos hornos crematorios provistos de una alta chimenea que vomitaba humo, llamas y un olor nauseabundo. Imaginando que tales instalaciones estaban destinadas a la calefacción de los barracones, jamás se hubiese supuesto que las llamas surgentes eran provocadas por la combustión de cuerpos humanos asesinados en el campo exterminador.

En un área cercana a estos tres edificios, los alemanes fusilaban a los prisioneros que habían sido enviados al campo para ser ejecutados.

En el lado opuesto se encontraba el campo de tiendas, compuesto por 16 grandes tiendas de campaña, erigidas en otoño de 1944 para albergar a los numerosos grupos de judíos húngaros que iban ingresando. El área de administración y los cuarteles de la SS se hallaban en el área occidental del campo.



Las alambradas se encontraban apenas a dos metros de las barracas 1, 6, 11 y 16, y estaban sostenidas con postes de madera y enganchadas en aislantes de porcelana. En el primer poste una placa metálica con la inscripción *Vorsicht! Lebensgefär* (atención, peligro de muerte) avisaba de que la valla estaba electrificada con una tensión de 5.000 voltios.

Potentes reflectores giratorios que iluminaban durante la noche el perímetro del campo, altos muros infranqueables y alambradas electrificadas convencían a los presos de que las evasiones eran prácticamente imposibles. A ello, había que añadir la vigilancia de los SS, con perros y metralletas cada doce metros y los "Kapos" que, portando una vara de buey con alambres, eran los encargados de realizar el trabajo sucio. El Campo de Concentración de Mauthausen se convirtió, con el paso de los años, en una verdadera fortaleza medieval construida con piedras de la cantera de Wiener-Graben y levantada con el sudor de los deportados.



Campo de Concentración de Mauthausen



Los Kapos

De entre los prisioneros, los SS escogían a algunos como kapos. Éstos contaban con una serie de privilegios, que en la mayoría de los casos, se ganaban gracias a la crueldad con que se empleaban con los prisioneros. Su tarea consistía en hacer cumplir las normas, y para ello no dudaban en emplear toda la violencia necesaria, casi siempre de forma caprichosa y cruel. Habían decidido salvar su pellejo aún a costa de traicionar a sus propios compañeros. Los primeros kapos fueron presos comunes alemanes (llevaban un triángulo verde en sus trajes). Eran temidos por sus actitudes. A la mayoría de ellos se les pusieron apodos. Los más conocidos, eran King Kong, Popeye, Sélter y el Gitano. Fueron capaces de acabar con sus propias manos con la vida de cientos de sus compañeros de campo. Tampoco faltaron kapos españoles; varios supervivientes han recordado los casos de José Pallejá (el Negus), Indalecio González, Joaquín Espinosa, Laureano Navas y Félix Domingo. El peor de todos fue Indalecio González. En un incidente especialmente trágico en septiembre de 1944, González mató a siete prisioneros empujándolos a un pozo lleno de excrementos humanos. Llegado el momento de la liberación del campo de Mauthausen, no pocos de estos kapos fueron víctimas de quienes tuvieron que padecer largo tiempo su indiscriminada violencia. La mayoría, sin embargo, logró escapar.

Los Prisioneros

A principios de octubre de 1938, Mauthausen tenía 565 prisioneros, en su mayoría políticos y criminales comunes. En diciembre de 1939, el número de prisioneros había aumentado a 2.772, principalmente criminales, "asociales" comunistas, socialistas, opositores políticos, gitanos y objetores religiosos, incluyendo Testigos de Jehová. A todos ellos, los nazis los denominaban *Volksschädlinge*, algo así como parásitos del pueblo. Posteriormente, también comenzaron a ingresar en el campo, opositores nazis de los países ocupados, así como militares británicos y americanos.

En diciembre de 1940: 8.200 prisioneros. En diciembre de 1941: 15.900. En diciembre de 1942: 14.000. En diciembre de 1943: 25.607. En diciembre de 1944: 73.392 prisioneros (hasta mediados de 1944 hubo relativamente pocos judíos, pero entonces comenzaron a llegar en gran número desde Hungría y Auschwitz, así como transferidos desde otros campos).

Los republicanos españoles fueron deportados a diferentes campos de concentración pero a Mauthausen fue a parar el grueso, 7.685 deportados, de los cuales únicamente sobrevivieron 2.421. El 6 de agosto de 1940, llegó al campo el primer contingente de españoles, provenía del Stalag XIII A, situado en Moosburg, cerca de Múnich, eran 392. El 28 de agosto de 1940 llegó un segundo grupo de españoles procedente de Angoulême en el "Convoy de los 927" formado por 470 hombres. El 13 de diciembre de 1940 llegaron 849 hombres. A finales de 1941, ya habían ingresado en el campo 6.920 españoles.

Como vemos, la mayor parte de los republicanos llegó entre 1940 y 1941 y falleció este último año o el siguiente. De hecho, en septiembre y octubre de 1941 todos los muertos de Gusen fueron españoles.

En 1942, más de la mitad de los prisioneros eran de origen español. Por esas mismas fechas, Francisco Franco mantenía su delirio pronazi y su convicción en la victoria de la barbarie hitleriana a la cual manifestaba su total apoyo: en un discurso dado en la audiencia militar de Sevilla del 14 de febrero de 1942, afirmaba que:



“Si el camino de Berlín fuese abierto, no sería una división de voluntarios españoles la que allí fuera, sino que sería un millón de españoles los que se ofrecerían para defender la capital del Reich”.

En septiembre de 1944 se creó un campo de trabajo para mujeres, con el primer transporte de prisioneras procedentes de Auschwitz, Ravensbrück, Bergen-Belsen, Gross-Rosen y Buchenwald. A comienzos de abril de 1945, más de 2.500 prisioneras procedían de los subcampos femeninos de Amstetten, St. Lambrecht, Hirtenberg y Freiberg (un subcampo de Flossenburg).

A partir del campo central de Mauthausen, y debido a la continua llegada de prisioneros, se fue desarrollando gradualmente y de manera reforzada desde el año 1943, un complejo sistema de campos anexos que los alemanes llamaban *“Kommandos”*, a los cuales los prisioneros eran distribuidos y forzados principalmente al trabajo en la industria de armamento. Uno de ellos fue el de Gusen, a tres kilómetros del central de Mauthausen. Si las condiciones de vida en Mauthausen eran calamitosas, en el campo de Gusen eran aún peores. Era un lugar de exterminio rápido al que se mandaba a los internos que ya no tenían fuerzas para seguir trabajando. Allí acababan en la cámara de gas y en los hornos crematorios encendidos día y noche. El espeso olor de la carne quemada impregnaba el campo y sus alrededores.

Los subcampos más importantes de este complejo eran: los 3 subcampos de Gusen (26.311 internos), Ebensee (18.437), Gunskirchen (15.000), Melk (10.314), Linz (6.690), Amstetten (2.966), Wiener-Neudorf (2.954), Schwechat (2.568), Steyr-Münichholz (1.971), Schlier-Redl-Zipf (1.488).

Algunos de los deportados, extenuados por el trabajo, ya no llegaban a la prisión terminal de Gusen porque eran eliminados en el propio Mauthausen con una inyección de bencina en el pecho, o en el llamado "camión fantasma" que servía de ambulante cámara de gas.

Tras la visita al campo del jefe de las SS Heinrich Himmler, fueron tratados con especial crueldad, y entre 1941 y 1942 miles de ellos perecieron en aquel infierno. En el momento de la máxima "ofensiva", llegaron a morir unos 3.000 en un periodo de sólo tres meses. La mayoría lo hizo en el campo anexo de Gusen, donde en un solo día perdieron la vida setenta españoles.

Con la llegada masiva de prisioneros soviéticos, fueron éstos - junto a los judíos - las víctimas preferidas de los nazis, y para ellos se creó un segundo campo en Gusen. Paradójicamente el ensañamiento con los nuevos deportados rusos alivió algo la situación de los españoles.



Visita de Himmler al Campo de Concentración de Mauthausen



Españoles: La Llegada al Campo

El 24 de agosto de 1940, un tren con 927 refugiados españoles salía de la estación de Angoulême, en la región francesa de la Charente. Las tropas alemanas de Hitler habían conseguido dividir a Francia en dos y Angoulême quedaba en la zona ocupada. Los refugiados españoles creían que los llevaban a la zona no ocupada, pero pronto se dieron cuenta de que iban hacia el Norte. Esto se produce porque Ramón Serrano Súñer, cuñado y ministro de Exteriores de Franco, decide desentenderse de ellos. Documentos encontrados con posterioridad prueban que la Embajada alemana en Madrid preguntó, el 20 de agosto de 1940, al Ministerio de Asuntos Exteriores español, si quería hacerse cargo de los “2.000 rojos españoles” que se encontraban en Angoulême. Ante la ausencia de respuesta por parte de la diplomacia española, la Embajada del III Reich repitió la pregunta una semana después, y además de insistir sobre los mismos refugiados, añadía si querían hacerse cargo también de otros cien mil republicanos españoles que estaban en campos de concentración instalados en los territorios franceses ocupados por las tropas alemanas. En esta segunda carta, hacían constar que en el caso de que las autoridades españolas se negasen a acogerlos, ellos tenían el propósito de alejarlos de Francia. Otras dos cartas más redactadas en idénticos términos, una fechada el 13 de septiembre y la otra el 3 de octubre de 1940, demuestran el abandono del gobierno franquista para los refugiados españoles. Para el gobierno español, más concretamente para Serrano Súñer, “... *no había españoles fuera de España...*”.

El 28 de agosto, cuatro días más tarde de su salida de Francia, a primera hora de la mañana llegó al campo de concentración de Mauthausen el segundo gran contingente de españoles. Eran los del “Convoy de los 927” proveniente de Angoulême. El viaje en tren, en pleno verano, representaba todo un calvario para los prisioneros, hacinados en vagones, sin agua ni comida, y obligados a orinar y defecar en esos recintos cerrados. Al bajar del tren, la primera visión a través de la penumbra y de la neblina matinal era una fila de soldados, con el casco de acero, y en la mano el fusil con la bayoneta calada.

La estación, parduzca, desierta, invadía enseguida a los presos de un sentimiento de miedo y tristeza. Los SS estaban esperando. Eran aquellos SS de los cuales se había oído hablar tanto, con la insignia tan conocida: la calavera en el casco y también en el cuello de la guerrera. La gran mayoría eran jóvenes, entre 18 y 24 años. Algunos llevaban una cinta negra en la parte inferior de la manga, sobre la que había escrito, en letras blancas, Toten-kopf (calavera).

De repente, tras una orden gritada en alemán, la jauría se desencadenaba: gritos, empujones, palos y culatazos. Comenzaba la selección, y las escenas que se producían en la estación eran terribles. Mujeres agarradas a sus maridos, a sus hijos; eran brutalmente separados. Ninguna súplica era atendida. Las 470 personas, hombres y niños mayores de 13 años, enfilaban el camino de su propia tragedia y una vez formados en filas de tres, partían camino del campo de concentración. Las mujeres y los niños menores, eran de nuevo devueltos a Francia. Hay que hacer constar que el 87% (409) de los 470 prisioneros españoles llegados en el “Convoy de los 927”, murieron posteriormente, sólo se salvaron 61.

Escortados por unos 150 SS, atravesaban el pueblo de Mauthausen. Ni un solo ser viviente en la calle principal. Todas las casas estaban cerradas. Ni siquiera se oía el ladrido de un perro. Era como si al paso de las hordas hitlerianas llevando su rebaño al matadero, todo ser viviente, hombres y animales, hubieran quedado petrificados. Una vez cruzado el pueblo, comenzaba la subida hacia el campo, por un camino estrecho, resbaladizo, donde era difícil avanzar en filas de tres. Debían marchar rápidamente bajo una lluvia de golpes. Antes de llegar al campo varios presos caían al suelo, extenuados, siendo pisoteados por sus verdugos. Si algún prisionero se esperaba para ayudar a algún compañero, le pegaban con palos y con los fusiles en la cabeza. Se la rompían; el que caía al suelo ya no se levantaba. Lo remataban allí mismo.



La primera impresión que daba el campo para los prisioneros que llegaban a él era la de encontrarse ante una inmensa obra de construcción, ya que había muchos hombres empleados en trabajos de excavación. Pasaban el primer control y entraban en el recinto desde donde se podían ver las torretas de vigilancia, en ellas, montaban guardia los centinelas con ametralladoras.

La frase que les espetaba Franz Ziereis, único comandante del campo, era la de *"Bienvenidos a Mauthausen. Entráis por la puerta, pero saldréis por la chimenea"*. Las alambradas de alta tensión, el humo negro, el olor a carne quemada que venía de una gran chimenea situada al fondo de la plazoleta donde se recibía a los presos, el aspecto siniestro de las barracas; todo ello parecía un cuadro dantesco. Los prisioneros sentían una opresión inmensa, atenzadora, se les hacía un nudo en la garganta, no podían pronunciar una sola palabra. Aquella imagen era lo más parecido al infierno. Franqueado el umbral de las dos torres, no quedaba ya lugar ni para comparaciones, ni para recuerdos de ninguna clase.

En el momento de la llegada de este grupo de prisioneros españoles ya se encontraban en el campo austriacos, alemanes, polacos y checos. También había presos españoles supervivientes de los campos de concentración de Moosburg. Su estado era lamentable, con remiendos en sus harapos, maltrechos, tocados por la muerte, escuálidos por la disentería, demacrados, con los hígados desechos, los pulmones destrozados, el corazón debilitado y los ojos vidriosos.

Indudablemente, la entrada al campo era ya por sí sola un ejercicio cruel. Recién llegados al campo de Mauthausen, los prisioneros quedaban alineados en la explanada, donde se les desnudaba, se les miraban si tenían dientes de oro y se les retenía toda la documentación.



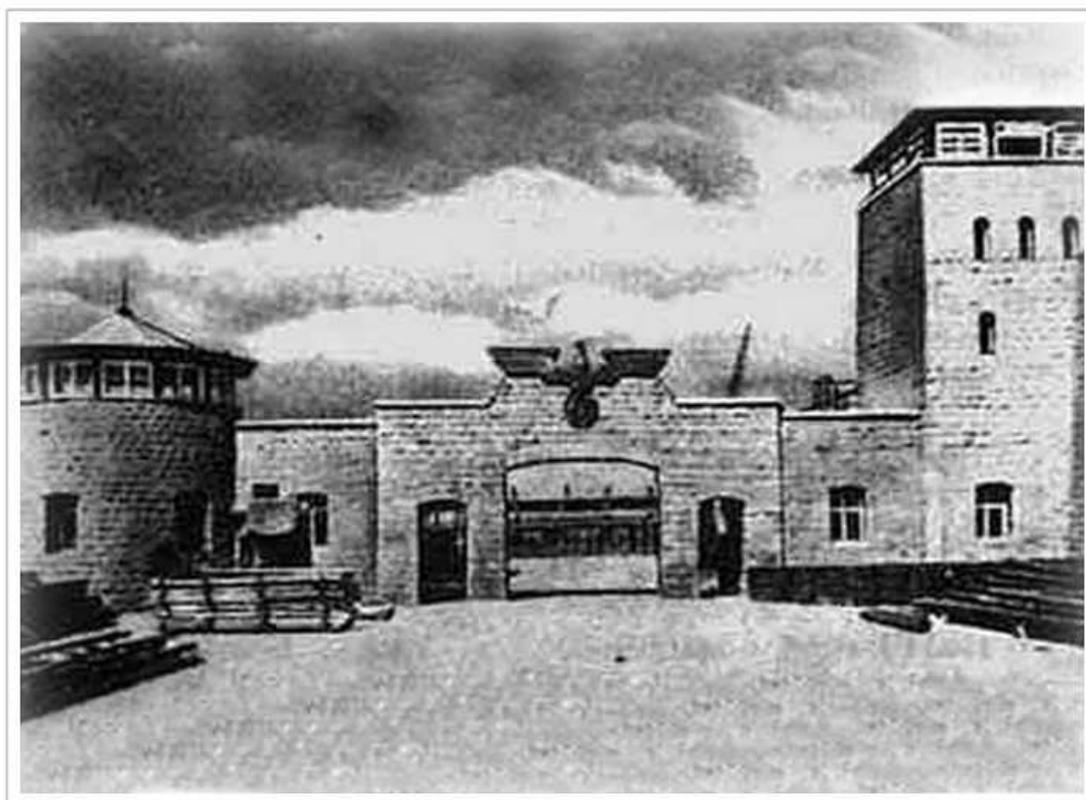
Campo de Concentración de Mauthausen

Un grupo de españoles fue testigo a su llegada de una de las muchas formas de tortura que aplicaban los soldados alemanes a los prisioneros. Una decena de hombres desnudos, inclinados sobre una especie de tarugo y con las manos agarradas a una barra de hierro fijada en el suelo estaban siendo azotados por un enorme SS que descargaba los golpes con una habilidad fantástica. Los prisioneros estaban obligados a ir contando los golpes en voz alta. Al cabo de una docena de éstos, se desmayaban, pero el castigo era entonces doblado o triplicado automáticamente. Tras veinticinco golpes, los riñones se tornaban de un color amoratado o negro, tras cincuenta, negro y sanguinolentos, tras setenta y cinco, la piel y la carne se desprendían a jirones.



Visto el dantesco espectáculo, pasaban la criba médica (los no aptos para el trabajo iban directamente a la cámara de gas) y, afeitados de la cabeza a los pies con navajas deterioradas, se les duchaba con agua muy caliente o muy fría ante la diversión de los SS. Tras esta "bienvenida", les entregaban el Drilllich, el característico traje de rayas azules y blancas, una gorra (Mutzen), unos zuecos de madera, un plato y una cuchara. Y más vale que no perdiera nada, porque les podría costar la vida. Por regla general, la ropa olía a podrido, probablemente porque había pertenecido a algún preso cadavérico muerto el día anterior. En el caso de los españoles, sus trajes mostraban un triángulo invertido de color azul (apátridas) con una letra "S" (Spanien, español) de color blanco cosida en su interior y un número escrito en negro sobre una banda blanca. Así ataviados, eran enviados a las barracas de la cuarentena, período en el que se averiguaba si estaban capacitados para realizar los "trabajos" que les esperaban. Los aptos pasaban a las barracas 11, 12 y 13 del campo, donde se encontraban la mayoría de los españoles. Y, a partir de ahí, era importante aprender el número en alemán, responder ¡Presente! cuando le llamaban y descubrirse en posición firme para dirigirse a los SS y a los Kapos. Tras pasar el periodo de cuarentena, eran conducidos a los barracones, donde dormían en camastros de madera de tres alturas, hacinados y en pésimas condiciones. En algunos casos tenían que dormir con los pies cruzados con el cuerpo de otro porque faltaba sitio. Las barracas, largas, con filas inacabables de literas y armarios, tenían en el centro dos puertas. Una llevaba directamente a las letrinas, sucias, amarillentas, malolientes... con dos grandes picas con veinte o veinticinco grifos para lavarse. La otra puerta daba paso a otra habitación, con una estufa, donde dormían el jefe de la barraca y su secretario.

Una vez que el campo se terminó de construir, para los presos que subían por primera vez la empinada cuesta, aparecía la dramática estética del recinto nazi: unos altos muros de piedra gris y una enorme puerta de madera en construcción. Los ojos asombrados de los demacrados prisioneros quedaban fijados en una grandiosa águila de cobre verde que coronaba la puerta sujetando con sus garras la cruz gamada.



Campo de Concentración de Mauthausen



La vida diaria

En la plaza principal del campo, la llamada Appellplatz, tenían lugar los pasos de revista, convertidos en auténticas torturas para los prisioneros. La primera del día, bien temprano, antes de las cinco de la mañana. Pero era en la revista de la tarde donde el padecimiento de los prisioneros más débiles y castigados podía concluir con su propia muerte. A veces, la revista de la tarde se prolongaba durante la noche, e incluso el día y la noche siguientes. El récord de Mauthausen fue de cuarenta horas. En dos ocasiones semejantes, el tributo fue de 500 muertes. Se negaba a los prisioneros la comida y el agua. La segunda vez la temperatura llegó a los -25°C .



Campo de Concentración de Mauthausen

Los presos se levantaban a las 4:45h en verano y a las 5:15h en invierno, y su jornada finalizaba a las 7 de la tarde. Cuando la luz del sol estaba a punto de salir, el jefe del barracón los avisaba para que se levantaran. Disponían de tres cuartos de hora para levantarse y vestirse, lo cual resultaba casi imposible ya que eran entre 150 y 400 prisioneros por barraca y el número de letrinas y grifos era muy reducido. Pasados tres cuartos de hora, el SS responsable de la barraca pasaba para comprobar que todo estaba en orden. Una vez fuera del barracón, les daban el desayuno: un vaso de agua negra salteada con algunos cereales tostados. Una vez desayunados, se hacía el recuento y se incorporaban al grupo de trabajo donde estaba destinado cada uno.



Tras las durísimas labores diarias y la revista de turno, los prisioneros recibían algo de comida a mediodía: un rancho de medio litro de sopa acuosa con nabos cocidos, hinojo, zanahoria y patatas sin pelar. Una cantidad que resultaba a todas luces insuficiente. El hambre hacía estragos, lo que se traducía en el aspecto esquelético de todos los presos, a los que obligaban a actuar sin sentido por la necesidad de calmar los atormentados estómagos. Algunos arriesgaban sus vidas para poder robar algo de comida. Un testimonio de un preso superviviente de Mauthausen describió cómo un prisionero español se coló un buen día en la cocina y llegó a beberse once litros de sopa.

Para la cena no había mejor menú: un minúsculo trozo de pan negro y una rodaja de salchichón era todo el alimento que se ingería antes de ir a la cama. Al final del día, llegaba la hora del descanso, aunque en Mauthausen eso era mucho decir. En los barracones donde estaban los niños, cada cuatro o cinco compartían una misma manta, pero muchas mañanas se despertaban con alguno muerto en las manos del otro. En invierno era frecuente que la nieve se filtrase a través del techo de los barracones y cayera sobre quienes dormían en las camas superiores. Algunos presos morían de frío. También, en casos extremos, a manos de sus propios compañeros de abajo, quienes contemplaban cómo los de arriba, prácticamente moribundos, hacían sus necesidades sobre ellos.

Experimentos médicos, torturas y asesinatos masivos

Periódicamente, los prisioneros integrados en el sistema del campo de Mauthausen eran sometidos a una selección. Aquellos prisioneros a quienes los nazis juzgaban demasiado débiles o enfermos para trabajar eran separados de los demás y asesinados en la cámara de gas propia de Mauthausen, en estaciones de gaseado móviles o en el cercano centro de ejecución por "eutanasia" de Hartheim. Cuanto acontecía en el castillo estaba supervisado por el doctor SS Krabsbach al que los presos apodaban "El Inyectador" por su propensión a inyectar gasolina en las venas de los condenados, sistema barato y rápido de eutanasia que le complacía aplicar con frecuencia. Entre 1941 y 1944 fueron asesinados en Hartheim 10.000 prisioneros, 449 de los cuales eran españoles. Los médicos del campo que actuaban en la enfermería utilizaban inyecciones de fenol para matar a los pacientes demasiado débiles para moverse.

El doctor nazi Aribert Heim (apodado el Mengele de Mauthausen) tenía una debilidad enfermiza por inyectar benceno a los prisioneros para cronometrar cuánto tardaban en morir, por operarles sin anestesia con la excusa de someterles a innecesarias apendicectomías para extraerles las vísceras y comprobar su umbral de dolor, o por decapitar a algunas de sus víctimas para hervir sus cabezas y conservar sus cráneos como trofeos o para usarlos como pisapapeles.

Los médicos nazis también sometían a los prisioneros a experimentos médicos pseudocientíficos relacionados con la testosterona, infestaciones de piojos, tuberculosis y procedimientos quirúrgicos. Varios centenares de internos fueron desangrados hasta la muerte y la sangre extraída fue enviada al Frente del Este.

La organización del exterminio nazi era diabólicamente perfecta. Además de masacrar y experimentar con los "improductivos", los castigaban golpeándoles con el mango de un pico (debía de parecerles insuficiente la vara de buey que tenían los Kapos) lo que provocaba serios problemas en los riñones, las piernas y las caderas.

Uno de los castigos más macabros consistía en ahorcamientos públicos acompañados de orquesta para los que intentaban escapar y eran apresados en los alrededores del campo. Metían al capturado en una jaula, de pie, con las manos atadas y le paseaban por el patio de revista para que los demás presos tomaran buena nota de lo que les ocurriría si hacían lo mismo.



Se montaba toda una parafernalia cada vez que ocurría algo parecido. La banda de músicos conocida como "Zigeunerkapelle" (en Mauthausen había dos orquestas de conciertos cuya existencia fue organizada por los SS para su propio entretenimiento) era la encargada de acompañar el enjaulado paseo del prisionero camino de la horca. Mientras, el resto de presos permanecían formados e inmóviles contemplando el dantesco espectáculo. Cualquier acto de tortura o muerte se hacía casi siempre delante de los demás, para que resultaran ejemplares. Los músicos abrían la marcha tocando la canción francesa "Yo esperaré", y la letra de ésta martilleaba una y otra vez en la cabeza de los débiles y escuálidos condenados: "Yo esperaré de día y de noche, esperaré siempre que vuelvas. Esperaré porque el pájaro que se escapa vuelve a buscar el olvido en su nido. El tiempo pasa y corre batiendo triste y pesadamente en mi corazón. Pero a pesar de eso, esperaré que vuelvas".

Se podían ver presos colgados en las más increíbles posturas. Cadáveres quemados en los cables de alta tensión cuando se suicidaban. Hombres que salen sangrando, exhaustos, inflados, maltratados en las salas de tortura. Otros, sin embargo, no salen de las habitaciones de gas o de los crematorios. Filas de hombres inútiles a ojos de los SS hacen cola esperando encontrar su muerte en las habitaciones de gas, nadie puede avisarles sobre su destino, el resto de presos no miran sus rostros desconcertados. Cinco minutos después, los gritos se adueñan del campo. Todos se vuelven sordos. Cinco minutos después, cadáveres expresando muecas horribles salen amontonados hacia el crematorio. Diez minutos después, un humo denso, asqueroso e irrespirable se mete en los pulmones de los prisioneros que pueblan el campo de Mauthausen. Partículas cadavéricas se depositan en el pelo, en los uniformes. Uno o dos cadáveres salen de la enfermería, han muerto la noche pasada a manos de la tuberculosis o el hambre. Hombres recién llegados lloran abrazados a sus rodillas. Los ojos ya no derraman lágrimas. Un niño carga un muerto. El muerto es su padre. Un grupo de 15 personas en fila, el primero de ellos apuntado por una pistola de un SS. Un disparo y el preso cae al suelo de rodillas, sus brazos yacen inertes. El segundo, espera su turno. Un grupo de 10 presos es la diversión de tres SS mientras les lanzan cantera abajo. En el campo de fútbol los SS ríen mientras juegan. Junto a los improvisados futbolistas, un comandante canta y baila feliz con su mujer. El hombre que lloraba abrazado a sus rodillas, llama a su mujer. El dolor, la consternación, la amargura, la impotencia y el deseo de supervivencia se adueñan de todos los presos día tras día en aquel teatro donde los SS son los directores y los prisioneros los actores.



Campo de Concentración de Mauthausen



Aunque la mayoría de los prisioneros morían por fusilamiento, horca, golpes, palizas, hambre y enfermedades, Mauthausen disponía de una cámara de gas capaz de matar a unas 120 personas simultáneamente. La cámara de gas se utilizaba generalmente cuando llegaban los transportes de prisioneros.

Se organizaban asesinatos en masa especiales para demostrar la eficacia del sistema a altos dignatarios nazis que visitaban el campo, como Heinrich Himmler, Ernst Kaltenbrunner y Baldur von Schirach, quienes podían observar las matanzas a través de un pequeño visor incorporado en la puerta de entrada.

Durante el invierno las SS sacaban a grupos formados por centenares de prisioneros a un terreno abierto y les ordenaban desnudarse. Un guardia esparcía agua sobre el grupo y eran dejados allí para que se congelasen hasta la muerte, lo que resultaba ser bastante efectivo en una región donde la temperatura invernal solía rondar los diez grados bajo cero. Incluso francotiradores de élite de las SS fueron enviados a Mauthausen para entrenarse con objetivos humanos, diversión a la que se unieron voluntariamente guardias y oficiales del campo.

Haciéndose cargo del campo se encontraban los SS, todos a las órdenes de Franz Ziereis, un carpintero que encontró en el partido nazi una forma de ascender de nivel de vida. Llegó a Mauthausen elegido por Himmler para hacerse cargo del mando como jefe supremo. Tenía entonces 34 años. Cinco después, en 1944, fue ascendido a coronel. Bajo su responsabilidad se encontraban todos los campos de concentración de Austria, llegando a tener a sus órdenes a más de 10.000 miembros de las SS. Ziereis era alto y atractivo (fue conocido por los presos como "el Pavo"), pero su formación dejaba mucho que desear, pues, se da por hecho que apenas sabía leer y escribir. A Ziereis no le tembló el pulso a la hora de determinar la dureza del campo que tenía a su cargo. Se cuenta que con motivo de la celebración del cumpleaños de su hijo Siegfried, ordenó formar a cuarenta prisioneros, cargó su pistola, se la entregó a su vástago y le instó a disparar para comprobar su puntería.

La crueldad no era patrimonio exclusivo del máximo responsable del campo. Corría el año 1941 cuando el oficial médico de Mauthausen se fijó en el atractivo del joven español Francisco Boluda. La perversidad del doctor le llevó a ordenar el asesinato del prisionero, cuya cabeza ordenó decapitar y vaciar para colocar su calavera en la mesa de su despacho, a modo de macabro adorno. El segundo del campo, y al que los prisioneros conocieron mucho más, fue Georg Bachmayer, el oficial de seguridad de Mauthausen, un antiguo zapatero convertido con la llegada de los nazis en un personaje siniestro, sanguinario y temible. Los españoles lo conocían como "El Gitano". Él fue responsable directo de la muerte de cientos de ellos.



Campo de Concentración de Mauthausen

Trabajos forzados en la cantera

Los alemanes necesitaban mano de obra para sus grandiosos proyectos, y con los deportados la obtenían gratis. Los campos eran canteras de trabajo en los que fabricaban bloques de piedra y ladrillos para la construcción de edificios y de autopistas.

Los prisioneros del campo eran utilizados intensivamente para trabajos forzados. La explotación sistemática de la mano de obra de los internos produjo solamente una mejora superficial de las condiciones de reclusión. Debido a la desesperada superpoblación del campo y a la cada vez más catastrófica malnutrición, especialmente en los últimos meses de la guerra, la situación se volvió aún más precaria. Muchos prisioneros murieron en los hospitales militares después de su liberación, a consecuencia de los daños de salud sufridos durante su internación.

Al principio, los prisioneros tuvieron que participar en la construcción del campo y trabajaron en la cantera cercana. En esta cantera había dos clases de trabajadores: Los *Kommando Wiener-Graben*, especialistas que manejaban los compresores, los martillos y la dinamita; y los presos que hacían el trabajo de carga y descarga. Este último era el grupo de los condenados a morir. Muchas veces los sádicos alemanes lanzaban al vacío a quienes intentaban ayudar a un compañero. En ocasiones, la pesada piedra era reemplazada por los cadáveres de los fallecidos en la cantera. Ese tramo se convirtió en el paraíso de la muerte. Allí, los kapos y los guardianes montaron su particular atracción del terror en la que se divertían viendo como las moles de roca aplastaban a los cuerpos esqueléticos.

Estos presos eran sometidos a condiciones inhumanas, consistiendo la más infame en forzarles a subir pesados bloques de piedra por los 186 escalones de la mina del campo. Estos escalones eran conocidos como "La escalera de la muerte".

Tras picar en el muro de la cantera, cualquiera de los reclusos, con una mochila de correas o sobre una camilla de tablonés, conducían las enormes piedras de más de treinta kilos a través de la escalera de la muerte. La cantera, con sus 186 escalones, se mostraba celosa de que los árboles se elevaran hacia el cielo, por ello se elevaba ella misma, quería tocar el Sol. Árida, oscura. Reía. Se reía de los presos y de su sufrimiento. Cuando falleció el primer español en la cantera, el 26 de agosto de 1940, sus compatriotas, ante la sorpresa de los SS, guardaron un minuto de silencio, situación ésta que se repetiría en numerosas ocasiones.

Cada mañana, los SS encargados de vigilar a los prisioneros preguntaban si había algún voluntario para el suicidio, arrojándose escaleras abajo. A estas barbaridades, como es lógico, nadie respondía, pero después del primer viaje de piedras, volvían a repetir la pregunta. Entonces, algunos de ellos, desesperados, se lanzaban al vacío. Los nazis llamaban a este lugar "El muro de los paracaidistas". La llamada Wiener-graben era considerada el peor destino posible. En una ocasión, un grupo de judíos holandeses fue tratado de forma tan abominable que su voluntad de vivir, un ejemplo para cualquiera, se hizo trizas, y decidieron emular a sus antepasados de Masada del año 73, suicidándose todos juntos saltando a la vez.

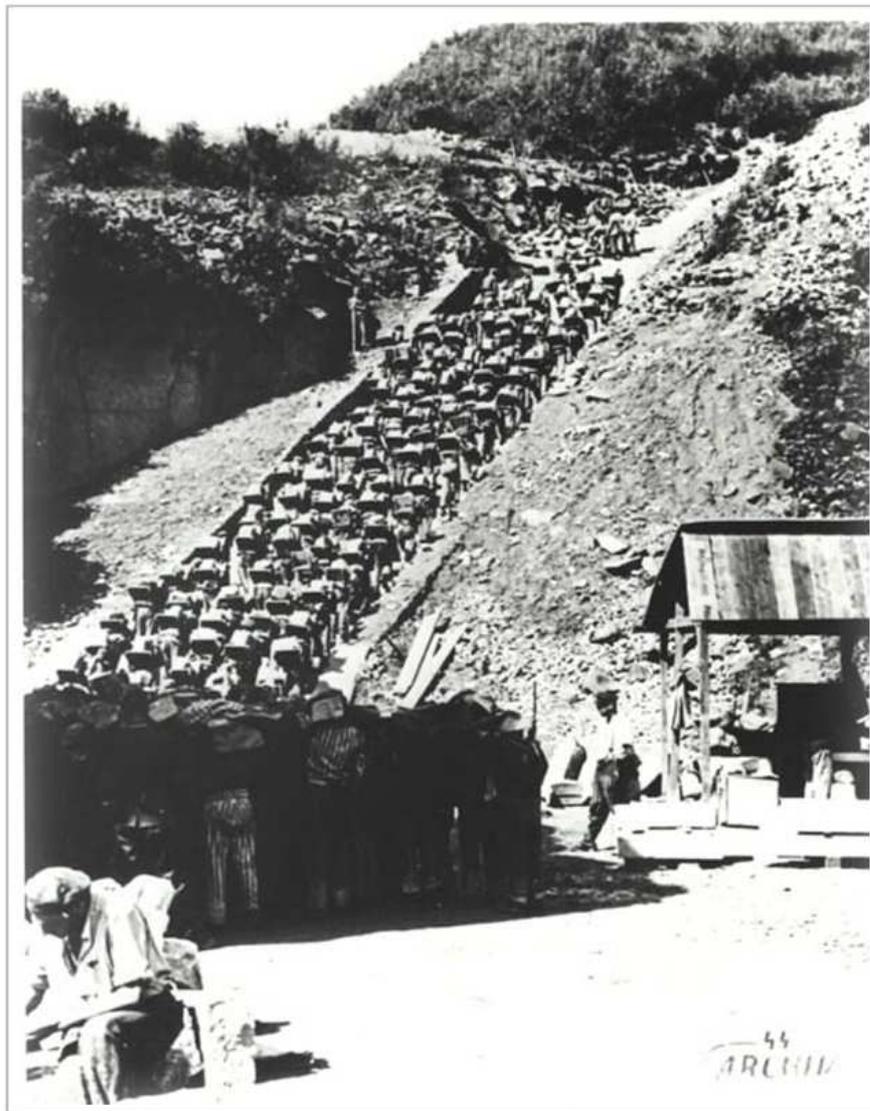
En otra ocasión, llegaron a la cantera un grupo de 1.000 hombres entre los que se encontraban 300 judíos, la mayoría con zapatos de suela de madera. Los SS colocaron a los judíos al final de la formación, cerrando la misma varios SS acompañados por perros policía. Cuando el primer centenar de judíos llegaba a la mitad de las escaleras, se les ordenó que se detuvieran. Los perros fueron liberados y azuzados contra ellos, motivo por el que comenzaron a bajar despavoridos entre las risas de los nazis. Presos del pánico, los más fuertes atropellaron a los más débiles por su afán de alcanzar los primeros lugares. El calzado de madera les hacía resbalar escaleras abajo mientras los perros desgarraban su carne ensangrentada. Las víctimas lanzaban horribles gritos pero sobresalían las risas y bromas de los Kapos y los SS.



Cuando todo había terminado, los escalones estaban cubiertos de cadáveres, heridos agonizantes y trozos de miembros arrancados.

La cantera se encontraba situada a poco más de un kilómetro del campo central y constaba de una superficie circular de unos 300 metros de diámetro rodeada por grandes muros. Allí se encontraba la escalera de granito, que en junio de 1941 contaba con 160 rocas. En 1942 la escalera pasó a tener 186 escalones de desigual altura. El trabajo más penoso de los allí destinados consistía en subirla cargados con grandes piedras de más de 30 kilos. Largas hileras humanas emprendían cada mañana la ardua y terrible tarea de ascender en varias ocasiones la infernal escalera, mientras recibían culatazos de los alemanes. El ruido de los zuecos de madera golpeando cada escalón (alguno de hasta 40 centímetros de altura) martilleaba en sus cabezas igual o más que los martillos neumáticos con los que desprendían las piedras de las paredes.

Era frecuente comprobar cómo los guardianes se divertían obligando a los prisioneros a dar media vuelta y repetir la subida cargando la misma piedra. Los más débiles sucumbían pronto. Algunos optaban por despeñarse desde una altura considerable de la escalera para poner fin a sí a su calvario.



Escalera de la Muerte. K3 Mauthausen



Las fotografías de Francisco Boix y Antonio García

En 1940 se crea en Mauthausen un servicio fotográfico. En él se conservaban fotos sobre el funcionamiento del campo, alguna de ellas muy comprometedoras para las SS.

En 1941 entró el primer español al Servicio de Identificación Fotográfica, Antonio García. Francisco Boix fue el segundo en incorporarse a finales de agosto de 1941, aunque al principio estuvo en los *Kommando* de carreteras y de garajes antes de terminar en éste. En el periodo que transcurre entre 1944-1945 Boix tomó una posición de mando entre los presos del laboratorio.

En Mauthausen se realizaron fotografías de identificación de prisioneros, aunque en el caso de los españoles apenas se dio esta circunstancia, ya que los alemanes contaban con las fotografías que les habían hecho anteriormente en los Stalag. También se realizaron por miles las fotografías de los altos cargos de las SS. Con ocasión de una visita de Himmler, se llegaron a hacer más de 4.000 fotografías. Según declaró Francisco Boix en el proceso de Dachau, se tomaron cerca de 60.000 imágenes mientras él estuvo como empleado en el laboratorio de fotografía. En ese mismo escenario el catalán confesó haber salvado de la quema cerca de 20.000 negativos. Los alemanes ordenaron destruir todas las películas fotográficas tras la derrota de Stalingrado. Cuando destruían el archivo fotográfico, no podían imaginar que en otro lugar se conservaban, además de sus rostros, las pruebas de sus acciones. García y Boix contribuyeron a que ese propósito no se cumpliera al cien por cien.

En la actualidad, sin embargo, no se tiene constancia de la existencia de más de mil de esas fotografías. Saber qué ha pasado con el resto constituye todo un enigma. Gracias a su arriesgada tarea, Boix fue llamado a declarar como testigo en el proceso de Nuremberg contra la cúpula del III Reich en 1946, y en el proceso de la Sección de Crímenes de Guerra americana contra 61 antiguos miembros de las SS de Mauthausen. En ellos detalló las circunstancias en las que trabajó en el *Erkennungsdienst* y dio cuenta de cómo había logrado robar los negativos. En el libro *"Francisco Boix, el fotógrafo de Mauthausen"*, de Benito Bermejo, se ofrecen más datos de este episodio. Os recomiendo su lectura.

Pero a pesar de trabajar juntos y de arriesgar sus vidas escondiendo el material fotográfico, García y Boix tuvieron una pésima relación. De hecho, García nunca pudo asimilar que Boix se convirtiera en una especie de héroe, de personaje básico en el proceso de Nuremberg. García, de mucha mayor edad que Boix, denunció hasta su fallecimiento en el año 2000, que no se le había reconocido su labor y que fue el Partido Comunista quien le impidió declarar en Nuremberg, en favor de Boix, que fue encumbrado como el único responsable de la salvación de las fotografías. En este punto el historiador norteamericano David W. Pike da credibilidad a la versión de García, quien aseguró haber salvado 200 fotografías en papel. Pike cuestiona la versión de Boix y pone en duda que Berlín ordenara destruir sus archivos fotográficos tras el desastre de Stalingrado. A su juicio, no cree que los alemanes creyeran entonces que iban a perder la guerra. La teoría de Bermejo es bien distinta, al considerar que García habló siempre desde el resentimiento y que sus relatos "están teñidos de una profunda amargura".

Se cuenta que Boix, para conseguir ciertos favores como la colocación de un buen puesto a un compañero, revelaba los carretes y las películas a los SS, incluso les hacía retratos individuales y familiares, de este modo conseguía su "clientela". Un caso de favor que consiguió Francisco Boix fue colocar en las cocinas de las SS al español Joan Tarrago. Era tal la influencia de Boix que en 1943, cuando los policías eran más benevolentes, se llegó a crear una rondalla española en Mauthausen.



En la sección de carpintería se podía construir laúdes, guitarras y bandurrias, pero las clavijas no se podían hacer, por lo que Boix, que participó como intérprete de bandurria, consiguió que le llevaran las clavijas desde Linz, situada a 20 kilómetros del campo, por medio de un SS de su clientela.

Tanto las fotos robadas por García, como los negativos salvados por Boix llegaron a manos de una valiente mujer austriaca del pueblo de Mauthausen llamada Anna Pointner. Gracias a dos jóvenes presos españoles del *Kommando* Poschacher que pasaban cada día por ese pueblo camino del trabajo, en un descuido de sus guardianes, le hicieron entrega del paquete con las fotografías, y Anna Pointner, que había simpatizado con ellos, no dudó en recogerlas y ocultarlas en el muro de su jardín. Su valor era muy alto: sirvieron para identificar a un buen número de los despiadados SS que sirvieron en Mauthausen y para que quedara constancia gráfica de lo vivido allí.

Francisco Boix muere de enfermedad en Julio de 1951 en París. Fue enterrado en el cementerio de Thiais, perteneciente a la alcaldía de París. Su entierro no fue muy concurrido. En su lápida pone: *"Francisco Boix Campo. Deportado en 1941 al campo de Mauthausen a la edad de 20 años. Fallecido el 7.7.1951 a consecuencia de su deportación. Demostró un gran coraje al sustraer a los SS unos documentos fotográficos abrumadores para los nazis que impusieron el sistema concentracionario de los deportados en Mauthausen"*. Todavía hoy, varios amigos octogenarios suyos compañeros de Mauthausen y residentes en los alrededores de París, se ocupan regularmente de su lápida.



Día de la Liberación

© Donald Ornitz



La Liberación

Abril de 1945 parecía ya indicar de manera irremediable que los alemanes habían perdido la guerra. Las tropas soviéticas por el este y el ejército norteamericano por el oeste se aproximaban a Mauthausen. Hasta allí llegaba el sonido de los combates. Los SS comenzaron a preparar su huida. Pero antes, habían determinado enviar a las cámaras de gas a los prisioneros rusos que se encontraban en peor estado. El caos en el campo siguió creciendo en los últimos días de abril y los primeros de mayo. Hubo desertiones de varios SS que huyeron vestidos de civiles.

El 3 de mayo de 1945, los guardias de Mauthausen habían sido reemplazados por miembros del Volkssturm y por una unidad improvisada de oficiales de policía retirados y bomberos de Viena. No quedaba un solo SS en el campo. El oficial de policía a cargo de la unidad, aceptó el autogobierno de los internos como la autoridad más elevada del campo. Todo el trabajo en los subcampos de Mauthausen se interrumpió, y los presos se centraron en la preparación de la liberación, o defensa de los subcampos en caso de un posible asalto de las divisiones de la SS concentradas en la zona.

A las 2 de la tarde del día 5 de mayo de 1945 Mauthausen fue liberado. Esa mañana aparecieron en el campo los miembros de una patrulla de reconocimiento de la 11ª División Acorazada de Estados Unidos, al frente de la cual se encontraba el general Dager. Fue el sargento Albert J. Kosiek el primero en entrar en Mauthausen mientras recibía el saludo de los prisioneros de todas las nacionalidades. Los bomberos vieneses estaban dispuestos a entregar sus armas, pero temían la reacción de los, hasta ese momento, prisioneros del campo. Fue mérito del Comité Internacional de Presos el que se mantuviese el orden en esos instantes, sin embargo, no se pudo impedir que se viviesen algunas escenas de revancha, en las que los prisioneros perseguían a sus Kapos y los linchaban hasta terminar con sus vidas. Los últimos guardianes de Mauthausen accedieron finalmente a entregar sus armas y abandonaron el lugar. Los estadounidenses anunciaron entonces que debían abandonar el campo hasta la mañana siguiente, en la que llegarían con más refuerzos. El Comité Internacional veló durante ese tiempo por el mantenimiento del orden.

A la mañana siguiente, las tropas estadounidenses regresaron, esta vez a las órdenes del coronel Robert R. Seibel. Para entonces los presos españoles le habían encargado al pintor barcelonés Francesc Teix Perona la creación de una pancarta de grandes dimensiones para dar la bienvenida a los aliados. Colgada en la puerta central, en ella se podía leer: *"Los españoles antifascistas saludan a las fuerzas liberadoras"*. La historia de la famosa pancarta de bienvenida, se le ocurrió a Santiago Bonaque y rápidamente a la organización clandestina del campo le pareció genial. Decidieron que la pancarta, aparte que saliera en español también estuviera en inglés y ruso. Bonaque se encargó de la ejecución de la pancarta. No hay que olvidar la situación: los SS abandonan el campo el día 3 y delega en una tropa de bomberos y policías y estos a su vez delegan de alambradas para dentro en el Comité Internacional de Presos. Un preso se colocó en el tejado que albergaba el crematorio y los calabozos, mientras que Teix se instaló en los lavabos del bloque 11 y empezó a trabajar sobre la pancarta de 20 metros de largo compuesta por sabanas. Cuando Teix la terminó y salió, su compañero Corona, loco de alegría, se la quitó de las manos y corrió a toda velocidad hacia los miradores de la entrada. Teix, Sarroca, Ferrer y otros, extendieron y fijaron la pancarta sobre la balaustrada que daba al interior de la plaza.

Los americanos quisieron documentar la liberación de Mauthausen con la entrada de un blindado en la Appellplatz, esta escenificación se hizo siete días después de la primera entrada de los americanos, y en el acto Francisco Boix es fotografiado en la balaustrada del portal del campo en unas de las imágenes más célebres tomada por el fotógrafo americano Donald Ornitz.



Unas semanas después de la liberación, una patrulla norteamericana capturó a unos cien kilómetros de Mauthausen al máximo responsable del campo, Franz Ziereis, quien, pese a haberse dejado barba y vestir ropas de civil, fue reconocido por quienes habían sido sus prisioneros. Llevado al campo para proceder a su interrogatorio, el temible Ziereis era ahora un hombre atemorizado que buscaba encontrar la exculpación. El 23 de mayo, los prisioneros se las arreglaron para provocar que éste llevara a cabo un intento de fuga; los soldados norteamericanos dispararon al aire como señal de advertencia, pero los prisioneros encontraron la oportunidad deseada, e hirieron a Ziereis en un brazo y en el vientre. El fotógrafo Boix estuvo presente en el interrogatorio al que fue sometido el agonizante ex jefe de campo. Según el español, Ziereis reconoció que el internamiento de los republicanos españoles en Mauthausen se había realizado con el visto bueno de Franco y del gobierno de Vichy.

En el momento de la liberación alrededor de 2.400 españoles permanecían con vida. La imagen que se encontraron los soldados estadounidenses fue desoladora: había más de quince mil cadáveres sin enterrar. Varios centenares de presos fallecían cada día en las fechas posteriores a la liberación. Se cree que la cifra de fallecidos tras liberar Mauthausen se aproxima a los tres mil prisioneros. Otros, los que se encontraban con más fuerzas, acudieron por grupos en búsqueda de los SS. En ellos primaba en esos momentos el deseo de venganza.

199.400 prisioneros pasaron por Mauthausen entre 1938 y mayo de 1945. 119.000 murieron en el campo central y sus subcampos (entre los muertos, 1.410 mujeres). Un tercio de ellos eran judíos.

El horror de la aniquilación sistemática llevada a cabo por los nazis fue vivido en primera persona por miles de españoles. Los intentos posteriores de hacer justicia se saldaron de forma vergonzosa, y la impunidad fue el denominador común. Miles de miembros de las SS pudieron escapar a los diferentes procesos puestos en marcha. En el caso de Mauthausen hubo inicialmente dos juicios con un total de 56 sentencias de muerte. En juicios posteriores hubo nuevas condenas de muerte a miembros de las SS que habían servido en el campo de concentración. Pero la inmensa mayoría de los 15.000 SS que sirvieron en Mauthausen quedaron impunes de los crímenes que cometieron. No fue el caso del jefe de seguridad del campo, Georg Bachmayer, quien se quitó la vida de un disparo tras terminar con las de su esposa e hijos.

El campo KZ Gedenkstätte Mauthausen, conocido por el sobrenombre de “el campo de los españoles”, quedará para siempre grabado en la memoria de los que sobrevivieron, de sus familiares y de las familias de los que allí dejaron su vida. Cada piedra de sus muros está firmada con la sangre de los muchos que murieron. Era un campo de españoles, construido por españoles; no olvidemos que fueron casi los primeros en llegar y los últimos en irse.

Estos son los ribereños (de Aranjuez) que pasaron por Mauthausen:

Localidad	Nombre	Número	Fecha nacimiento	Campo	Defunción
Aranjuez	Aranda Chacón, Ramón	3726	03/04/1917	Gusen	1941/10/31
Aranjuez	Armenio del Valle, José	4587	08/11/1917	Gusen	1942/01/12
Aranjuez	Belmonte García, Antonio	4617	05/02/1914	Dachau-Allach	Desconocida
Aranjuez	Díaz Mejía, Recaredo	4743	Desconocida	Gusen	1942/01/10
Aranjuez	Díaz Salazar, Alfonso	3986	21/10/1920	Gusen	1942/01/18
Aranjuez	Hidalgo Bustos, Cesáreo	4218	16/12/1906	Gusen	1942/03/02
Aranjuez	Jaén Martínez, José	5567	01/01/1917	Mauthausen	Desconocida
Aranjuez	López Chacón, Ángel	4940	04/04/1920	Mauthausen	Desconocida
Aranjuez	López Nájera, Julián	4911	04/08/1914	Gusen	1941/12/13
Aranjuez	Martín García, Sabino	4984	09/02/1911	Mauthausen	Desconocida
Aranjuez	Monzón Albendeya, Sergio	4453	21/06/1901	Gusen	1942/02/04
Aranjuez	Moratillas Sánchez, Pedro	Desconocido	Desconocida	Gusen	1941/12/05
Aranjuez	Muñoz Fdez, Laureano	3617	03/07/1903	Gusen	1941/11/08
Aranjuez	Pérez Nieto, Julio	5128	05/05/1916	Mauthausen	Desconocida



La visita al campo de Concentración de Mauthausen

El aire quema y el calor es insoportable; todo parece que conforma un único escenario de horror y patetismo. Apenas se ve un alma. La sensación que tengo es la de esos días de calor, de bochorno que aumentan el pesar y la nostalgia. Media docena de autocaravanas, dos autobuses y poco menos de diez o doce coches, forman la escuadra del parking. El silencio es sepulcral. Tan solo el repiquetear intermitente de los cables metálicos en unos mástiles rompe la terrible serenidad.

Respiro hondo perdiendo la mirada, unas veces en las altivas, imponentes, simétricas, puntiagudas y escalofriantes torres de vigilancia; otras, en la sobriedad grisácea de los muros que encerraron muerte. De vez en cuando me giro para ver el callado y sereno hábitat donde miles de personas perdieron su vida. Las verdes praderas que rodean el campo de concentración, parecen haber sido puestas para mejorar el paisaje, como si se hubiesen puesto a propósito para el decorado de una película. Es una visión de 360 grados, una perspectiva íntima de un entorno, que a uno, se le hace familiar; la visita el año pasado a Dachau puede que sea el motivo. Durante cinco o diez minutos deambulamos por los alrededores de la puerta de entrada, sufriendo las futuras pisadas, desvelando sensaciones de dolor en las que el alma demanda rabia. En cada clic visual imagino sufrimiento, desesperanza, horror. Estamos en Mauthausen, y estar en Mauthausen es estar en la historia, es tocarla y sentirla. No sólo leerla. Para mí es especial. Espero poder transmitir un poco de esa sensación.



Campo de Concentración de Mauthausen

© José A. Guerrero



La imponente puerta del patio de cocheras, de madera, muy grande, aún conserva los hierros que soportaban la imagen del poder nazi, un águila enorme que sujetaba con sus garras la cruz gamada; era su emblema. Sobre esta gran puerta de acceso al recinto, había un frontal en el que se podía leer: *"Vosotros que entráis, dejad aquí toda esperanza"*. Espeluznante. El día de la liberación de Mauthausen, varios deportados españoles presos en el campo, derribaron el símbolo hitleriano que recibía a la llegada a todos los que iban a morir dentro. Lo dicho, hoy sólo quedan los soportes.

La macabra puerta da paso a un patio central con un corredor cubierto a la izquierda y desde el que, pequeños orificios como ventanas en la piedra, dejan ver el camino de acceso y todo lo que queda a sus pies. Desde allí los nazis vestidos de uniforme oscuro y botas brillantes controlaban las entradas. Al frente, unas puertas que parecen grandes cocheras y que hoy albergan algún que otro almacén de mantenimiento del campo. A la derecha, unas escaleras nos conducen a la parte superior.

Tras pagar los 4€ que nos cobran por las entradas, y comprar el librito con la historia del campo en español (imprescindible su compra ya que todos los textos del museo y de las distintas dependencias están en alemán y en inglés), accedemos al patio de revista. Aquí se recibían a los prisioneros, dejándolos largas horas de espera.

A la izquierda, los barracones de madera del patio de revista, son un pálido recuerdo de la tragedia vivida hace poco más de 60 años. Un niño corretea entre ellos ajeno al significado del alambre de espino, las torres de vigilancia, las lápidas y las flores. En el centro del patio se alza un monumento con el que el gobierno austriaco recuerda a las víctimas de Mauthausen. Todo es conmovedor, y es que cuando se visita un campo de concentración, en este caso el de Mauthausen, uno no se puede quedar indiferente; independientemente de ideologías o religiones, un escalofrío recorrerá nuestro cuerpo cuando se observen los barracones, los muros o los crematorios que aún se mantienen en pie.



Campo de Concentración de Mauthausen

© José A. Guerrero



Al contrario que en Dachau, aquí aún se conservan tres barracones originales, eso sí, restaurados. El barracón más próximo a la puerta de entrada, era en su día la oficina de registro de los presos. Con el paso del tiempo, en el otoño de 1942 se convirtió en un burdel con unas diez prostitutas que daban satisfacción a los reclusos austriacos y alemanes que desempeñaban funciones de responsabilidad en el campo. Más adelante se encuentra el barracón número 11, el más alejado de la puerta de entrada, es en el que se alojaban los españoles. En él pueden verse las pequeñas literas donde se apiñaban los presos y los armarios donde guardaban su ropa. He de decir que las literas no están colocadas como estaban en su día, por lo que se pierde la sensación de agobio que tenían los presos. También se han quitado los retretes de los baños donde los presos se ahorcaban. Digamos que se han hecho más soportables a la vista de los visitantes. Pero lo cierto es que entrar en un barracón de estos es especial. El ruido de los pasos en la madera hace que uno se traslade a la época en la que el campo estaba abierto. Los pasos cansados o asustados de los prisioneros, los pasos rápidos de los Kapos, los pasos de miedo de los SS... Todo es un cúmulo de sensaciones extrañas. Si sois receptivos a todo este tipo de sensaciones, las sentiréis tal y como os las describo.

Saliendo de los barracones, más adelante se encontraban el campo de cuarentena y el campo II. Actualmente son cementerios donde hay enterrados tanto deportados muertos mientras el campo funcionaba como ex deportados que pidieron ser enterrados aquí. Al final del patio de revista estaba el campo III, en la actualidad no queda nada de él.



Campo de Concentración de Mauthausen

© José A. Guerrero



Frente a los barracones, a la derecha del patio central, se encuentran los edificios que albergaban en su día la enfermería, la lavandería, las cámaras de gas, la prisión, las cocinas y los crematorios.

La antigua enfermería hoy se ha convertido en el Museo de Mauthausen. En él pueden verse objetos de la vida cotidiana de los presos: uniformes, cazuelas, platos, cucharas, zapatillas de esparto, fotografías. Otras vitrinas contienen botes de gas, listados con el recuento de víctimas por países, por clases (políticos, judíos, homosexuales, etc...), En cada esquina una foto, un recorte de prensa, un libro sobre el campo de concentración... más fotografías...



Campo de Concentración de Mauthausen

© José A. Guerrero

A continuación están los tres hornos crematorios. En una habitación, dos de ellos están abiertos de par en par mostrando sus entrañas; aterradora y abrumadora imagen. Originalmente había más pero fueron destruidos por los alemanes para no dejar huellas de sus crímenes, aunque no les dio tiempo a destruirlos todos. Los presos que trabajaban aquí eran ejecutados de un tiro en la nuca cada tres semanas. Sus aledaños se han convertido en un santuario con fotos, velas, ramos de flores, banderas, historias anónimas, silencios y dolor. A continuación un libro de firmas donde cada uno puede expresar lo que siente tras visitar este reducido, agobiante y terrorífico lugar.

Seguimos por las dependencias del edificio y nos encontramos en la habitación donde está el "Rincón del tiro en la nuca". Aquí había un medidor de estatura, y aún perceptible, puede verse un orificio abierto en la pared por el que se disparaba al preso en la nuca convencido de lo iban a tallar.





K3 Mauthausen

© José A. Guerrero



En el sótano de este edificio está la cámara de gas perfectamente camuflada como si fueran duchas. Unos azulejos blancos en su origen y ahora amarillentos debido al paso del tiempo decoran la lúgubre estancia. La visita a esta habitación es una sensación difícil de explicar. Es un lugar claro, por el reflejo de sus baldosas pero oscuro por los conductos del gas. Es una mezcla de engaño y sufrimiento. Por un lado representada por las alcachofas de ducha que nunca sirvieron para su finalidad y por el otro por lo oscuro y escondido del conducto verdadero de las emanaciones de gas. A esa mezcla de sensaciones se suma la gran mirilla de cristal construida en la puerta de la cámara a través de la cual los verdugos contemplaban la agonía de sus víctimas. Podéis observar, si visitáis esta parte del campo, el grosor de la puerta, fabricada así para que se pudiese cerrar herméticamente; tiene un aspecto terrible.



K3 Mauthausen

© José A. Guerrero



K3 Mauthausen

© José A. Guerrero

Resulta complicado intentar describir el respeto que genera este espacio que no hace sino contribuir a una reflexión íntima sobre la condición humana, sobre la dualidad entre el bien y el mal, sobre los límites de la razón y de la locura. Todo ello a pesar de saber que éste no fue un campo que destacara especialmente por el uso de la cámara de gas. Mauthausen era un campo de categoría tres, de no regreso, pero en este caso la eliminación del enemigo estaba planificada mediante trabajos físicos en la cantera y en otros campos adyacentes que contribuían al beneficio de la economía del III Reich. Aún así, insisto, este lugar es espeluznante. El interior de la cámara también está lleno de recordatorios a las víctimas, de ramos de flores y de placas de homenaje. Hay varias placas españolas tanto personales como de asociaciones republicanas.

Por las alcachofas salía el gas Zyklon B; cuando los presos se daban cuenta de lo que pasaba se abalanzaban sobre la puerta para intentar abrirla. Mientras vomitaban, se empujaban hasta que iban perdiendo el sentido y caían amontonados. Después de que transcurriera un tiempo prudencial para que la habitación se ventilara, entraban otros presos para sacar los cuerpos. A continuación eran llevados a una habitación cercana donde les extraían los dientes de oro o cualquier otra cosa de valor. Es donde estaba la llamada Mesa de disecciones, la cual aún permanece en el centro de la habitación.





Campo de Concentración de Mauthausen

© José A. Guerrero

Salimos de este tétrico lugar y nos dirigimos al primer edificio que hay a la derecha del patio central. En él se encontraba la lavandería. Hoy está convertida en una pequeña capilla flanqueada por una habitación con las banderas de los países de los aquí caídos. Las banderas están colocadas de manera que quedan inclinadas hacia delante, rindiendo honor a sus muertos.

Después de visitar la capilla, nos dirigimos a la puerta de acceso al patio, a su izquierda se encuentra el llamado "Muro de las lamentaciones", donde aún pueden verse las argollas que se usaban para sujetar las riendas de los caballos pero que tenían también otro fin, atar a los prisioneros para infringirles durísimos castigos. Uno de los más usados era dejar que los perros destrozaran los cadavéricos cuerpos andantes de los prisioneros. Su parte más alta aún conserva el infranqueable y terrorífico alambre de espino. Todo el muro está lleno de placas que los diferentes gobiernos, asociaciones, partidos políticos, han ido colocando como recuerdo y homenaje a todos los que sufrieron el horror del nazismo. Quiero hacer constar que echamos de menos una placa de cualquier Gobierno democrático español que recuerde la tragedia. El balance, sin duda, resulta bastante pobre. Borrado su recuerdo bajo el franquismo, los republicanos deportados a los campos de exterminio nazis tampoco han encajado en la memoria colectiva reconstruida con la democracia. Una triste pena.





KZ Mauthausen

© José A. Guerrero



El exterior del Campo y la Escalera de la Muerte

Una vez visto el interior del campo, salimos al exterior, a la gran explanada que hay delante del portón de acceso. La explanada, que en su día acogía el departamento político del campo de concentración, los equipos de vigilancia de las SS, un hospital de campaña, un casino para la diversión de los jefes y oficiales y los almacenes, hoy alberga diferentes estatuas, placas y monumentos conmemorativos de los diferentes países que entraron en conflicto y que recuerdan a sus muertos. Todas las razas y religiones están representadas.

El monumento dedicado a las víctimas griegas en Mauthausen reza: *"Das Vergesseb des Bösen ist die Erlaubnis zu seiner Wiederholung"* (Olvidar el mal pasado es permitir que se repita). Cerca se levanta otro tributo dedicado a los españoles allí fallecidos. En él, una placa en cuatro idiomas señala: *"Homenaje a los 7.000 republicanos españoles muertos por la libertad"*. Todos los países que perdieron allí a compatriotas sufragaron los gastos de sus respectivos monumentos, pero en el caso de la escultura que recuerda a los españoles, tuvo que pagarse con el dinero que aportaron los familiares de las víctimas.

Un camino a la izquierda nos conduce a la cantera y a la temida escalera de 186 escalones. A mitad de camino entre el campo de concentración y la escalera de la muerte, se encuentra *"El muro de los Paracaidistas"*, un lugar donde se despeñaba a los presos para disfrute de sus vigilantes.



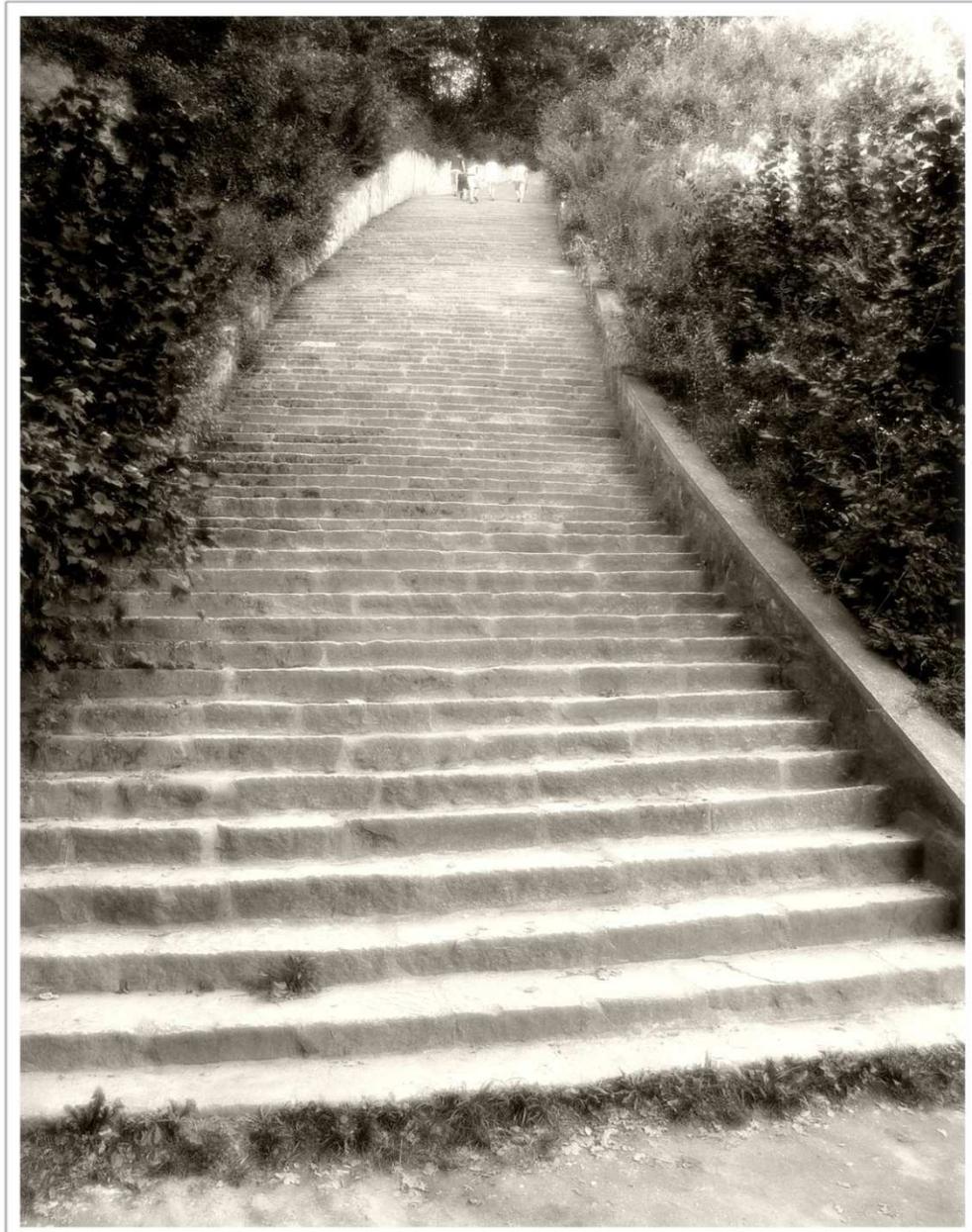
Campo de Concentración de Mauthausen

© José A. Guerrero



La cantera es un gran barranco de paredes de granito, motivo por el que se construyó aquí el campo de Mauthausen. Todo giraba en torno a ella. Yo cumplo con el ritual y bajo y subo los escalones para ver qué se siente. Hoy en día, con la escalera restaurada y mucho más accesible que la de entonces, hay que seguir teniendo mucho cuidado para no caer rodando cuando se baja. La estrechez de los escalones y la inclinación de la misma la hacen muy peligrosa. Sólo imaginarse la subida de los 186 escalones cargando un bloque de piedra de más de 30 kilos a la espalda da escalofríos.

Sentado en el primer escalón de la macabra escalera, recuerdo la historia de un preso muerto en Mauthausen.



K3 Mauthausen

© José A. Guerrero



Los 186 Escalones de la Escalera de la Muerte

Franz yace en el suelo, ya no puede levantar más la gigantesca roca que ha portado sobre su espalda durante más de cien escalones; está agotado. Ni los amenazantes gritos de los alemanes ni sus incesantes golpes logran que ese hombre exhausto, consumido, acabado, se incorpore. El cansancio y un inmenso vacío imperan sobre el miedo. Ya no le quedan fuerzas ni siquiera para tener miedo. Hasta ahí llega el desaliento de un hombre al que han robado la dignidad, al que han castigado hasta la extenuación. Unos años antes, Franz, en su pueblo, no hubiera podido imaginar que otro ser humano fuera capaz de infligir tanto daño a un semejante. Le quedan aún por subir más de cincuenta escalones hasta alcanzar la cima y concluir así otra extenuante jornada de castigo, pero sus ojos llorosos se han quedado mirando un punto cualquiera cercano a la muerte; no encuentra ningún motivo para levantarse. Junto a él reposa una piedra de tamaño descomunal. Ya no puede más. Los golpes arrecian, y sus gestos de dolor no son tenidos en cuenta. Sus lágrimas caen sobre el escalón y reposan en la indiferencia de los torturadores. Los SS se muestran brutales, inmisericordes. Varios perros ladran sin parar; uno incluso ha mordido a Franz en su pierna izquierda, provocándole un desgarró. Sus compañeros, la mayoría españoles, contemplan la escena sin detenerse, tienen miedo a caer despeñados, a recibir más castigos, a perder su exigua ración de comida diaria, a ser atacados por los agresivos canes. La cantera, esa maldita cantera, es ya de por sí un castigo inhumano. Los austriacos del lugar la llaman "Totenberg" (Montaña del muerto). Franz está sangrando por la cabeza, dos soldados tratan de levantarlo por la fuerza; es inútil, el hombre del traje a rayas blancas y azules tiene los nudillos destrozados, sus piernas de alambre no dan para más y su mente ha caído ya al vacío, después le seguirá su cuerpo. En un último esfuerzo, ha saltado desde lo alto de la escalera para quitarse la vida. En apenas unos segundos, su cuerpo recorre un descenso letal. El último sonido es el del fin de su vida, la conclusión de una existencia que ha terminado en un sufrimiento atroz. Pesaba 38 kilos, cuarenta menos que cuando ingresó en el campo. No podía más. Llevaba ya unas horas pensando que no tenía ganas de seguir viviendo. Bastaban unas jornadas en la cantera para que algunos prisioneros desesperados alcanzaran esos pensamientos fatales. Vivir era ya para él sinónimo de padecimiento, de denigración. Se acordó de sus hijos, pensó en la pálida tez de su mujer; los imaginaba allá en su pequeño pueblo, de donde él había sido arrancado por la sinrazón de los nazis.

Como Franz, 4.765 españoles murieron en Mauthausen.

Al salir de Mauthausen, se produce un silencio espeso, uno de esos silencios que hacen desaparecer el mundo y dejan oír apenas el fuelle de la respiración y el latido del corazón. Inma, Javi y yo nos miramos fijamente sin saber qué decir. Al igual que a los de Auschwitz, Fürstengrube, Gurs, Buchenwald, Dachau, Flossenbürg, Neuengamme, Schandelah, Wöbbelin, Treblinka, Sachsenhausen, Ravensbrück, Westerbork, Bergen-Belsen, Sobibor, Gross-Rosen, Jasenovac, Linz, Gusen, Esterwegen, Kulmhof-Chelmno, Belzec, Ohrdruf-Nord, Klooga, Sachsenburg, Moringen, Lichtenburg, Plaszow, Kaunas, Dora-Mittelbau, Bad-Suiza, Hinzert, Riga-Kaiserwald, Vaivara, Janowska, Stutthof, Majdanek, Trawniki, Poniatowa, Amstetten, St. Lambrecht, Breendonk, Hirtenberg, Freiberg, Hartheim, Theresienstadt, Oranienburg, Hertogenbosch-Vught, Vernet, Niederhagen-Wewelsburg, Ebensee, Gunskirchen, Melk, Amstetten, Wiener-Neudorf, Schwechat, Steyr-Münichholz, Schlier-Redl-Zipf, Fuhlsbüttel o Natzweiler-Struthof, a los muertos de aquí, no los conocimos, son desaparecidos en la cruel historia; desaparecidos, eso sí, pero no olvidados.



Fuentes consultadas para la elaboración de esta parte del relato:

Luis F. Ramírez
José Escobedo
José Manuel García
J. Talavante
Miguel M. Linares
Javier Moreno
José Enrique (Campingsalón)
Wikipedia
Diario "El País"
Diario "El Mundo"
Diario "Público"
Diario "ABC"
FPLM

"*El sol se extinguió en Mauthausen*", de Francisco Batiste. (Editorial Antinea, Vinarós)
"*Triángulo azul*", de Manuel Razola y Mariano Constante. (Ediciones 62 S.A. Barcelona)
"*Francisco Boix, el fotógrafo de Mauthausen*", de Benito Bermejo. (RBA Libros, S.A.)
"*Mauthausen*", de Hans Marsalek. (Österreichische Lagergemeinschaft Mauthausen)
"*El convoy de los 927*", de Montse Armengou y Ricard Belis (Editorial Debols!llo)



Campo de Concentración de Mauthausen

© José A. Guerrero



Obertraun (Hallstatt)

(Camping Am See)

De Mauthausen a Hallstatt hacemos un par de paradas para estirar un poco las piernas, el día está siendo duro kilométricamente hablando. En una de ellas, muy cerca ya de nuestro destino, conseguimos ver un sol vestido de rojo que se acuesta lentamente en unas montañas llenas de coníferas que suavemente oscurecen. Hay vistas que no se pueden explicar.

A las 20:35h llegamos a Obertraun, a unos 3 kilómetros de Hallstatt. Rápidamente encontramos el camping Am See, justo al borde del lago y con la vista de Hallstatt enfrente, sin duda, podemos disfrutar de nuestra estancia desde un lugar privilegiado. Al llegar, nos recibe el dueño del camping, Lorenzo Morelli, un encantador austriaco que habla castellano mejor que nosotros. El camping está a tope, pero hay una anulación de última hora y la parcela nos la da a nosotros. Antes de pagar, nos solicita que nos acomodemos tranquilamente en la enorme parcela y después volvamos a la recepción. Nos posicionamos en el mejor sitio posible, y tras dar una pequeña vuelta por el camping, nos dirigimos a la recepción para charlar con Lorenzo tal y como nos había pedido a la llegada. Durante más de veinte minutos nos cuenta la historia de Hallstatt y charlamos amigablemente de Austria, de Italia y sobre todo de España, de la que es un gran conocedor, ha vivido aquí muchos años. Lo dicho, un personaje encantador.

Salimos de la recepción y bajamos a una pequeña zona arenosa que posee el camping para observar las impresionantes vistas de las montañas que rodean el pueblo y el lago. Ya hay poca luz. Al fondo se divisan las tenues luces de las casas y de las iglesias de Hallstatt. Después de las fotos de rigor, a las 21:30h preparamos la cena y disfrutamos de ella con una paz y una tranquilidad que no recuerdo en ninguno de los viajes que hemos hecho. Suave, por debajo del omnipresente olor del verde, se puede sentir el humo que viene desde la chimenea de la recepción del camping, la cual, según Lorenzo, siempre tiene encendida. Sólo se escucha el ocasional gemido de los patos a la orilla del lago y el constante estampido suave del viento contra los árboles: es el sonido que hace el silencio. Es inolvidable.



RESUMEN DEL 11º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	496	3.658 acumulados
Vignette (pegatina) para las autopistas austriacas	Pegatina válida para 10 días	7,70€
Gastos de Gas-oil	73,64 litros a 1,324€/L (Gasolinera en Linz)	97,50€
Entradas KZ Mauthausen		Ticket familiar: 4,80€ ----- Sin ticket familiar: (Adultos 2€ / Niños 1€)
Parking KZ Mauthausen	El precio es de 1€ por hora. Las dos primeras horas son gratis.	3€
Camping Am See en Obertraun (Hallstatt)		37,50€

- Los datos aquí expresados están anotados el 11/08/2008





COORDENADAS GPS:

Campo de Concentración de Mauthausen

Erinnerungsstrasse, 1

N 48° 15' 20.19"

E 14° 30' 01.45"

(N 48.25560 – E 14.50040)



Parking en el KZ Mauthausen

© José A. Guerrero

Camping Am See en Obertraun (Hallstatt)

Winkl, 77

N 47° 32' 56.53"

E 13° 40' 40.13"

(N 47.54904 – E 13.67779)



OFICINAS DE TURISMO Y PUNTOS DE INFORMACIÓN:

Campo de Concentración de Mauthausen

Erinnerungsstrasse, 1

4310 Mauthausen (Austria)

Horario de apertura: de 9:00h a 17:30h. (Última hora de admisión al campo: 16:45h.).

Abierto todo el año salvo los días 24, 25, 26 y 31 de diciembre y el 1 de enero.

Parking abierto desde las 7:00h hasta las 19:00h. No se puede pernoctar. Las dos primeras horas son gratis, a partir de la tercera el precio es de 1€ por hora.

Precios en agosto de 2008:

- Adultos: 2€
- Niños: 1€
- Ticket familiar: 4,80€ (2 adultos y 1 niño).

Tel.: 7238 22690

Fax: 7238 226940

Web: www.mauthausen-memorial.at

E-mail: bmi-iv-7@bmi.gv.at





PERNOCTA EN OBERTRAUN (HALLSTATT):

Camping Am See

Winkl, 77

4831 Obertraun (Austria)

Coordenadas GPS: N 47° 32' 56.53" - E 13° 40' 40.13" (N 47.54904 – E 13.67779)

Tel.: 06131 265

Fax: 06134 8368

E-mail: camping.am.see@chello.at

Web: www.camping-am-see.at

Situado a 3 kilómetros de Hallstatt, a orillas del lago. Es un buen camping aunque algo caro. Se paga el entorno.

Abierto desde el 1 de mayo hasta el 30 de septiembre.

Nº de plazas: 106

Hablan castellano perfectamente. Preguntad por Lorenzo Morelli. El trato es excelente.

Precios en agosto de 2008: 37,50€ (2 adultos, 1 niño, 1 autocaravana y electricidad).



Camping Am See. Obertraun

© José A. Guerrero



CAPÍTULO 12 / Martes 12 de agosto (Hallstatt - Berchtesgaden): 94 Km.

Hallstatt



- Estado: **Salzkammergut (Austria)**
- Habitantes: **923**
- Altitud: **511 metros sobre el nivel del mar**
- Coordenadas GPS: **N 47° 33' 25" – E 13° 38' 43"**
- Ayuntamiento: **Seestrasse, 158**

A las 9 de la mañana, llegamos a nuestro destino, llegamos a Hallstatt, la maravilla alpina que en 1997 fue declarada por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad. El parking donde dejamos la autocaravana está situado junto a la entrada de las minas de sal; al final de esta parte del relato os pongo las coordenadas. Es de pago, 6€ por cuatro horas. No es un área para autocaravanas pero no hay prohibición de estacionar.

Como dije al principio del relato, esta localidad austriaca fue catalogada como la población más hermosa del mundo a orillas de un lago. Y lo hicieron con todos los honores, por que el paisaje que vemos a nuestro alrededor es idílico, de postal. Un lago envuelto por casitas blancas con tejados de pizarra a su alrededor y con las montañas dándole cobijo. Es sencillamente espectacular. Porque si algún día soñé con un lugar rodeado de montañas, junto a un lago y todo nevado en invierno, este debió de ser Hallstatt. Por desgracia, en agosto la nieve no cubre ni las montañas que lo rodean ni los tejados de pizarra de las casas que reflejan su belleza en el del lago Hallstätter See. De haber sido así, este sería un lugar donde morir se haría más llevadero para uno... Aunque en honor a la verdad, prefiero que Hallstatt me espere unos cuantos lustros antes del óbito.

El paisaje que envuelve a este pequeño pueblo de unos 900 habitantes es lo más encantador que he visto en mi vida. La torre de la iglesia, los jardines y los balcones de madera cargados de flores se funden en el reflejo de las montañas sobre el agua del lago.

El pequeño centro urbano de la ciudad no es demasiado grande, en poco menos de una hora es posible verlo caminando por sus tranquilas y laberínticas callejuelas y subiendo por escaleras que se pierden entre las coquetas casitas llenas de flores en sus balcones. Entre las calles, nos encontramos de vez en cuando alguna que otra plaza, y al final, como en casi todos los pueblos, llegamos hasta la principal, la Marktplatz, donde destaca su fuente central, su elegante Iglesia Protestante y sobre todo sus fachadas cubiertas de enredaderas. No hay nada como detenerse en la plaza, mirar alrededor, y como si el tiempo se parara, sentarnos en alguna de las terrazas de los restaurantes que pueblan el lugar, y disfrutar de una buena jarra de cerveza. Como dice mi buen amigo Bauti: *"Cómo debe de estar Dios para estar mejor que yo en este momento..."*





Hallstatt

© José A. Guerrero

Lo recorreremos todo varias veces; las casas de madera junto al lago, paseos por el lago, el lago, el lago, el lago... No podemos dejar de acercarnos a observar el lago. Tal es su magia y su imán, que nos atrae de una forma tan poderosa que volvemos a él una y otra vez. ¡¡¡Es un paisaje bellissimo!!!

Y si elegante es la Iglesia Protestante que preside la plaza, también esbelta y elegante es la Iglesia Católica, un poco más a las afueras, en medio de lo que parece un bosque frondoso: la Pfarrkirche, que tiene la particularidad de tener un cementerio con un curioso osario donde se exponen cráneos, todos ellos decorados con flores. El motivo de tener esta capilla/osario es porque el cementerio local no tiene el espacio suficiente para poder tener todas las tumbas. El espeluznante osario es lugar usual de visitas curiosas primero y luego asustados rostros una vez en el interior, y tal vez, por qué no decirlo, de rápidas huidas. Después de diez años se trasladan a este lugar los cráneos para así poder utilizar el lugar que ocupaban los cuerpos. Para nosotros es algo muy peculiar ya que no estamos acostumbrados a este tipo de cementerio, y para ser sinceros, nos resulta chocante verlo, pero no deja de ser algo distinto que nos ayuda a conocer las distintas creencias y costumbres de cada lugar que visitamos y que en definitiva es una de las cosas que nos deja un viaje, además de sus paisajes y todo aquello que podamos disfrutar.

Volvemos sobre nuestros pasos, y tras acabar el paseo por las estrechas calles del casco histórico, llegamos al embarcadero dónde nos estacan 7,50€ euros por persona por darnos una vuelta por el lago dónde se encuentra el pueblo. El trayecto en el barco en cuestión se hace demasiado corto, sobre todo por los 22,50€ que nos han hecho pagar, por lo que merece la pena aprovecharlo al máximo.





Hallstatt

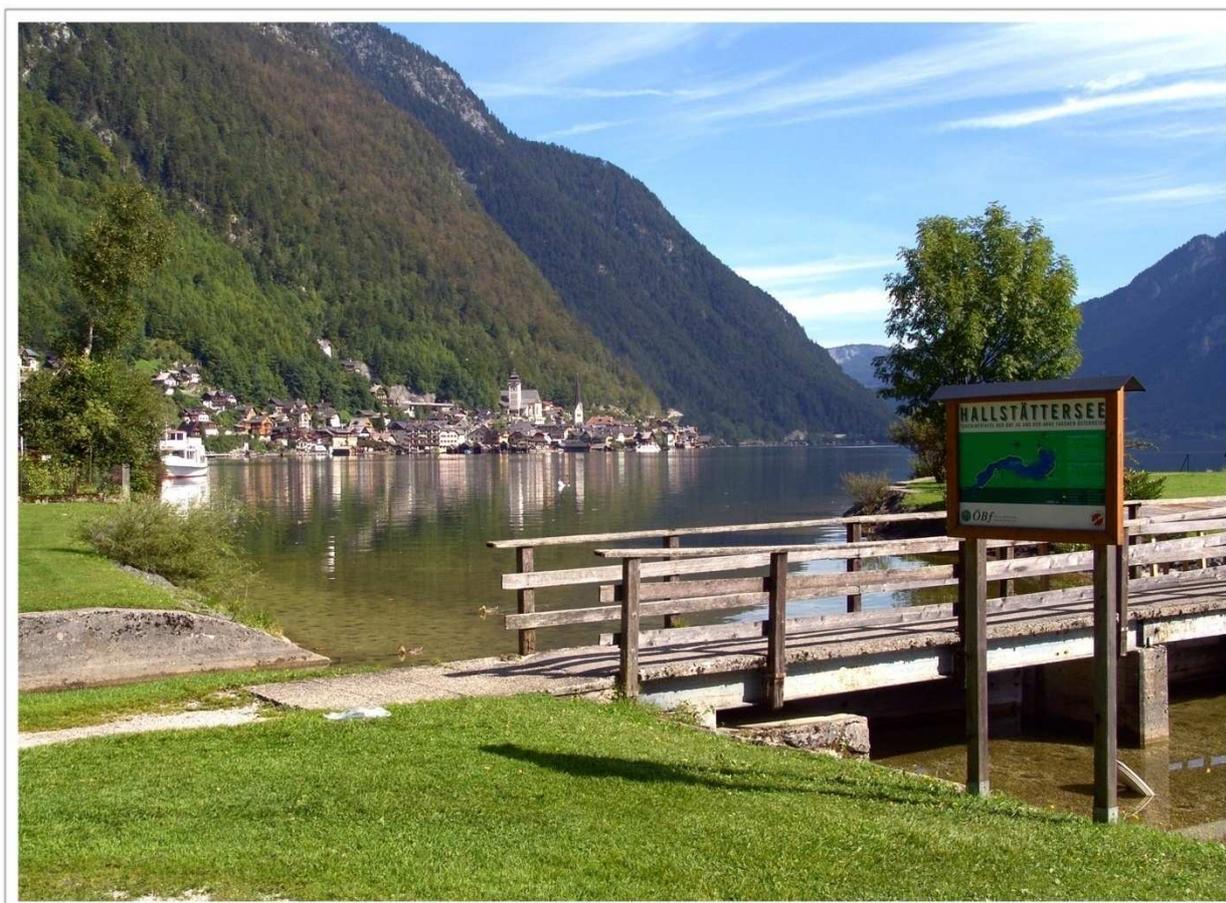
© José A. Guerrero



Deslizándote por esas aguas grises de espejo, rodeado de altas montañas, con la vista fija en un pequeño pueblo de montaña abierto a la inmensidad de ese abismo incomunicado, te sientes en la mayor de las aventuras, como si estuvieses visitando un lugar perdido como pocos hay por el mundo. Sea como fuere, merece la pena pagar los 7,50€ per cápita por la vueltecita, ya no solo por observar un típico pueblo rodeado de montañas, sino porque desde el barco, las vistas son aún más impresionantes.

Hallstatt también es importante por su comercio de sal, no en vano aquí se encuentra la mina más antigua del mundo con más de 3.000 años de antigüedad. A ella se puede acceder en funicular desde los mismos pies del parking donde hemos estacionado la autocaravana, eso sí, previo pago de su importe. Habida cuenta de que mis dos acompañantes no están a estas alturas de día para muchas alturas montañosas, decidimos no hacer la visita. Otra vez será.

Y así, perdidos en el recuerdo de las imágenes extraordinarias que acabamos de ver, dejamos Hallstatt, un lugar que pierde mucho contándolo, es mejor vivirlo y disfrutarlo, tanto con la vista como con los sentidos. Sintiendo todavía el influjo de la vista del lago, nos vamos sabiendo que no nos va a ser fácil olvidar este sitio. He de reconocer que esta sensación no tiene parangón con ningún otro lugar de los muchos que he visitado en mi vida, nos llevamos parte de Hallstatt con nosotros, algo tendrá. Irse de Hallstatt es también despedirse de Austria, un país que lo guardaremos en ese dulce manantial que es el corazón. Anhelamos el día de nuestra vuelta a este bellissimo país, no tardaremos.

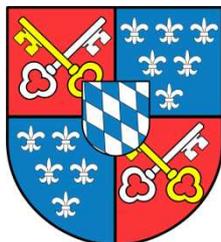


Hallstatt

© José A. Guerrero



Berchtesgaden



- Estado: Baviera (Alemania)
- Habitantes: 7.618
- Altitud: 577 metros sobre el nivel del mar
- Coordenadas GPS: N 47° 37' 54" – E 13° 00' 05"
- Ayuntamiento: Rathausplatz, 1

Berchtesgaden tiene corazón de bosque. Lo abraza una poderosa geografía de montañas de ensordecedor silencio que recortan caprichosamente el diáfano cielo azul; ondulantes valles y unos fabulosos lagos, ríos y cascadas que quitan el aliento también forman parte de su paisaje. Sus parajes colman ampliamente los deseos de quienes buscan sumergirse en la naturaleza en estado puro.

Este pueblo alemán, encerrado en los Alpes bávaros y muy cerca de la frontera con Austria, es famoso sobre todo por lo anteriormente dicho, pero también por haber sido el lugar preferido por los Nazis para pasar sus vacaciones desde 1920 y por ser el lugar donde se reunían para elaborar muchas de las estrategias que luego llevaron a la práctica durante la guerra. Es por todo ello, por lo que, quizás sin quererlo, este pueblo alpino está muy marcado por su historia. Sin embargo, de aquella fatídica época, sólo se conserva el Nido del Águila, la residencia oficial de verano de Adolf Hitler que le fue regalada con motivo de su 50 cumpleaños en 1939, y que se encuentra en un lugar privilegiado en lo más alto de la montaña Kehlstein. Los demás recuerdos, la casa de Göering, la de Martin Bormann, la de Rudolph Hess, todos ellos personajes destacados del mando nazi, fueron demolidas. En el capítulo del Nido del Águila hablaremos más extensamente de ello.



Berchtesgaden

© José A. Guerrero



En este antagónico lugar, donde convive la soledad del macabro Nido del Águila y el magnífico ecosistema de los lagos Königssee y Obersee, uno se adentra en el territorio de un pueblo bávaro comparable a la lectura de un delicioso relato de realismo mágico. Los límites entre lo natural y lo sobrenatural se dibujan en esta porción de tierra alemana inmersa de lleno en territorio austriaco.

Por una encantadora carretera de montaña repleta de curvas pero con unas vistas impresionantes, llegamos a Berchtesgaden. Nos cuesta encontrar aparcamiento ya que en la mayoría de lugares que aparentemente se puede aparcar nos encontramos siempre con la señal de prohibido para autocaravanas. Finalmente, y tras dar más vueltas que un tío vivo, encontramos un parking junto a la estación de tren, muy cerca del casco antiguo.

Mientras comemos, en poco menos de cinco minutos empezamos a tener vecinos. Y eso que cuando hemos llegado pensábamos irnos porque no nos inspiraba mucha confianza el lugar... Cogemos las cámaras y algunos apuntes de la ciudad y por una empinada cuesta llegamos al típico pueblo alpino con casas de piedra, muchas engalanadas con banderas, y con los clásicos tejados negros de pizarra para resguardarse de la nieve invernal. Según penetramos en sus laberínticas callejuelas, la ciudad desvela su carácter inconfundible y nos sorprende con escenas que pertenecen no a otro tiempo, sino a otra dimensión. El casco antiguo, con sus callejuelas empedradas y peatonales, llenas de típicas cervecerías alemanas, está lleno de vida. Sus gentes siempre encuentran un buen momento para sentarse en las terrazas mientras se toman una cerveza bávara bien fría. También las tiendecitas de recuerdos y las pastelerías, cuyos escaparates invitan a sumergirse de lleno en el noble arte del yantar, son la estampa inconfundible de un pueblo de los Alpes que siempre hemos imaginado.

Hablando de cervecerías. Alemania es un país donde abundan los lugares para el gozoso arte de la vianda, es más, creo que es uno de los que los acoge con más propiedad. El claro ejemplo son los *biergarten*, o lo que es lo mismo, los Jardines de Cerveza, traducción literal pura y dura. Los *biergarten* son unos espacios amplios, casi siempre al aire libre, que están rodeados de pequeños puestos de bebidas y de comida. Su entorno está repleto de largas mesas de madera donde los clientes se sientan a degustar su comida. Por regla general, los que lo hacen no suelen ser vegetarianos, más que nada por los kilos y kilos de panceta, morcillas, salchichas, chorizos y otras derivaciones del cerdo que allí se devoran con ansia. He de reconocer que verduras he visto pocas. Los frecuentan todo tipo de personas: desde solitarios barrigudos que saborean con deleite una rica cerveza alemana, hasta distinguidas ancianas que aprovechan para tomar el aperitivo mientras repasan el diario local del día. Esto no es nuevo para nosotros, el año pasado lo pudimos comprobar en la *stadtfest* de Füssen o en la de Obernai. Delicioso recuerdo. Y todo esto viene a cuento, porque Berchtesgaden es uno de esos lugares donde los *biergarten* proliferan en cada calle de la ciudad.

En uno de ellos, nos sentamos tranquilos y cómodos en una de las tantas originarias sillas de madera y de inmediato se acerca el mozo alemán, con la característica chaqueta color Burdeos y el pantalón negro. No pedimos nada fuera de lo común: una simple cerveza, una Coca-Cola y un café con leche que nos servirán de excusa para permanecer en el lugar. Aprovechamos la espera para observar todo como un niño que descubre juguetes guardados durante mucho tiempo en un arcón. Observamos y tocamos las mesas y las sillas de madera gastadas por el tiempo. A nuestro alrededor, en otras mesas, más personajes comen y beben como si lo fuesen a prohibir; otros, simplemente, ven pasar el tiempo, que aquí no sólo se tiene la sensación de que no se pierde, sino de que se recupera.

A los tres minutos, el camarero se acerca tímido y silencioso con nuestro pedido, acostumbrado seguramente a no querer interrumpir a los clientes ensimismados en sus pensamientos. Pone sobre la mesa la cerveza, la Coca-Cola y una pequeña taza blanca, a la que agrega un aromático café y, posteriormente, un poco de leche. Una vez más, me brotan recuerdos, en este caso, de cuando en mi casa tomaba remolonamente el café con leche antes de ir al colegio en un tazón también blanco, que parecía no tener fin y que siempre dejaba por la mitad ante la insistencia frenética de mi abuela.





Berchtesgaden

© José A. Guerrero



Pero hoy, el solo aroma que emana del contenido de ese recipiente, de inmediato me invita a saborearlo plácidamente hasta el final. Y así lo hago, casi grotescamente diría. Cojo la pequeña taza blanca y observo el café con leche humeante; mientras, el reflejo de los rayos de sol que entran por una pequeña callejuela y sin permiso, se posan sobre nuestra mesa y me dejan ver cómo se desprende el humo; cierro los ojos, lo acerco a mis labios, tomo un pequeño sorbo y lo saboreo como el que reconoce un exquisito vino manchego. El resultado es un deleite absoluto. A riesgo de exagerar, creo que en pocos lugares me he tomado un café tan a gusto y tan bueno como me lo he tomado aquí. Y mientras, a nuestro lado, la cara opuesta de la tranquilidad cafetera. Un bigotudo y rubio alemán, con su rubia y pecosa compañera, se devoran con ansia medio costillar de cordero como el que tiene hambre de tres días. Paradojas del comer.

El repique de unas campanas, nos lleva hasta la Schlosskirche (iglesia del palacio) en la Schlossplatz (plaza del palacio). Entre un olor agradable y el humo de sándalo, se celebra una exigua misa. La gente murmulla sus rezos y los sacerdotes hacen sonar campanas y carillones. Es una liturgia rápida, breve; como si la religión requiriera de urgencias. Al salir de la iglesia nos topamos con la belleza de la plaza porticada del palacio, una plaza casi triangular, robusta y muy tranquila. La decoración de las paredes de los soportales, con pinturas de escenas cotidianas de la historia del pueblo, es espectacular. Aquí, bajo los arcos, aprovechamos para realizar la compra de algún recuerdo para la familia. Siempre viene bien tenerla contenta, se lo merecen.



Berchtesgaden

© José A. Guerrero



Sin darnos cuenta son ya las 19:00h. A estas intempestivas horas para los alemanes, los comercios de Berchtesgaden cierran y la ciudad se desertiza. Sólo los famosos biergarten tienen algo de clientela, el resto, tiendas de ropa, pastelerías, farmacias, etc, ha echado el cierre a sus locales. La poca luz de sol que nos ha alumbrado nuestra visita al pueblo ha desaparecido, una lenta oscuridad hace acto de presencia. Un tímido viento fresco trae olor a próxima lluvia, y como almas llevadas por el diablo, en menos de diez minutos estamos en la autocaravana, tenemos práctica en llegar calados y no queremos repetir la experiencia. Sorprendentemente, a las 19:15h la noche se nos ha echado encima.

Salimos de Berchtesgaden para dirigirnos al parking del lago Königssee, donde queremos pernoctar, pero nos encontramos con la desagradable sorpresa de que está prohibido. Junto al parking está el Campingplatz Mühlleiten, pero para nuestra desgracia está lleno. Visto el panorama, decidimos irnos a la aventura de la búsqueda y captura de un lugar para pernoctar. Tenemos suerte y a dos kilómetros encontramos un pequeño aparcamiento a la entrada del pueblo de Unterschönau. Dos autocaravanas francesas con sus respectivos matrimonios jubilados han encontrado antes que nosotros el lugar, pero hay sitio para dos más si se juntan un poco. Sin pedirselo, se unen un par de metros y conseguimos aparcar. Los saludos y las miradas cómplices, en medio de una finísima lluvia, hacen de agradecimiento por la acogida. ¡Qué buena gente hay en este mundo campista!

Después de la cena, y con los paraguas abiertos por la tenaz lluvia, salimos a tirar la basura y a respirar un poco del aire puro de los Alpes. Con la noche cerrada en agua, nos retiramos a descansar sabiendo que mañana tenemos un duro día por delante.

RESUMEN DEL 12º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	94	3.752 acumulados
Paseo en barco por el lago Hallstatt		22,50€ (7,50€ por persona)
Parking en Hallstatt		6€

- Los datos aquí expresados están anotados el 12/08/2008





COORDENADAS GPS:

Parking en Hallstatt

Salzbergstrasse
N 47° 33' 18.37"
E 13° 38' 41.60"
(N 47.55510 – E 13.64490)



Parking en Hallstatt

© José A. Guerrero

Parking en Berchtesgaden

Am Güterbahnhof
N 47° 37' 43.62"
E 13° 00' 08.57"
(N 47.62876 – E 13.00240)

Parking en Unterschönau (Königssee)

Schornstrasse
N 47° 36' 01.58"
E 12° 59' 04.01"
(N 47.60044 – E 12.98445)



PERNOCTA EN UNTERSCHÖNAU (KÖNIGSSEE):

Parking en Unterschönau (Königssee)

Schornstrasse
Coordenadas GPS: N 47° 36' 01.58" - E 12° 59' 04.01" (N 47.60044 – E 12.98445)

Situado a 2 Kilómetros del lago Königssee, a la entrada del pueblo de Unterschönau. Es un pequeño aparcamiento donde sólo caben media docena de autocaravanas. No tiene ningún tipo de servicio. Es gratuito.





OFICINAS DE TURISMO Y PUNTOS DE INFORMACIÓN:

Hallstatt

Seestrasse, 169
4830 Hallstatt
Tel.: 6134 8208
Fax: 6134 8352
Web: www.hallstatt.net
E-mail: hallstatt@inneres-salzkammergut.at

Berchtesgaden

Maximilianstrasse, 9
83471 Berchtesgaden
Tel.: 8652 944 5300
Fax: 8652 967 381
Web: www.berchtesgaden.de
E-mail: info.kurhaus@berchtesgaden.de





Berchtesgaden

© José A. Guerrero



CAPÍTULO 13 / Miércoles 13 de agosto (Königssee - Obersee - Nido del Águila - Estrasburgo): 555 Km.

Königssee



- **Estado: Baviera (Alemania)**
- **Altitud: 614 metros sobre el nivel del mar**
- **Coordenadas GPS: N 47° 35' 27" – E 12° 59' 16"**

El despertador suena muy pronto, a las 7:15h. Javi duerme profundamente, es demasiado temprano para él. Le susurramos al oído y despierta aturdido estirándose de bailarina de ballet al tiempo que ruge como el león de la Metro Goldwing Mayer.

Tras un espléndido desayuno, nos preparamos para la etapa del día. Salimos del aparcamiento a las 8:30h, nuestros tres vecinos franceses nos siguen.

El parking del Lago Königssee se encuentra a un par de kilómetros del lugar de pernocta. Una ligerísima cuesta nos deja en la barrera de acceso. Por 3€ se puede estar todo el día. No se puede pernoctar.

Como estoy ansioso por admirar el Königssee desde la ventana del pequeño barco, de manera urgente, sacamos los billetes a 12€ por persona en la taquilla del muelle y nos ponemos en la fila donde nos esperan varias excursiones de japoneses y de niños. Para los más pequeños hay un barco de reducido tamaño en exclusiva. Dada la excitación de los niños, sólo les falta "hacer la ola".

El Königssee es un lago alpino precioso, rodeado de paredes escarpadas y de naturaleza en estado salvaje, podríamos decir, sin error a equivocarnos, que el paisaje del Königssee es sobrecogedor; un espejo de agua clara con un color verde esmeralda y una pureza posible gracias a su origen: el agua proviene de los Alpes y alimentan la cuenca del lago. El Königssee está rodeado de vida que serena el espíritu mientras al fondo se oyen los cánticos de las aves que vuelan ajenas al discurrir del tiempo. En medio de un paisaje inhóspito de asombrosa belleza, en el Königssee es grato regalarse horas de contemplación en total soledad para disfrutar de la delicadeza plástica de este lugar.

El marco del lago y las montañas es poco menos que espectacular, único: no es casual que el paisaje haya inspirado cuentos de hadas populares en la región. Puestos a imaginar, muchos de sus pobladores, no dudarían en creer, al observar por la noche a la luna reflejándose en el espejo de agua del Königssee, que el sitio, está verdaderamente encantado.



Sentado en el banco de madera del barco, las vistas son tan cautivadoras que me gustaría envejecer viendo los cambios de luz y los movimientos lentos del agua al paso de la embarcación. Un auténtico paraíso; un remanso de paz. Ahora entiendo el verdadero concepto de lo que es la belleza de este sublime lago. Sintiendo el frescor del aire puro en nuestra cara, sumergidos en un silencio sagrado, nos dejamos llevar para fundirnos como un solo ser con la Naturaleza. Si alguna vez no has oído el silencio, aquí puedes hacerlo. Un silencio atronador que invade el aire. Es un auténtico paraíso para la contemplación, sólo interrumpido por las conversaciones del resto de turistas del barco o por el chirrido de los bancos de madera. Aquí por suerte no se oye la televisión, ni la música heavy ni hay Wi Fi para conectar la PDA o el ordenador portátil. La única conexión posible es con los demás y fundamentalmente con uno mismo. Aquí hasta el tiempo parece transcurrir más lentamente, parece adquirir otra dimensión y se pierde noción de su implacable paso. Una sensación de plenitud al estar delante de tanta belleza me sacude el alma.



Königssee

© José A. Guerrero

Las aguas del Königssee se mantienen imperturbables al avance silencioso del barco. El escaso movimiento del agua es ola que susurra a los acantilados que le abriga. Es una travesía de música lenta, donde un trompetista y su trompeta, ambientan un decorado de silencio que nunca antes había vivido. A medio camino entre el muelle de salida y la capilla de St. Bartholomä, el barquero inmoviliza la embarcación; es cuando el silencio está más presente. Unas notas de trompeta y dos segundos después, el eco las devuelve. Retorna el silencio, un silencio inflado de ecos de trompeta, de miradas hacia al agua, de miradas hacia la nada, de miradas de asombro. Puedo asegurar que esto es un increíble, e impagable, regalo de la naturaleza. Este atractivo es una forma, se podría decir que casi un ritual, con que los turistas inician su visita al Königssee.



Königssee

© José A. Guerrero

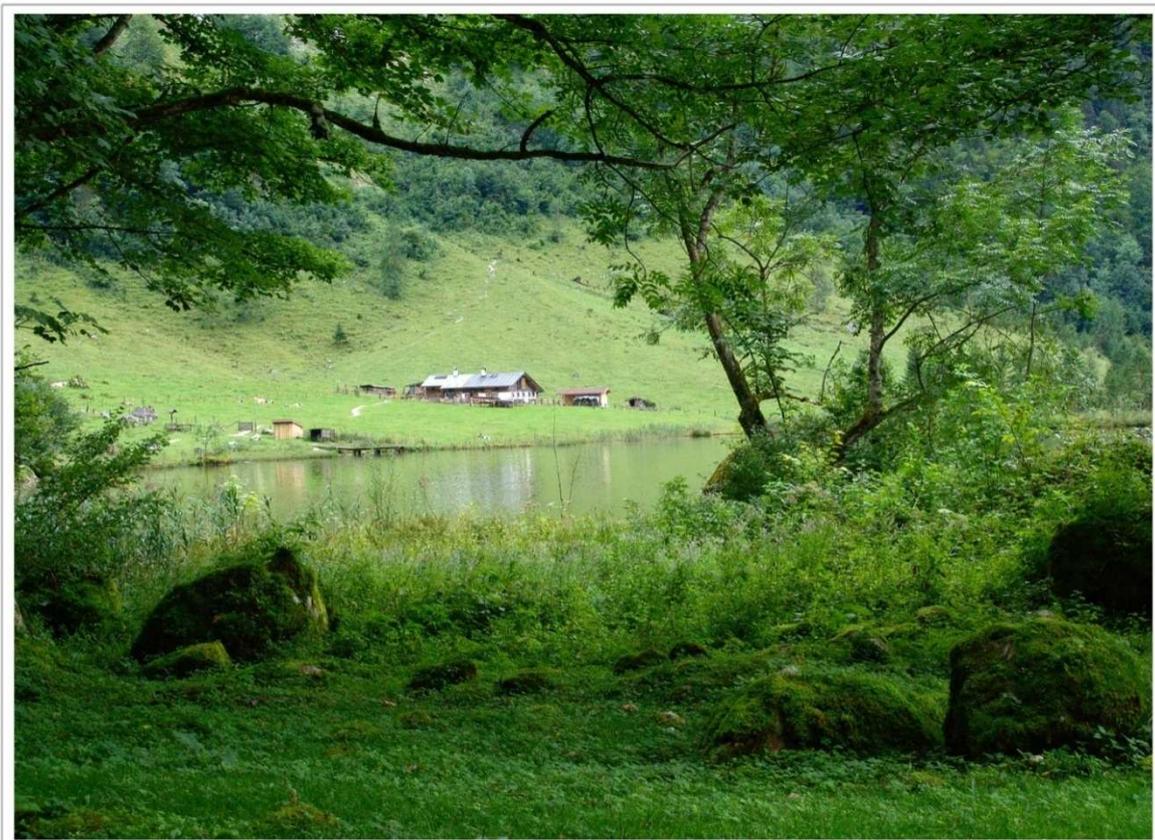


El silencioso discurrir del barco eléctrico, nos lleva a la capilla de St. Bartholomä, que se yergue en la orilla derecha del lago, delante del monte Watzmann, el segundo más alto de Alemania con 2.713 metros. Hay una curiosa leyenda sobre este monte y cuenta que la cima más alta encarna al rey, la segunda más alta a la reina y las otras simbolizan a sus siete hijos. Por lo visto el rey era un auténtico déspota y fue castigado por Dios convirtiendo a toda la familia en piedra.

La capilla de St. Bartholomä es una capilla de barco, de esas que sólo se puede visitar si se llega a bordo de uno. No hay otra posibilidad más cómoda de acceso. A nado o a pie atravesando montañas, se debe de hacer muy cansado, estoy seguro. Esta pequeña iglesia barroca de peregrinación situada en una península, llama la atención por su curiosa belleza exterior. Sus cúpulas rojizas en forma de cebolla, hacen de St. Bartholomä la imagen de marca del lago Königssee. Al ver la capilla, se identifica de inmediato el lago. Una conjunción indivisible y maravillosa. Os decepcionará el interior, austero, simplón y muy minimalista; nada que ver con la sensación que se tiene al ver el exterior. Pero no todo puede ser perfecto, ¿no?

Se me había olvidado comentaros que el barco permite apearse en la capilla de St. Bartholomä, y una vez vista ésta, volver a coger otro para que nos lleve a Salet, donde está el apeadero para visitar el Obersee. La llegada y salida de barcos es constante, le calculo una cadencia de unos veinte minutos, más o menos. A la vuelta, cuando se regresa al muelle de partida, también se para en la capilla, tanto para bajar como para subir, por lo que uno puede plantearse la visita en el orden que desee.

Desde St. Bartholomä al muelle de Salet tardamos cinco minutos.



Königssee

© José A. Guerrero



Obersee



- **Estado:** Baviera (Alemania)
- **Altitud:** 1.213 metros sobre el nivel del mar
- **Coordenadas GPS:** N 47° 31' 08" – E 12° 58' 52"

A veces el destino parece que existe realmente y ayuda a los que nos gusta aprender a apreciar vivencias que de otra forma olvidaríamos enseguida. No me preguntéis el porqué, no tengo la explicación.

Estamos en el Obersee, un pequeño lago junto al Königssee al que se accede por un peligroso camino de vacas. Peligroso no por lo abrupto, que también, sino por la gran cantidad de cagadas vacunas que nos encontramos en el corto trayecto. Cagadas como el sombrero de un picador de lidia, enormes, acuosas y desagradables, que hay que sortear como el que sortea fulanos un domingo en el rastro de Cascorro. Hay que prestar especial atención por si las moscas, que también las hay. Si se salva este obstáculo escatológico, se llega al lago en diez minutos.

La imagen que se ve al llegar a la orilla del lago, impacta, es brutal. Sobrecogedora. También impacta cómo veinte minutos pueden ser tan cortos cuando hay una belleza como la que tenemos frente a nosotros. Veinte minutos inolvidables, veinte minutos de éxtasis, sólo veinte minutos.



Obersee

© José A. Guerrero

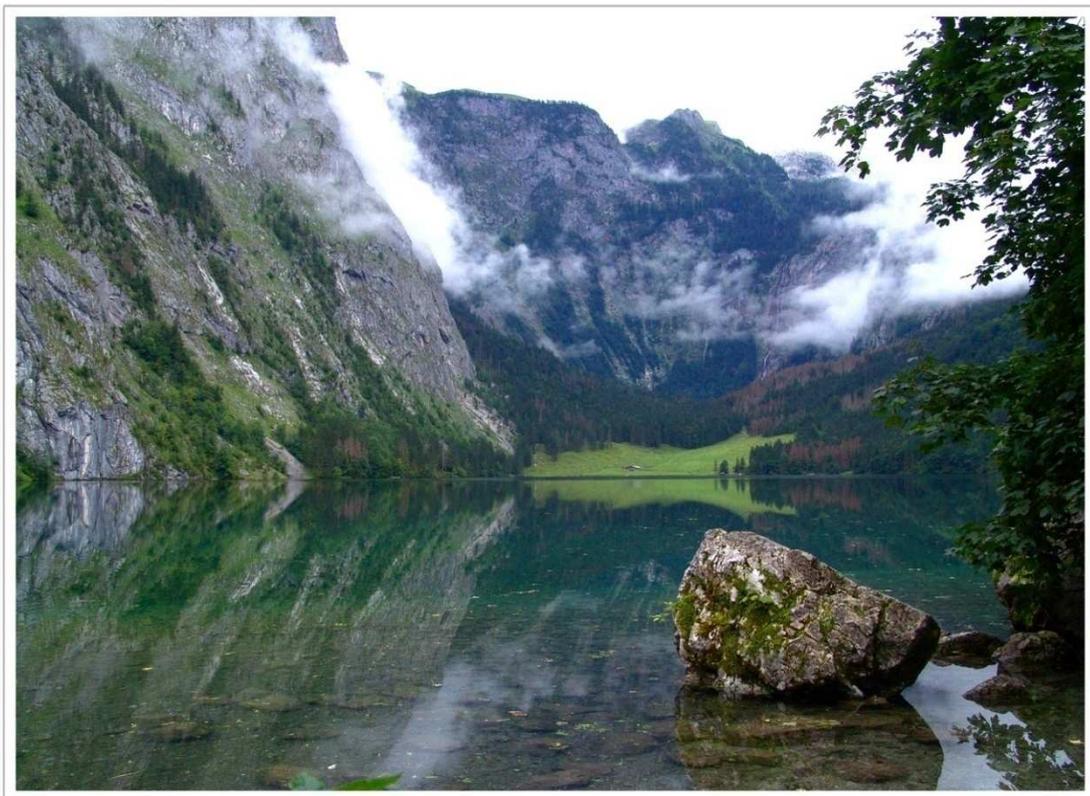


El Obersee con el Teufelshörner de fondo, estremece. Es pequeño, pero es hermosísimo; un paraíso de agua rodeado de montañas, un reflejo discreto de luz que se extingue con el crepúsculo y resurge cada mañana como el Ave Fénix.

Hay veces que tenemos tantas ganas de ver algo que luego nos decepciona o no se ajusta a lo que teníamos en mente; a lo que habíamos imaginado. Con este lago no me ha ocurrido eso. El Obersee es como el mar: no te sacias de contemplarlo, te apresa, te borra, y no piensas. No lo hace de una forma violenta ni insultante. Te va atrayendo, te va acercando: despacio, no corras, parece que va diciendo. Desde cualquier ubicación es perfecto, sin defectos que encontrar porque no los hay. Nos quedamos veinte minutos contemplándolo, desde la orilla, junto a una caseta de madera y un banco de piedra, buscando la clave de los misterios que encierra. Respiro profundo, no sé si suspiro. Su imagen es relajante, un bálsamo para los dolores del cuerpo y del alma. Lo fotografío para tener el recuerdo de lo que no se ha de olvidar jamás. Se muestra altivo, soberbio. El día plomizo, no le resta belleza. A pesar del día de nubes violetas, a pesar del día tristón, son veinte minutos de gloria. Sólo veinte minutos. Eso es el Obersee, y nuestro destino era verlo.

Nos comenta una pareja de argentinos, que la imagen más bella se obtiene desde la orilla opuesta, pero el camino es escabroso y sólo apto para senderistas de carrera. Agradecemos la información pero desistimos de la visita.

Retornamos al barco por el mismo camino de vacas por el que vinimos y en el pequeño muelle embarcamos para hacer el camino de vuelta. Contemplando el entorno, hago mía la frase que pronunció Cristóbal Colón al llegar a Cuba y ver tan sublime belleza: "*Nunca antes tan hermosa cosa vide*", así de breve y contundente es la sensación que me llevo de estos dos lagos alemanes.



Obersee

© José A. Guerrero



Nido del Águila (Kehlsteinhaus)



- **Estado: Baviera (Alemania)**
- **Altitud: 1.834 metros sobre el nivel del mar**
- **Coordenadas GPS: N 47° 36' 41" – E 13° 02' 32"**

A veces tenemos la creencia que borrando las huellas del pasado borramos también sus consecuencias. Pero nada más lejos de la realidad. El Nido del Águila aparentemente sólo es un bello paisaje, pero la pequeña residencia fue un refugio construido por los nazis para homenajear a su líder, Adolf Hitler, en su 50 cumpleaños. Tras muchos debates, se decidió no destruirlo, y habría que preguntarse ¿por qué no? Hay que esperar que la respuesta sea... para no olvidar.

Para desgracia de sus habitantes, Adolf Hitler era un enamorado de la zona. Eso llevó al partido Nazi a plantearse hacerle un regalo en forma de chalecito de montaña. Anteriormente, sobre la colina de Obersalzberg, que se eleva a 1.200 metros sobre el nivel del mar, los jefes nazis decidieron construir una serie de refugios y casas veraniegas en las cuales poder pasar parte de su tiempo libre.

Hitler, conoció Obersalzberg poco después de la I Guerra Mundial. Después de su intento fallido de tomar el poder en Múnich el 9 de noviembre de 1923 y tras su paso por la prisión de Landsberg, en 1925, Hitler se queda a vivir en una pequeña cabaña de Obersalzberg, conocida como Kampfhäusl, en donde escribirá la segunda parte del "Mein Kampf". Posteriormente en 1927 se traslada a la villa de Wachenfeld, que había alquilado a la viuda de un industrial de Hamburgo. Más tarde, y gracias a los ingresos de la venta de su libro y a las generosas aportaciones de los miembros del partido, Hitler manda reconstruir lujosamente la casa. Denominándola "Berghof", "La Casa de montaña".

Desde el Berghof, Adolf Hitler veía un cordón montañoso con extensos bosques y verdes laderas. Allí, en un escenario naturalmente perfecto, era donde el Führer se sentía dueño del mundo, con los Alpes bávaros como telón de fondo.

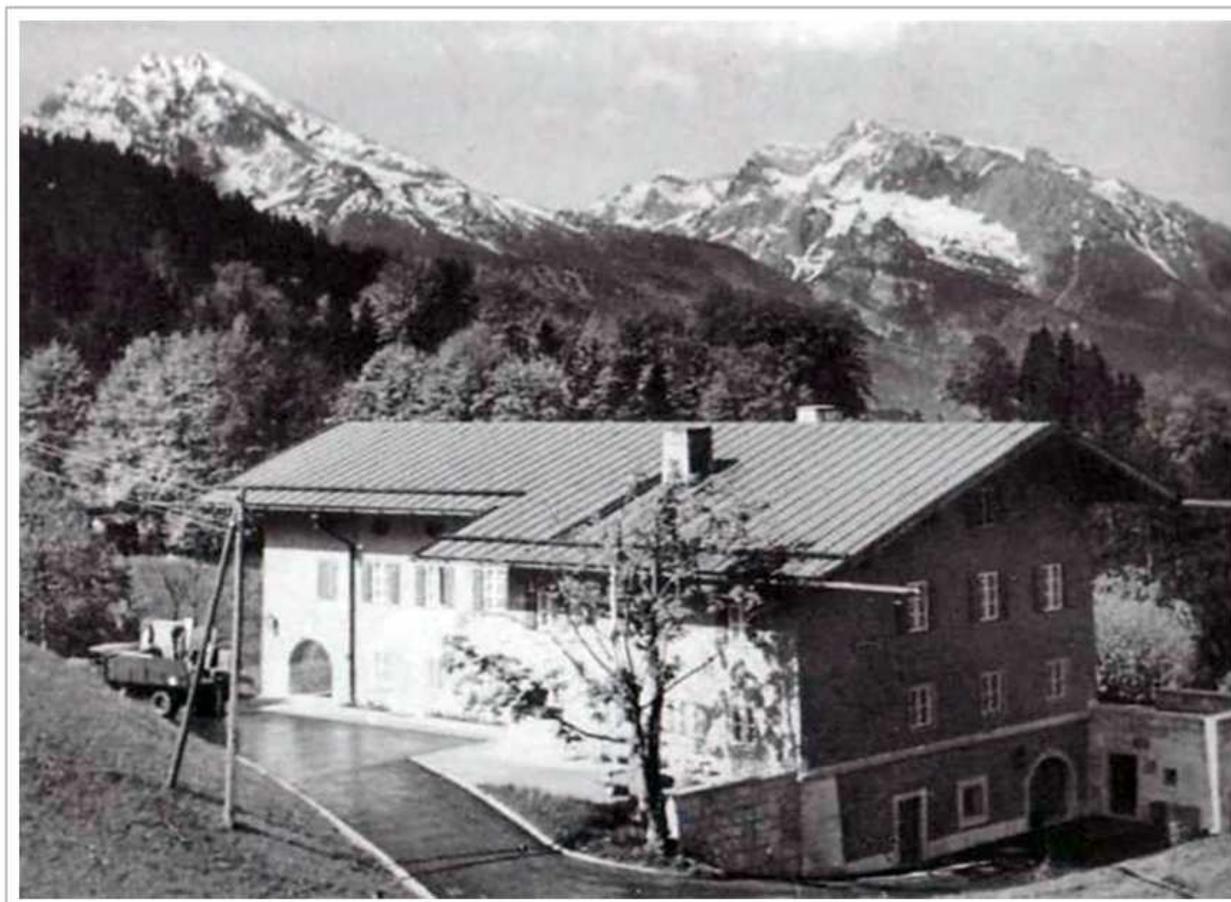
Esta casa, ubicada muy cerca del Nido del Águila, tenía 30 habitaciones y un gran hall de 22,5 por 15 metros. Desde uno de sus ventanales, de más de 8 metros de ancho, Hitler disfrutaba durante horas mirando los senderos y lagos cercanos. Se sentía tan bien allí, que convirtió a este lugar en la segunda sede del gobierno germano, además de ser el espacio de inspiración para sus discursos.

Hitler, ordenó a su secretario, Rudolph Hess, que negociara con los granjeros de la zona para que le vendiesen los terrenos de la montaña. Fueron adquiridas 994 hectáreas, de las que 278 se compraron a éstos con un coste de 6,1 millones de marcos y las 716 hectáreas restantes al gobierno de Baviera por 1,1 millones de marcos, todo esto constituyó lo que se denominó "área del Führer". Toda esta vasta extensión fue aprovechada por muchos de los líderes nazis para construirse sus propias casas y así estar cerca de su Führer. Tal es el caso de Hermann Göring y Albert Speer. Pero el artífice de todas estas construcciones fue el Reichsleiter y secretario del partido, Martin Bormann, el cual en 1935 empezó la construcción de toda el área. Siendo el encargado del proyecto el arquitecto Hermann Giesler.



El complejo, estaba rodeado por una barrera de dos metros de altura y se encontraba dividido en dos partes: el interior (Hoheitsgebiet), donde se encontraba el Berghof y la casa de Martin Bormann y la exterior (Hinterbrand) con el resto de las construcciones.

Todo era vigilado por la SS para lo cual se mandaron construir barracones, casas para los empleados, guardería, hoteles, etc. Hitler hizo mucho hincapié para que las construcciones no afectaran a la zona, por lo que mandó conservar todos los árboles y la caza existente en los alrededores. Estaba prohibido cazar y se instalaron comederos, proporcionando en invierno una alimentación regular para los animales. Se instalaron dos invernaderos con una granja de champiñones e incluso Bormann tuvo cien colmenas de abejas en su finca.



Berghof (La Casa de Montaña)

Volvamos al Nido del Águila. Partiendo de la idea de Bormann, que quería ofrecer a su maestro y señor un regalo excepcional, la casa fue diseñada por el arquitecto Roderich Fick para tener un lugar aislado para las reuniones y, por qué no, para impresionar a los diplomáticos de otras naciones que visitaban con frecuencia a los altos mandos nazis. Su nombre real es Kehlsteinhaus (la casa de Kehlstein, nombre de una montaña de los Alpes bávaros) aunque los británicos y los americanos lo conocían por el nombre de Eagle's nest (Nido del Águila), nombre que le puso el embajador francés André-François Poncet en una visita el 18 de octubre de 1938. El nido del Águila había conseguido en esa visita lo que Bormann buscaba: impresionar. Poncet escribió posteriormente que el lugar le parecía un espacio sideral en el que la edificación parecía flotar. Se desconoce si había fumado algo durante los postres...



Cerca de 3.500 hombres participaron en la construcción de la carretera, la casa y del túnel de 124 metros de longitud que conduce al ascensor que llega al interior de la casa. La construcción duró más de 13 meses, costó 30 millones de marcos de 1938 y murieron 12 personas. Aunque desde principios del 1938 recibía las visitas de los dignatarios extranjeros, no fue hasta el 20 de abril de 1939 cuando le fue entregada a Adolf Hitler para hacerlo coincidir con su 50 cumpleaños. La casita en cuestión tenía un generador de luz, calefacción (imaginaos la temperatura en pleno invierno) y puertas de bronce. Se componía de un comedor, despacho, salón, cocina, sala de guardias, aseos y un gran sótano.

Hitler tenía un miedo terrible a las alturas y los 1.834 metros sobre el nivel del mar a los que se encontraba la casa hacían que sólo la visitara en una veintena de ocasiones. Al Führer lo que realmente le gustaba era pasear por otras instalaciones del complejo, pero Bormann, el ideólogo del chalet, sí solía visitarla los domingos y traer a bastantes invitados.



Liberación del Nido del Águila

El 25 de abril de 1945 la 607 escuadrilla de bombarderos Lancaster de la RAF arrasa casi todo el complejo. El primer ataque se produce a las 10:00h y poco más de media hora después, el segundo. En la primera oleada se arrojan 1.811 toneladas de bombas y en la siguiente 1.232. El Nido del Águila se escapa indemne del ataque ya que la pequeña edificación era un blanco difícil de alcanzar.



Sólo quedó en pie el Berghof, la auténtica residencia de Hitler un poco más abajo del Nido. Cuando llega la 101 División Aerotransportada, Hitler no estaba allí, se había suicidado en Berlín. Sí estaba el mariscal Göring con todos sus valiosos mapas militares. El 4 de mayo de 1945, el Nido del Águila es liberado por el ejército aliado. No ha quedado nunca claro cuál de las tropas llegó en primer lugar.

Una vez acabada la guerra, las construcciones nazis seguían congregando mucho público, siendo considerados por muchos antiguos miembros del partido nazi como un lugar de peregrinación y lugar para recordar tiempos pasados, por lo que el gobierno americano decidió su demolición en 1951 para destruir todos los vestigios de Hitler y sus seguidores.

En 1951, las protestas del gobierno alemán y la poca vinculación que tuvo con Hitler salvaron de la demolición al Nido del Águila. Con posterioridad, fue restaurado y modernizado siendo la atracción más importante de la zona, sin embargo el Berghof no corrió la misma suerte, sus ruinas fueron voladas el 30 de abril de 1952 en el aniversario de la muerte de Hitler, aunque el garaje no fue totalmente destruido. A pesar de su destrucción, lo que continuaba en pie seguía congregando a muchos nostálgicos del antiguo régimen, por lo que las autoridades alemanas, lo terminaron de demoler en 1995.



Adolf Hitler en el Nido del Águila



La visita al Nido del Águila

El acceso al Nido del Águila se realiza por una serpenteante y tortuosa carretera de unos ocho kilómetros de longitud que está dividida en dos tramos; los primeros tres que hay hasta el parking y otros cinco más hasta llegar a la explanada donde nos deja el autobús para coger un ascensor. Esta carretera está considerada como una de las mejores de alta montaña de Europa y es un prodigio de ingeniería ya que está construida en la roca.

Unas alarmantes señales de peligro nos indican el porcentaje de rampa de la carretera: ¡¡¡24%!!! Como decía mi abuelo, *“el que venga detrás que arree”*. Durante los 3 kilómetros que dura la subida hasta el parking, no recuerdo usar la tercera marcha; la primera y la segunda se hacen dueñas del ascenso. Al llegar a una rotonda, muy bien indicado, por cierto, nos encontramos con el parking. A partir de este punto está prohibido subir con cualquier tipo de vehículo, sólo puede hacerse en autobús. Esta carretera la construyeron los nazis sólo para las obras de construcción de la casa y, con posterioridad, para que pudiesen acceder a ella Hitler y sus “honorables” visitantes.

Lo dicho, tras unos minutos de sufrido ascenso, llegamos al parking donde está permitido el estacionamiento de autocaravanas. Después de dar unas pocas vueltas por el aparcamiento, y después de esperar pacientemente durante más de 20 minutos a que se quedase algún sitio vacío, decidimos aparcar provisionalmente en el parking de autobuses. En nuestro descargo diremos que de las ocho o diez plazas que hay, sólo dos están ocupadas. Tras consultar la idoneidad de la idea con el conductor de un autocar italiano, optamos por hacer oficial el aparcamiento. No sin ciertos temores a una posible multa, nos dirigimos a las taquillas de la estación de autobuses que nos llevarán hasta arriba. Está claro que aparcar aquí se ha vuelto algo imposible, las tres autocaravanas que acaban de llegar lo corroboran.

Cuando llegamos a la estación de autobuses hace mucho frío. Unas grandes nubes grises impiden que el sol apunte un poco de calor. La gente va y viene con prisas ya que los autobuses suben y bajan con un horario inflexible, cualquier descuido te deja en tierra. Corro veloz a la autocaravana a por una chaqueta de abrigo ya que me he venido en manga corta y bermudas. Junto a nosotros ya han aparcado las tres autocaravanas de las que antes hablé. Más que nunca se hace efectivo el refrán de *“Donde va Vicente, va la gente”*. El panel informativo de la taquilla nos marca la temperatura. Arriba, en el Nido del Águila hay 9º; aquí abajo, 15º. Definitivamente hace frío. Echo un rápido vistazo a mí alrededor y veo que los cuatro autobuses que nos van a subir a la cima están a punto de salir. Raudos y veloces nos dirigimos a la taquilla para sacar los tickets.

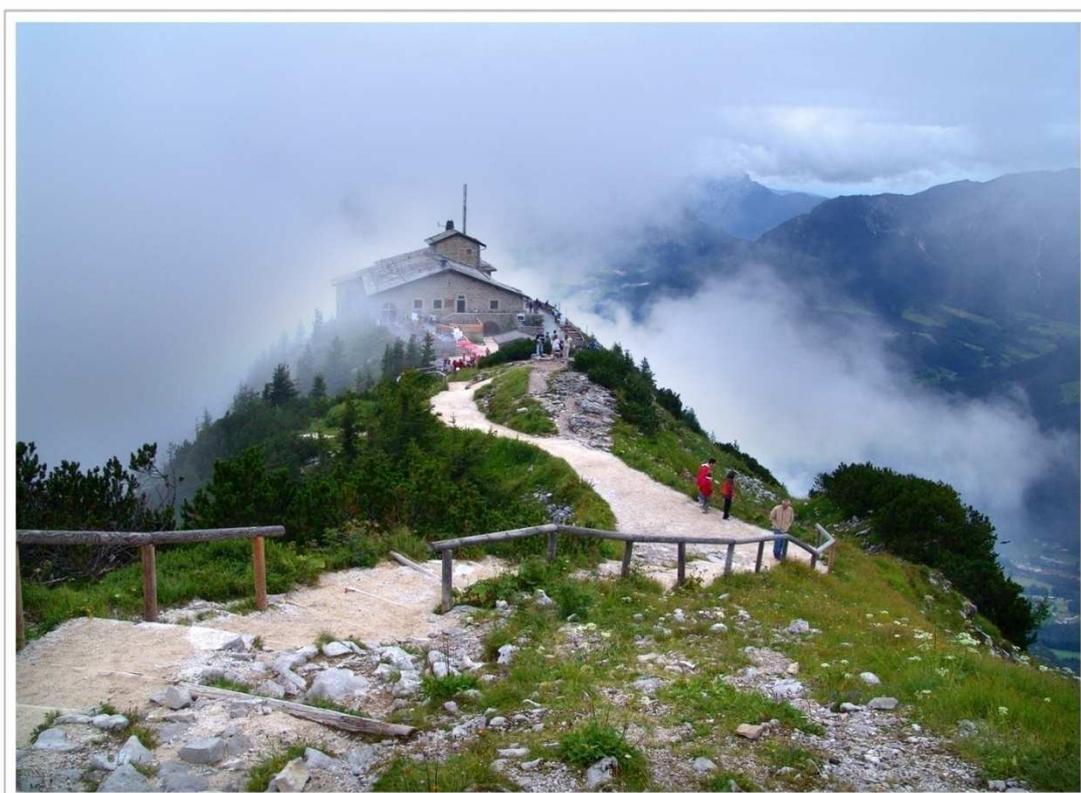
Primera sorpresa: los precios son desorbitados. 14€ los adultos y 7€ los niños. Quiero pensar que cuando la Fundación Berchtesgaden se hizo cargo de la gestión de todo este conglomerado de edificios, lagos y montañas, no se encontraría la hipoteca del Nido del Águila sin pagar, de lo contrario no se entiende tamaña desmesura de precios. 34 eurazos por subir en autobús creo que es una pasada. Socibús te cobra bastante menos por el trayecto Madrid-Sevilla. El caso es que a la hora en punto, ni más ni menos (esto no se parece en nada a los autobuses urbanos de Aranjuez), los cuatro autobuses se ponen en marcha. Para aquellos que decidan ahorrarse los euros del autobús, sólo decirles que desde este punto se estiman no menos de dos horas hasta llegar a la cima. Tenedlo en cuenta por si osáis tamaña aventura.

Si la primera parte de la carretera era de órdago, ésta no lo es menos. El autobús sube serpenteando por la estrecha carretera a una velocidad frenética para la anchura de la misma. Cinco minutos después nos deja en una explanada desde la que se vislumbra, a duras penas, la casa a modo de cuartel general de Hitler.



Una cosa importante es que en este punto, además de una pequeña tienda de recuerdos, hay una taquilla en la que nos dan la hora de regreso en el autobús. Es imprescindible hacerlo antes de subir al ascensor ya que en nuestro caso la bajada a la estación de autobuses nos la dan a las 15:45h, y teniendo en cuenta que son las 13:30h, no hacerlo puede llevar una espera de unas dos horas cuando bajemos de ver la casa. Tenedlo en cuenta.

Una enorme puerta de piedra, nos da paso a un túnel de 124 metros de largo. La humedad y el frío es considerable. La diferencia de temperatura con respecto al exterior puede ser fácilmente de unos 5 ó 6 grados menos. El túnel nos lleva al ascensor donde pacientemente esperan los turistas para subir. Dos minutos después se abren las puertas. Del impresionante ascensor salen más y más turistas que, como nosotros, se sienten atraídos por la historia del lugar. El interior está decorado en bronce pulido, con espejos y cuero verde. Una vez lleno, se pone en marcha y en 41 segundos asciende los 124 metros que nos dejan en la planta principal de la casa. Tanto el túnel como el hueco del ascensor están excavados directamente en la roca. Al salir del ascensor vemos el remoto refugio alpino de Hitler. A 1.834 metros sobre el nivel del mar se alza el Kehlsteinhaus. Sumergido en un mar de niebla, se nos aparece el Nido del Águila.

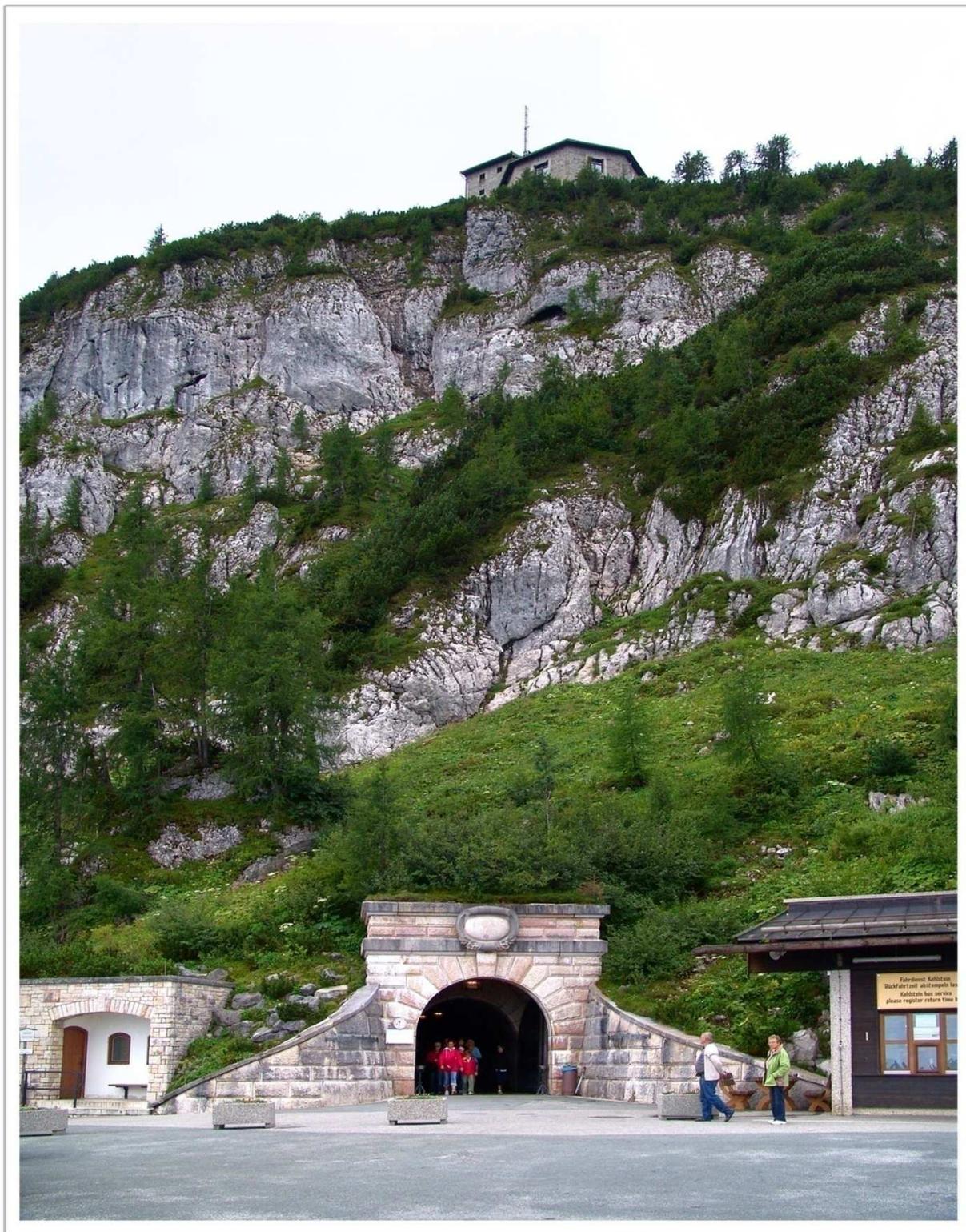


Nido del Águila (Kehlsteinhaus)

© José A. Guerrero

Nada más salir del ascensor y de la casa, lo primero que notamos es un frío helador, los 9º que nos marcaba el termómetro de la estación de autobuses son ciertos. La espesa niebla ayuda a que la temperatura sea tan baja. Tras dar un corto paseo por el exterior, volvemos a entrar a la espera de que la niebla nos deje ver el maravilloso paisaje montañoso. El edificio, propiedad de la Fundación Berchtesgaden, se ha convertido en un restaurante de lujo. En el pasillo de acceso al mirador hay expuestas fotografías de la construcción de la casa. Hitler está presente en varias de ellas. Desde el mirador mencionado anteriormente, puede entreverse las verdes montañas y el pueblo de Berchtesgaden. La niebla comienza a abrir. Detrás del mirador, tras subir unos cortos escalones, se encuentra el salón principal donde está el comedor del restaurante.





Nido del Águila

© José A. Guerrero



Dominando el mismo, a la derecha, está la chimenea de mármol rojo italiano que Benito Mussolini regaló al Führer. A ambos lados de la misma, los dos candelabros que presidían la mesa donde se celebraban las cenas vegetarianas de Hitler y sus invitados. Todo se mantiene intacto. Turistas de todas las nacionalidades, comen gulash en el mismo salón donde se celebró la boda de la hermana de Eva Braun y donde Hitler cerró la firma de la anexión de Austria por Alemania, ideó la invasión de Polonia y Francia y recibió el visto bueno de Mussolini a sus terribles deseos. Nadie se escandaliza por ello. Parece que el tiempo cura algunas heridas. Viendo el negocio que hay montando alrededor del Nido del Águila, se podría decir que posee un oscuro pasado, pero que alberga a su vez un brillante futuro. Paradójico.

Salimos al exterior y la niebla vuelve a aparecer. Un grupo de una asociación de antiguos combatientes estadounidenses y británicos se pasea con comodidad y orgullo entre lo que un día liberaron. La niebla va y viene. Aprovecho un momento de claridad para fotografiar el lugar. Impresionante. Mientras Inma y Javi me esperan a las puertas de la casa, uno de los turistas del grupo me solicita hacerles una fotografía. Accedo sin pensármelo dos veces. En lo alto de la montaña, junto a una enorme cruz, los immortalizo para siempre. Al fondo, entre la espesa niebla, se adivina el Nido del Águila. Para ellos será inolvidable, posiblemente, para mí también. Cierro los ojos, y respiro el aire puro, aquí en el Kehlsteinhaus, es una sensación maravillosa, casi liberadora.

Quince minutos antes de la hora que nos indica nuestro ticket, volvemos al ascensor para bajar a la explanada donde nos espera nuestro autobús. A las 15:45h, con una puntualidad exquisita, los cuatro autobuses repletos de turistas vuelven por la misma carretera por la que habíamos subido esta mañana. A medio camino, se paran en un apartado de la estrecha carretera para dejar paso a los tres que suben. Sería imposible que pasaran a la vez. Cinco minutos después estamos en la estación. Javi llega dormido. Al llegar a la autocaravana comprobamos que no nos han multado. Cinco autocaravanas más nos acompañan en el parking de autobuses.

La experiencia de esta visita me recuerda a la de una montaña rusa: primero decides subir. A medida que te das cuenta dónde estás y adónde vas, quieres bajar, y una vez que arranca, estás sujeto a ella, sin margen de maniobra. Cuando descienes, todavía estás trastornado y repites eso de nunca más, aunque siempre acabas montando otra vez.

Es hora de irnos. Para nosotros este entorno ha sido un paraíso en los Alpes. Ese es el recuerdo que nos quedará de Berchtesgaden y sus atractivos de por vida. Y aunque no nos gusta repetir lugares, este es uno al que siempre estaremos deseando volver. Me refiero a esa sensación que te invade en un sitio cuando sabes que algún día volverás porque te encuentras a gusto en él. Eso nos ha pasado aquí. Creo que a vosotros os ocurrirá lo mismo.



Estrasburgo (Strasbourg)



- **Región:** Alsacia (Francia)
- **Departamento:** Bajo Rin
- **Habitantes:** 272.800
- **Altitud:** 151 metros sobre el nivel del mar
- **Coordenadas GPS:** N 48° 34' 58" – E 7° 44' 37"
- **Ayuntamiento:** Rue Brulée, 9

En mi formación académica ha pesado mucho la influencia de mi profesor Don Laureano (DEP). Sus raíces andaluzas profundas, entroncadas con raíces extremeñas de pura cepa, hacían de él un hombre vital, gracioso, irónico, jocoso, pero sobre todo de múltiples y variados recursos para la vida diaria. Además contaba con otra ventaja para que sus consejos surtiesen efecto: los dos éramos del Atleti, y eso une. Sólo por eso, daban ganas para aprender... Cuando me veía bajo de ánimos, me contaba sus correrías de chiquillo viendo en el Metropolitano los goles de Escudero, las paradas de Marcel Domingo y las carreras de Larbi Ben Barek o de Joaquín Peiró. Con tanta pasión me las contaba que me cargaba las pilas escuchando sus comentarios. Con algunos de sus consejos aprendí, inexcusablemente, a buscarme la vida cuando la situación así lo requería. Como dije antes, era un hombre de considerables recursos, y cuando nos llevaba de excursión por los cerros de Aranjuez, siempre nos mostraba cómo hacer las cosas con el menor número de elementos disponibles. A veces temíamos que nos dejara en el monte a dormir toda la noche y al día siguiente nos tuviésemos que buscar las mañas para volver a casa; infundados temores de la infancia. Treinta años después, tenía que recurrir a una de esas enseñanzas de mi atleta profesor.

Nos encontramos en una de esas situaciones en la que estamos peor que el Tío Pistolas, vamos sin agua en la autocaravana. Nada del otro mundo si no fuese porque en Alemania encontrar una fuente para llenar el depósito es más difícil que la infancia de Al Capone. ¡¡¡Ojo lo difícil que es encontrar agua en una gasolinera alemana!!! Aire para hinchar las ruedas, todo el del mundo, pero agua, lo que se dice agua... como que no. La mayoría de los grifos condenados (curiosamente en alguno sólo sale aire...) y en algunos casos, no hay ni grifo. Sospechoso, ¿no?

De las convicciones profundas de Don Laureano, puede que se derive mi poca (por no decir nula) capacidad de comunicación con los "Serapismos", como él llamaba a los "sordos" que no querían oír. Esto viene al caso porque por cada gasolinera que pasamos a la pregunta de si se puede cargar agua en algún sitio, la respuesta es inmediata: "nein", sin atender a explicaciones y en plan despectivo. Eso, cuando no tenemos agua ni para fregar los vasos del desayuno, se empieza a convertir en peligroso. Por lo tanto, se acabó la cordial comunicación.

Ha llegado el momento de desesperación, hay que poner en práctica la teoría de la botella de 2litros. Y no es otra que la practicada (seguramente) por muchos de vosotros.

Cójase una botella grande de agua, preferiblemente de dos litros. Puede servir una de litro y medio pero, obviamente, se tardará más. Concretamente nosotros vamos a usar una de agua Vitel con una capacidad de dos litros. Ahora viene lo más complicado. Hay que hacerse con más de una botella para poder hacer una cadena y tardar menos.



Javi se acuerda que en el maletero disponemos de más botellas de agua llenas, por lo que vaciamos dos de ellas en una garrafa de cinco litros que habíamos acabado ayer y se termina el problema.

Acérquese la autocaravana a la distancia más corta posible del lavabo de un WC de una gasolinera cualquiera. Procúrese que el WC elegido esté lo más higiénicamente limpio posible dado el destino del líquido elemento. En nuestro caso tenemos suerte, está como los chorros del oro. La distancia desde el grifo del lavabo al tapón del depósito de la autocaravana es de unos 20 metros. Además, el grifo es de esos en los que no se puede roscar nada, es ovalado y gordo como jamás he visto, y que no es plan de sacar la manguera y montar el espectáculo mientras los atónitos visitantes del lugar van a hacer sus necesidades fisiológicas, digo. Dicho esto, montamos la cadena propiamente dicha entre Inma, Javi y el que escribe. Mientras Javi llena las botellas, Inma las transporta y yo las vacío en el depósito.

El proceso de llenado del depósito de agua no es, sin embargo, tan sencillo como parece deducirse de las líneas anteriores. Incluso haciendo la cadena humana, la cosa no es tan simple. ¿Por qué? Se preguntarán algunos. Por la sencilla razón de que está lloviendo a mares y las botellas tardan en llenarse dada la poca presión del grifo. Podría uno pensar que puestos a llenar el depósito, se podría aprovechar el agua de lluvia para su nueva utilización, ¿no? Pues obviamente no es así, no hay forma humana de llenar el fastidioso depósito de 130 litros con agua de lluvia, tardaríamos días... Al final acabamos los tres empapados de agua, tanto de la lluvia como del transvase. El caso es que conseguimos en unos 25 minutos llenar por completo el depósito, hasta su desborde, con ansia. Asunto terminado.

A la intempestiva hora de las 23:15h llegamos al área de autocaravanas de la Montagne Verte de Estrasburgo. Afortunadamente hay sitio, aunque poco, unas veinte autocaravanas copan la inmensa mayoría de plazas.

Una cena suave, unas llamadas a la familia y la pregunta de rigor, ¿qué ha hecho el Atleti contra el Schalke 04? Una respuesta lógica y esperada de mi cuñado merengón: "Perder 1-0". Como decía un sabio: "No me jode perder, sino la cara de tonto que se te queda". Pues a mí no me jode que me diga que ha perdido, sino el tonito en el que lo dice... La costumbre de sufrir es nuestro sino.

RESUMEN DEL 13º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	555	4.307 acumulados
Gastos de Gas-oil	32,13 litros a 1,354€/L (Gasolinera en Berchtesgaden)	43,50€
Paseo en barco por el lago Königssee		36€ (12€ por persona)
Parking en Königssee	Precio para todo el día	3€
Autobús de subida al Nido del Águila	Precio del autobús y de la entrada al Nido del Águila	35€ (Adultos 14€ / Niños 7€)

- Los datos aquí expresados están anotados el 13/08/2008





COORDENADAS GPS:

Parking en el Königssee

Seestrasse

N 47° 35' 32.82"

E 12° 59' 13.58"

(N 47.59245 – E 12.98711)



Parking en el Königssee

© José A. Guerrero

Parking P2 en el Nido del Águila

Salzbergstrasse

N 47° 37' 49.17"

E 13° 02' 32.56"

(N 47.63031 – E 13.04240)



Parking en el Nido del Águila

© José A. Guerrero

Parking en Estrasburgo

Rue Allée du Sommerhof

(Por la RN 4 hasta el desvío de la Montagne Verte)

N 48° 34' 30.23"

E 7° 42' 45.99"

(N 48.57506 - E 7.71278)





PERNOCTA EN ESTRASBURGO:

Parking para Autocaravanas en Estrasburgo

Rue Allée du Sommerhof (Por la RN 4 hasta el desvío de la Rue Schnokeloch/Montagne Verte)
67200 Estrasburgo
Coordenadas GPS: N 48° 34' 30.23" - E 7° 42' 45.99" (N 48.57506 - E 7.71278)

Situado a unos 3 kilómetros del centro de Estrasburgo.
Está a 200 metros del Camping La Montagne Verte
Gratuito tanto para aparcar por el día como para pernoctar.
Temporada de apertura: Todo el año.



OFICINAS DE TURISMO Y PUNTOS DE INFORMACIÓN:

Königssee

Rathausplatz, 1
83471 Schönau - Königssee
Tel.: 8652 1760
Fax: 8652 4050
Web: www.koenigssee.com
E-mail: tourismus@koenigssee.com

Nido del Águila

Salzbergstrasse, 45
83471 Berchtesgaden
Tel.: 8652 2969
Fax: 8652 948091
Web: www.kehlsteinhaus.com y www.eagles-nest.de
E-mail: info@kehlsteinhaus.de y info@eagles-nest-tour.de

Estrasburgo

Place de la Cathédrale, 17 – BP 70020
67082 Estrasburgo
Tel.: 03 88 52 28 28
Fax: 03 88 52 28 29
Web: www.ot-strasbourg.com
E-mail: info@ot-strasbourg.fr



CAPÍTULO 14 / Jueves 14 de agosto (Estrasburgo - Aviñón): 731 Km.

Hemos dormido espléndidamente. Tan solo el frenazo de un coche a altas horas de la madrugada ha roto el encantador sueño de esta noche. Después del desayuno, a las 9:30h salimos del área de autocaravanas de la Montagne Verte camino de Aviñón. Nos esperan más de 700 kilómetros por lo que nos ponemos en marcha más pronto de lo habitual. La salida de Estrasburgo es sencilla y rápida, no hay mucho tráfico. Tomamos la A35 hasta Mulhouse donde paramos a comprar pan en una gasolinera y ya de paso repostamos. El mazazo es terrible, está a 1,38€ el litro y vamos con lo justo para llegar a mitad de camino, por lo que opto por llenar el depósito y que sea lo que Dios quiera. A la salida de Mulhouse hay un accidente que nos retiene casi media hora; pasado éste, enlazamos con la A36 hasta Dole, después la A39 y la A42 hasta Lyon y desde allí la A7 hasta Aviñón. Dicho así parece rápido y sencillo, pero ¡¡¡una leche!!! 13 horas de carretera, 731 kilómetros y 64,50€ en peajes. Eso es lo que da de resultado la bajada desde Estrasburgo a Aviñón... A su favor puedo decir que el estado del firme es excelente (salvo contadísimas excepciones) y que desde Beaune hasta Lyon hay tres carriles, por lo que no es complicado adelantar a pesar del tráfico intenso de camiones. Hay rutas alternativas por carreteras nacionales, pero teniendo en cuenta que debemos estar el sábado en casa, no nos queda más remedio que hacer esta barbaridad. Si os sobra tiempo, vosotros mismos...



Estrasburgo

© José A. Guerrero



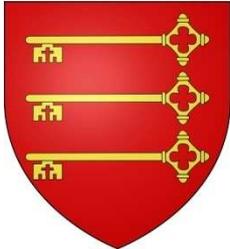


Estrasburgo

© José A. Guerrero



Aviñón (Avignon)



- **Región:** Provenza-Alpes-Costa Azul (Francia)
- **Departamento:** Vaucluse
- **Habitantes:** 90.800
- **Altitud:** 33 metros sobre el nivel del mar
- **Coordenadas GPS:** N 43° 56' 55" – E 4° 48' 21"
- **Ayuntamiento:** Place del l'Horloge

A las 22:30h llegamos a un pequeño parking que hay debajo del Pont Edouard d'Aladier, en la Chemin de Bagatelle, pegaditos al río Ródano y al camping Internacional Bagatelle. Como no tenemos muchas ganas de buscar otro sitio, y junto a nosotros hay una docena de autocaravanas, optamos por pernoctar aquí.

Cuando acabamos de cenar, una de esas cenas de compromiso, de las de cinco minutos, y por comer algo, nos vamos a la cama agotados por el largo día de carretera. En el exterior, el ruido de los coches pasando a gran velocidad, los gritos de los excedidos en la ingesta de alcohol, y el ruido de cristales rotos es constante. La ciudad está en fiestas y me da que esto es un lugar de paso al recinto ferial. Nos tememos que va a ser una noche toledana como las que, de vez en cuando, nos toca vivir. De pronto oigo un ruido de micción junto a la autocaravana. Más que un ruido, oigo varios. ¿No me digas que esto va a ser el meódromo de Aviñón? Pues efectivamente, lo es. Por un momento pensamos irnos, pero a estas horas ¿dónde vas? Recapacitamos, hacemos oídos sordos y pedimos que los Papas de Aviñón nos protejan de todo mal. Así sea.



Aviñón

© José A. Guerrero



RESUMEN DEL 14º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	731	5.038 acumulados
Gastos de Gas-oil	61,60 litros a 1,38€/L (Gasolinera en Orschwiller)	85€
Peajes	Fontaine – Lariviere St. Maurice – Villefranche Vienne – Avignon Nord	3,80€ 34,50€ 26,20€

- Los datos aquí expresados están anotados el 14/08/2008



COORDENADAS GPS:

Parking para Autocaravanas en Aviñón

Chemin de Bagatelle (debajo del Pont Edouard d'Daladier).

N 43° 57' 05.38"

E 4° 47' 56.05"

(N 43.95148 – E 4.79891)



OFICINAS DE TURISMO Y PUNTOS DE INFORMACIÓN:

Aviñón

Cours Jean Jaurés, 41 – BP 8

84000 Aviñón

Tel.: 04 32 74 32 74

Fax: 04 90 82 95 03

Web: www.avignon-et-provence.com y www.avignon-tourisme.com

E-mail: tourisme@ot-avignon.fr





PERNOCTA EN AVIÑÓN:

Parking para Autocaravanas en Aviñón

Chemin de Bagatelle (debajo del Pont Edouard d'Aladier).

84000 Aviñón

Coordenadas GPS: N 43° 57' 05.38" - E 4° 47' 56.05" (N 43.95148 – E 4.79891)

Situado a orillas de río Ródano, junto al camping Internacional Bagatelle.

Está muy cerca del centro histórico de la ciudad.

Gratuito tanto para aparcar por el día como para pernoctar.

Durante nuestra visita, el lugar es muy ruidoso y de constante paso de vehículos.



Parking en Aviñón

© José A. Guerrero





Aviñón

© José A. Guerrero



CAPÍTULO 15 / Viernes 15 de agosto (Aviñón - Medinaceli): 888 Km.

En contra de lo esperado, a partir de la una de la madrugada la noche ha sido tranquila. Hartos de ingerir alcohol, seguro que más de uno terminó en el río oreándose para que se le pasase la mona. Mientras Inma prepara el desayuno, salgo a dar un paseo para ver "el campo de batalla" que han dejado durante la pasada noche. Botellas de cerveza rotas, basura por todos lados, restos de fogatas, ropa interior de hombre y de mujer colgadas de las ramas de un árbol como si fueran presentes de navidad y otras "lindezas" escatológicas es lo que me encuentro alrededor de la autocaravana. Estoy seguro que volveré a Aviñón para ver esta ciudad que, por lo que he leído, es muy bonita, pero también estoy seguro que aquí no pernocto más; por mi padre.

Dicho esto, os diré que en nuestro penúltimo día del viaje, el sol y el viento nos acompañan. Ha amanecido un día soleado pero ventoso, muy ventoso. Tras el desayuno, salimos de Aviñón con la intención de aproximarnos lo más que podamos a Zaragoza. Veamos si es posible.

A la salida de la ciudad, paramos en un E.Leclerc a repostar. El gas-oil aquí está más barato que en la autopista y aprovechamos para llenar el depósito. Está a 1,26€/litro. Ya sabéis que para pagar en las gasolineras hay que pasar por un estrecho carril que desemboca en una caseta donde se abona, bien mediante tarjeta, bien en efectivo, el importe del gas-oil repostado. Tan estrecho es el carril que por muchas maniobras que hago no consigo cuadrar la autocaravana. Tanta maniobra hago que la cola que genero detrás para pagar es de cuatro o cinco coches. La he liado parda. En la última maniobra rozo con una protección de la caseta en los bajos de la auto. Apenas se ve el roce pero me niego a seguir ante el peligro de más colisiones. Pago a pie de caseta y retrocedo como puedo mientras un empleado del centro comercial me guía para, marcha atrás, salir por donde hemos entrado. El mundo al revés. Ya decíamos nosotros que no habíamos hecho ninguna este año...

Por la A7 el sol y el viento nos persiguen implacables. Por momentos, el fortísimo viento lateral nos mece como si fuésemos un barquito de papel. Mis manos están rojas, cual tomate maduro, de sujetar con fuerza el volante; parecen haber hecho en éste las marcas de un joystick. Al llegar a Narbonne nos detenemos para descansar un rato y ver si nos da un respiro Eolo. Pero lejos de parar, cada vez empuja con más fuerza. En los paneles informativos de la autopista repiten hasta la saciedad lo de "Rachas de fuerte viento". En este punto nos planteamos no bajar por La Junquera e irnos atravesando los Pirineos hasta Irún. Hay más kilómetros pero creemos que el viento desaparecerá. Echando cálculos, tanto en distancia como en tiempo, y sopesando los pros y los contras, optamos por bajar por Cataluña y rezar para que la cosa mejore.

Y así es, la cosa mejora. A las 14:30h cruzamos La Junquera con una tranquilidad inesperada. El viento casi ha desaparecido y ha dado paso a un día tranquilo. Manolo escobar cantando "Madrecita María del Carmen" nos recibe en Radio RM. Más cañí imposible. Brutal. Sintonizamos una emisora local de la SER y alguien está contando su vida, la de los demás, y además tiene tiempo de explicar los errores de la política municipal del municipio, las previsiones de tráfico... al tiempo que participa, de forma vehemente, en la tertulia que en esos momentos se inicia. Una auténtica bestia radiofónica. Nosotros, in mente, aún estamos en Francia. Sólo cuando llegamos a las inmediaciones de Barcelona, somos conscientes de que se acabaron las vacaciones. Estamos en España.



Almorzamos en un área de la AP7 antes de llegar a Barcelona. Tras la comida, me echo una siesta de orinal y pijama. Casi dos horas para recuperarme del turbulento tramo francés es más que suficiente para emprender la última parte del rutómetro diario.

A las 23:30h llegamos a Medinaceli, media hora antes de que Cenicienta vuelva a casa: es nuestro último día de vacaciones. "El Sueño" se está acabando.

Agotado de tantos kilómetros, caigo rendido en la cama. Creo que Inma hizo la cama de Javi...

RESUMEN DEL 15º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	888	5.926 acumulados
Gastos de Gas-oil	79,21 litros a 1,265€/L (Gasolinera del C.C E.Leclerc de Aviñón) -----	100,20€
	48,30 litros a 1,242€/L (Gasolinera en Fraga en la AP2)	60€
Peajes	Remoulins – Montpellier 1	7,80€
	Montpellier 2 – Le Perthus	23,30€
	La Junquera – Barcelona	11,15€
	Martorell	3,30€
	La Bisbal del Penedés - Alfajarín	19,85€

- Los datos aquí expresados están anotados el 15/08/2008



COORDENADAS GPS:

Parking en Medinaceli

Calle del Campo de San Nicolás
N 41° 10' 20.63"
W 2° 25' 58.58"
(N 41.17240 – W 2.43293)



PERNOCTA EN MEDINACELI:

Parking en Medinaceli

Calle del Campo de San Nicolás

42240 Medinaceli (Soria)

Coordenadas GPS: N 41° 10' 20.63" - W 2° 25' 58.58" (N 41.17240 – W 2.43293)

Lugar situado a escasos 300 metros del Arco Romano de Medinaceli y frente a la Oficina de Turismo.

Es un lugar muy tranquilo donde aparcamos siempre que venimos a este encantador pueblo. Gratuito tanto para aparcar por el día como para pernoctar.



Aparcamiento en Medinaceli

© José A. Guerrero





Medinaceli

© José A. Guerrero



CAPÍTULO 16 / Sábado 16 de agosto (Medinaceli - Aranjuez): 222 Km.

Medinaceli



- **Comunidad Autónoma:** Castilla y León (España)
- **Provincia:** Soria
- **Habitantes:** 710
- **Altitud:** 1.200 metros sobre el nivel del mar
- **Coordenadas GPS:** N 41° 10' 21" – W 2° 25' 29"
- **Ayuntamiento:** Plaza del Ayuntamiento, 1

Nos despertamos a las ocho de la mañana. Una tímida lluvia llama a las ventanas y entra con entrecortados goteos por una abertura que dejamos anoche en la claraboya de nuestra cama. Una pequeñísima mancha de humedad en la sábana indica que lleva poco tiempo lloviendo. Juro que mi incontinencia urinaria no es la causa de la acuosa mácula. En el cuarto de baño, el panorama es similar, sólo que en este caso, el agua se arrastra lentamente hasta el desagüe de la ducha.

Queremos una despedida de vacaciones dulce, una despedida sin urgencias, sin prisas. Sólo nos apresuramos para salir a comprar el pan y unos dulces típicos de Medinaceli. Tan sólo el párroco del pueblo deambula solitario por las empedradas y mojadas calles del casco histórico. En la panadería, el olor a pan recién horneado impregna cada rincón del minúsculo local.

A media mañana, damos una vuelta por el pueblo con el sol como compañero; el día se ha arreglado nos ha regalado una mañana despreñida, de verano esplendoroso. Ni qué decir tiene que la aprovechamos como Dios manda, empapándonos de cada callejuela y de cada rincón de este precioso pueblo soriano.

A las 13:00h, ya en la autocaravana, se precipitan los recuerdos de días pasados, de cafés con croissant, de recogida de mesa y de hacer y deshacer con mimo las camas: la nuestra y la de Javi. Todo como una dulce y maravillosa rutina. Sorbo el café pensativo, calculando cuántos días desayuné con la compañía de mi mujer y mi hijo. Sólo dieciséis, insuficientes para saborear las delicias de un viaje así.

A las 16:20h, sin ningún contratiempo, llegamos a casa.



RESUMEN DEL 16º DÍA:

	CONCEPTOS	TOTALES
Kilómetros recorridos	222	6.148 acumulados

- Los datos aquí expresados están anotados el 16/08/2008



OFICINAS DE TURISMO Y PUNTOS DE INFORMACIÓN:

Medinaceli

Calle del Campo de San Nicolás, s/n

42240 Medinaceli (Soria)

Tel.: 975 326 347

Web: www.medinaceli.es

E-mail: info@medinaceli.es



EPÍLOGO

Abro la puerta de mi casa, una casa que huele ya a ausencia. Dejo la pequeña mochila donde llevo mis cosas personales y deambulo por las habitaciones en un intento de reconocirme en ellas, de reencontrarme con mi vida habitual: estoy despertando de un sueño que se ha hecho realidad. Y es que cada viaje es un nuevo sueño.

Los libros, los cuadros, las fotos, todo... permanece igual: ¿Ha sido el sueño de una noche de verano? Clavado con chinchetas, en una pared de mi habitación, el mapa de Alemania que nos regalaron en FITUR, me impulsaba otra vez a viajar: acaricio con los dedos el itinerario, cerrando los ojos en cada parada, en cada noche gastada, en cada pisada, en cada huella dejada... Revivo cada uno de los momentos de una travesía que ha sido un viaje interior. Un viaje que me ha recordado que la vida es un reflejo del alma, unos ojos que se esclavizan ante cualquier visión. En estos 16 días que hemos viajado por Europa, mis sentidos han sido sometidos a un frecuente vaivén que sacudieron unos músculos que habían vivido un millón de sensaciones, de música, de ruidos, de olores, de gentes...; un millón de gotas de lluvia, de sudor, de sueños; energía, agotamiento, desesperación, alegría, guerra y paz...

Recapitulo y siento como mi piel se eriza recordando los castillos de Francia, los horizontes musicados de Baviera, las callejuelas de Gengenbach, las montañas de Austria, las carreteras de Berchtesgaden y de la Selva Negra, el Loira, el Mosela, el Obersee. Es mi Alemania, mi Francia, mi Austria, unas almas que, de nuevo, me han cortejado hasta caer rendido en sus brazos.

Han sido más de seis mil kilómetros recorridos sin ninguna obsesión: seis mil kilómetros en los que me dejé llevar por los recónditos senderos de las almas alemana, francesa y austriaca, unas almas tan incomprensibles como accesibles, tan espirituales como humanas, tan brutales como delicadas: en definitiva, nuestras almas.

Por un instante, Inma, Javi y yo nos miramos, nos abrazamos y nos emocionamos de recuerdos; tiempo caduco que no podemos ni queremos olvidar.

Absorto en mis pensamientos recuerdo que alguien dijo un día que siempre las despedidas son dolorosas. Yo no diría tanto: simplemente creo que son el inicio de la nostalgia.

Este relato se comenzó a escribir el 15 de agosto de 2008 en Hallstatt (Austria) y se terminó el 10 de febrero de 2009 en Aranjuez (España).





GASTOS Y CONSUMOS DEL VIAJE

Kilómetros recorridos	6.148
Media de Kilómetros recorridos por día	384,25 Km/día
Gasoil consumido en los 16 días	683,79 Litros
Consumo medio aproximado	11,12 Litros/100
Gastos de Gasoil	888,23€
Gastos de Autopistas	240,38€
Gastos en camping, entradas, alimentación y otros	971,39€

TOTAL GASTOS	2.100€
---------------------	---------------





La Rochelle

© José A. Guerrero



ÁLBUM FOTOGRÁFICO



Chateau de Ussé

© José A. Guerrero



Valençay

© José A. Guerrero





Chinon

© José A. Guerrero





Langeais

© José A. Guerrero





Montrésor

© José A. Guerrero





Trier

© José A. Guerrero





Bernkastel-Kues

© José A. Guerrero





Berncastel-Kues

© José A. Guerrero





Schiltach

© José A. Guerrero





Alpirsbach

© José A. Guerrero





Triberg

© José A. Guerrero





K3 Mauthausen

© José A. Guerrero





Hallstatt

© José A. Guerrero

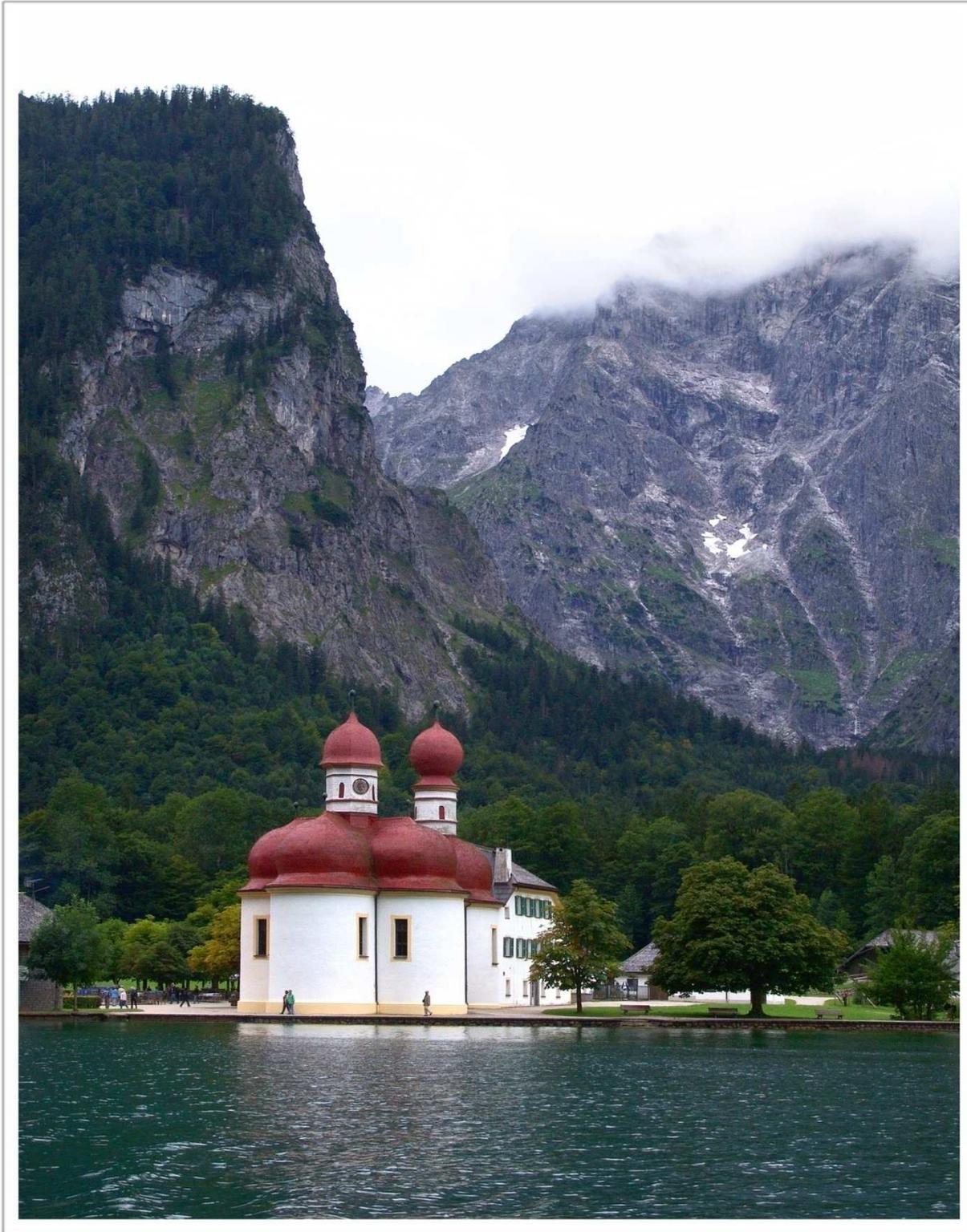




Berchtesgaden

© José A. Guerrero





Königssee

© José A. Guerrero





Obersee

© José A. Guerrero





Langeais

© José A. Guerrero





Hallstatt

© José A. Guerrero





Medinaceli

© José A. Guerrero





Montrésor

© José A. Guerrero





Hallstatt

© José A. Guerrero





K3 Manthausen

© José A. Guerrero





VIAJES POR EUROPA (III PARTE)

Castillos del Loira (II parte), Valle del Mosela, Selva Negra y Austria

“Mi pasión por viajar comenzó de niño, con un libro de Julio Verne y la colección completa de Fauna de Salvat que me había regalado mi prima Pilar cuando cumplí siete años. En casa, precisamente, lo único que sobraba eran libros, y yo, me entretenía recorriendo estanterías y muebles que mi abuela tenía en nuestra pequeña casa de Aranjuez. Subido a un desgastado taburete de madera tocaba las palabras que se encerraban en los nuevos, viejos, anónimos, leídos o deshojados libros. Acercaba un libro a mi nariz y lo olía. Olía a naftalina y a humedad. Pasaba la palma de mi mano y sentía el tacto de un papel que unas veces era áspero, otras veces suave, otras con relieve y otras frágil. Me llamaban la atención los grabados hechos a plumilla en el que los trazos eran fotografías que plasmaban el alma de una mirada...”



José Antonio Guerrero

